
MARGERY SHARP
La piedra de la castidad
Traducción de Raquel García Rojas
GILLENHAM

El profesor Pounce llega a la idílica aldea de Gillenham junto a su cuñada, su sobrino Nicholas y Carmen, su voluptuosa asistente, en busca nada más y nada menos que de la auténtica Piedra de la Castidad. Se trata de una piedra del río del pueblo que, según cuenta una leyenda olvidada, lleva siglos haciendo tropezar a las mujeres impuras. Las pesquisas científicas del profesor, que incluyen hacer desfilar a las vecinas por el río y pedir referencias de castidad de sus abuelas y tatarabuelas, pondrán patas arriba a toda la comunidad. La esposa del vicario, los *Boy Scouts* locales o la severa señora Pye, poseída por el alma de un inquisidor, serán la principal guerrilla represora de los impúdicos asaltos científicos del molesto profesor y su cuadrilla.

Margery Sharp

La piedra de la castidad

ePub r1.0
Titivillus 08-10-2024

Título original: *The Stone of Chastity*
Margery Sharp, 1940
Traducción: Raquel García Rojas
Imagen de portada: Larissa Kulik

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Para Geoffrey Castle

CAPÍTULO 1

1

Nada podía ser más sencillo, nada más elemental, que el dibujo que formaba el tejado rojo de la vieja casa señorial recortado contra el cielo azul del verano. Para Nicholas Pounce, tumbado de espaldas en el jardín, el caballete del edificio principal y el de la pequeña ala que sobresalía de la fachada formaban un amplio ángulo obtuso, cortado solo por las verticales paralelas de la gran chimenea. Cuatro líneas y dos colores: azul primario, rojo primario. Nicholas se quedó observándolo tanto tiempo que, cuando cerró los ojos, el dibujo reapareció en el interior de sus párpados, una silueta, claro sobre oscuro en lugar de oscuro sobre claro; cuando volvió a mirar, los colores parecían gritar desde el cielo, como si los oyera con los tímpanos además de verlos con los ojos. Nada podía ser más sencillo, nada más elemental; pero bajo aquel tejado sencillo y elemental ocurrían cosas extrañas.

En el pequeño cuarto de armas, convertido temporalmente en estudio, el profesor Isaac Pounce estaba en ese momento ultimando el cuestionario (que más tarde harían circular por el desprevenido pueblo de Gillenham) sobre el asunto de la castidad.

En el primer piso, la señora Pounce, madre de Nicholas y cuñada del profesor, se escondía en su dormitorio, temerosa de salir. Había aparecido en el almuerzo luciendo un collar muy bonito de escarabeos esmaltados y el profesor, mirándolo con curiosidad, había comentado que eran precisamente esas nimiedades —ver a una dama inglesa engalanada con siete símbolos fálicos— lo que hacía la vida siempre tan interesante para el folclorista. La señora Pounce no sabía lo que era un símbolo fálico y el instinto (o tal vez la mirada de su hijo) le impidió preguntar, pero después del café buscó con discreción un diccionario y se lo llevó arriba. Ahora tenía la sensación de que nunca podría volver a bajar.

En el cuartito que estaba sobre el estudio, Carmen se pintaba las uñas de los pies. Nadie sabía mucho de ella. No podía ser la secretaria del profesor, porque lo era Nicholas, y no podía ser el ama de llaves porque el ama de llaves era la señora Leatherwright. Simplemente estaba allí. Estaba allí cuando llegaron los Pounce al completo dos días antes y era evidente que el profesor esperaba verla, pero se había limitado a decir que aquella era Carmen. «¿Señorita…?», preguntó con delicadeza la señora Pounce. «Smith», repuso Carmen. Pero Nicholas, al menos, tuvo la extraña sensación de que bien podría haber dicho, y con la misma sinceridad, «Jones», «Brown» o incluso «princesa Golitsin».

Nicholas pensaba mucho en Carmen. Creía que iba a añadir un gran aliciente a su reclusión temporal en ese remoto rincón del campo. Aparentaba unos veintiocho años, seis más que él, pero le gustaban las mujeres maduras. Siempre le habían gustado y, en Cambridge, tal preferencia había contribuido en gran medida a consolidar su reputación de hombre sofisticado. «¿Pounce? Le gustan las mujeres maduras», decían sus amigos, pensando sin mucho convencimiento en sus hermanas que, con dieciocho años, iban a acudir a los próximos bailes de primavera; y aunque Nicholas, cuando se le presionaba, a menudo consentía en dejarse emparejar de ese modo, siempre parecía una concesión. En honor a la verdad, hasta la fecha solo había estado en relaciones con dos mujeres, ambas profesoras de baile, y esas relaciones se habían limitado a escarceos poco entusiastas en algún diván, razón por la cual no se había unido al grupo de Oxford. No se atrevía a confesar en público que su recuerdo erótico más intenso era el de un muelle roto que chirriaba —curiosamente— en si bemol. Tal observación decía mucho de su oído, pero muy poco de su capacidad de concentración.

—Carmen —dijo en voz baja.

Deseó que saliera y se arrodillase a su lado, para poder contemplar, allí tumbado, su cabeza leonada recortada contra el cielo. En ese momento se abrió la puerta de la casa. Pero no fue Carmen la que salió. Era su tío Isaac con el borrador del cuestionario.

La leyenda de la «piedra de la castidad» es antigua, nórdica y sórdida. Sus elementos esenciales pueden deducirse de algunas estrofas de las baladas nacionalizadas de *Willie de Winsbury* (100 A, 4f) y *El joven Beichen* (texto A) y en estas versiones la partería está mezclada con la magia de un modo evidente, pero la variante con la que se tropezó el profesor Pounce era simple y llanamente sobrenatural. («Tropezarse» fue el verbo que utilizó el propio profesor; a la vista de los hechos, complacía a su sentido del humor académico). Se tropezó con ella, pues, en un diario manuscrito, fechado en 1803, que encontró en el desván de una casa de campo en el Anglia oriental mientras sus anfitriones lo buscaban para jugar al *bridge*. Tras un relato algo monótono de bailes y anécdotas de tocador —la escritora era sin duda una mujer muy joven— había una anotación que rezaba así:

> *El señor C, ha vuelto de Gillenham. Doy gracias a Dios con mi cinta rosa de muselina india rayada. El señor C, tan entretenido como siempre; nos ha hablado de una extraña leyenda según la cual en el arroyo de aquel lugar hay una piedra pasadera en la que, si una señorita que en justicia debería haber renunciado a ese título o una esposa infiel ponen el pie, la pobre criatura tropieza indefectiblemente y queda enfangada a la vista de todos. La llaman la piedra de la castidad. Mamá se ha escandalizado*.

Las impresiones del profesor al leer este pasaje son imposibles de describir. Sintió (así se lo contó más tarde a su amigo el profesor Greer) una notoria picazón en las raíces del bigote, como si los pelos se le erizaran uno por uno, pero no llevaba espejo y este fenómeno secundario tuvo que quedarse sin investigar mientras pasaba con avidez las siguientes páginas del diario. El nombre del señor C, volvía a aparecer cuatro días más tarde:

> *Media hora a solas con el señor C.; llamaron a mamá para las conservas. Me había puesto el pañuelo indio negro de lunares. El señor C, dice que, cinco meses*

antes de su visita a G., una criada, una fornida moza rubia que se apellida Blodgett, o Blodger, desafiada por su señora a pasar la prueba de la p, de la c., lo hizo con mucha osadía ataviada con su vestido estampado de los domingos, medias blancas, elegantes zapatos negros, ligas verdes. Todo echado a perder por el apestoso fango. Ahora es madre de un hermoso muchachito. Entonces volvió mamá y leí en voz alta un pasaje de Cowper.

El profesor Pounce siguió pasando las hojas con agitación febril, pero no encontró nada más que fuera de interés salvo una última referencia al entretenido señor C.: «*El señor C, se ha ido hoy, sin hacer visitas. Lo han dicho los de las tiendas*». Se detuvo unos momentos a pensar en esta anotación; parecía arrojar cierta sombra de duda sobre el carácter del caballero, pero en ningún caso, decidió, desacreditaba su testimonio. Un descuido en ajustar cuentas no podía menoscabar su valor como testigo. Defecto más grave era el evidente deseo del señor C, de entretener; ¿se podía confiar en que no tergiversara los hechos? Probablemente no, pero en este caso los conocimientos especializados del profesor servían de freno. Recordó el *Willie de Winsbury* (100 A, 4f) y *El joven Beichen* (texto A) y decidió que, por muy adornado que estuviera (como en el detalle de las ligas verdes), el relato del señor C, era en esencia fiable. Aquel frívolo joven había dado con una pieza única y valiosísima que añadir al acervo del folclore inglés y, por una afortunada casualidad, se la había transmitido a una joven igual de frívola a través de la cual, por una casualidad aún más afortunada, había llegado por fin a las manos adecuadas: las manos expertas e incorruptibles del profesor Isaac Pounce.

Decidió investigarlo de inmediato.

Todo era propicio. El periodo lectivo en la universidad acababa de terminar y tenía por delante unas largas y gloriosas vacaciones. La idea de un trabajo de campo real, después de años dedicados a los textos, era en verdad embriagadora. Lo reciente del testimonio (apenas ciento treinta años) lo llenaba de optimismo. No es que esperase —sería un sueño— que el ritual de la piedra siguiera vivo,

que en 1938 las presuntas mujerzuelas, con medias de Woolworth, estuviesen dispuestas a probar su virtud sobre una reliquia de las leyendas nórdicas; pero sí aspiraba a obtener testimonios de oídas. Si el linaje de los Blodgett (o Blodger) seguía existiendo, los bisnietos de aquella muchacha podrían estar aún vivos…

En una beatífica ensoñación, el profesor Pounce se metió el diario en el bolsillo y bajó del desván. No mencionó su hallazgo a nadie, pues sabía cómo funcionaban esas cosas y deseaba reservarse toda la atención y el mérito de la investigación para sí mismo cuando pudiera asombrar a sus colegas con una monografía. En menos de veinticuatro horas había localizado Gillenham en el mapa del condado, había ido hasta allí, había alquilado la vieja casa señorial, que estaba vacía, y había contratado un ama de llaves. Al día siguiente regresó a Londres para coger algo de ropa y cerrar su piso de Bloomsbury (debió de ser entonces cuando envió a Carmen). Mientras hacía el equipaje recibió, con gran irritación, una llamada de su cuñada viuda y su sobrino Nicholas. La señora Pounce, como de costumbre, necesitaba hablar con él —siempre tenía problemas con el impuesto sobre la renta o con el casero— y Nicholas, como de costumbre, estaba en paro. Pero sabía escribir a máquina, tenía buena ortografía (además de un título en Historia, que, a ojos del profesor, no había sido más que una pérdida de tiempo) y no parecía falto de inteligencia. El profesor decidió en el acto llevárselos a los dos a Gillenham. Nicholas podía servirle de secretario y había espacio de sobra en la casa para que la señora Pounce deambulase con cara mustia. Ni su impaciencia ni su irritación admitían réplica; al día siguiente se pusieron en camino.

Carmen debió de hacer el viaje sola.

3

—¡Nicholas!, —exclamó con aspereza el profesor.

El joven se incorporó de mala gana. Unas manchas negras le bailaban delante de los ojos: la mayor de ellas se estabilizó, se expandió y se fundió en la figura de su tío. En persona, el profesor Pounce era bajito, canoso y enjuto. Llevaba, como si fuera una especie de uniforme académico de diario, una chaqueta de franela

azul, cruzada y con doble botonadura de latón, que añadía a su aspecto un ligero toque marítimo. Con una gorra marinera podría haber pasado por un capitán de barco jubilado, pero en vez de eso llevaba un impecable panamá con cinta negra. En la mano llevaba una hoja de papel.

—¿Sí, señor?, —dijo Nicholas, parpadeando.

—El cuestionario. Ya lo he terminado. Quiero que lo pases a máquina y lo distribuyas por todas las casas del pueblo. Unas cincuenta. Será mejor que te hagas con una bicicleta.

4

Obediente y con ganas —pues no se le había ocurrido que el proceder de su tío sería tan expedito—, Nicholas se puso en pie y cogió el papel. La letra del profesor era engañosamente pulcra y casi ilegible, pero tras un primer vistazo estuvo seguro de que el esfuerzo de descifrarla tendría una enorme recompensa. El documento decía así:

PIEDRA DE LA CASTIDAD - CUESTIONARIO

Por favor, rellénelo y devuélvalo al profesor Pounce, en la vieja casa señorial.

Nota: Conteste tantas preguntas como pueda utilizando solo una cara del papel. No pase a la Parte II hasta que haya completado la Parte I. Se pide a todos los participantes [al principio, el profesor había escrito «sujetos»] *que firmen con su nombre al final del documento y al pie derecho de la primera hoja.*

PARTE I

α. *¿Ha oído hablar alguna vez de la piedra de la castidad? (Conteste «sí» o «no»).*

β. *En caso afirmativo, ¿a quién?*

γ. *¿Cuándo? (Fecha lo más precisa posible).*

δ. *¿Fue ese testimonio de oídas o directo?*

ε. *¿En qué consistía ese testimonio?*

ζ. Pase ahora a la Parte II.

Nicholas dio la vuelta a la hoja con impaciencia. En la Parte I, era consciente, su tío había hecho todo lo posible por mantener una imparcialidad similar a la de las encuestas de Gallup, por abstenerse de sugerir la respuesta deseada; la Parte II, esperaba el joven, sería más expansiva. Y lo era.

PARTE II

Es muy posible [empezaba el profesor Pounce en tono afable] *que la leyenda de la piedra de la castidad se haya distorsionado con el tiempo y que ahora exista, si es que existe, bajo otro nombre. Por tanto, recapitularé a continuación sus elementos principales.*

En cierto arroyo de Gillenham, o cerca de Gillenham, hay o había una piedra pasadera que supuestamente tiene el poder de poner a prueba la castidad femenina: es decir, ninguna virgen (presunta) impura ni ninguna esposa infiel puede mantenerse en pie sobre ella, sino que tropiezan y caen al agua. La última prueba de la que se tiene constancia fue en 1803, cuando una tal señorita Blodgett, o Blodger, no la superó. Se dice que llevaba un vestido estampado, medias blancas, zapatos negros y ligas verdes, y que más tarde tuvo un hijo.

Por favor, indique si este relato, o parte de él, le resulta familiar y/o si ha oído algún otro relato que presente alguna semejanza.

Nota: El testimonio de cualquier descendiente de la señorita Blodgett (o Blodger) será, por supuesto, especialmente bienvenido.

5

—¿Y bien?, —preguntó impaciente el profesor.

Nicholas vaciló.

—¿Acaso no cubre todos los aspectos?

—Por completo —convino el joven—. Es de lo más minucioso. Pero…

—Pero ¿qué?

—¿No le parece, señor, que podría resultar ofensivo?

El profesor se quedó mirándolo con sincero asombro.

—¿Ofensivo? ¿Por qué?

—Bueno, por el asunto Blodgett-Blodger, para empezar. Lo de mencionar nombres. Es decir, suponga que alguien viniera a pedirle un testimonio de que su bisabuela no fue todo lo decente que debía ser, ¿no se lo tomaría usted un poco…? En fin, ¿a mal?

—Desde luego que no. No si fuera en pro de la ciencia.

—Tal vez, señor, esta gente no tenga mentalidad científica.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?, —insistió con cierta crispación el profesor Pounce—. No entiendo dónde quieres llegar.

Nicholas lo intentó de nuevo.

—¿No cree que puede traerle problemas?

—¡No, no lo creo!, —gritó el profesor ya del todo exasperado—. ¿Qué problemas? ¿Qué clase de problemas?

—Bueno, señor, tenemos que vivir aquí, al menos durante un tiempo, y si los vecinos se nos ponen en contra, puede ser un poco desagradable. A la gente no siempre le gusta responder preguntas.

—Claro que sí. Eso es justo lo que han sacado a la luz las encuestas americanas. A la gente *le gusta* responder preguntas.

—Pero no sobre la castidad de sus bisabuelas.

El profesor Pounce gimió en voz alta.

—Eres igual que tu madre —le dijo—. Discutir, discutir, parlotear, parlotear, y nunca una palabra sensata. Espero que esté todo mecanografiado esta noche… Y no uses más de dos hojas de papel carbón.

Obediente, pero con menos ganas, Nicholas se llevó el documento manuscrito dentro.

6

Hasta entonces, el pueblo y la vieja casa señorial no se habían cruzado. Hasta entonces, los Pounce, e incluso Carmen, no eran más

que simples visitantes de verano, bienvenidos en lo económico e insignificantes en lo personal. Hasta entonces, todo bien.

En el antiguo cuarto de armas, convertido ahora en estudio, Nicholas destapó su máquina de escribir.

Capítulo 2

1

El ruido de las teclas no llegaba hasta el pueblo: la vieja casa señorial estaba a casi un kilómetro de distancia por caminos y senderos enmarañados. ¿Cuánto más, con sus inquilinos actuales, la separaba en pensamiento, perspectivas, moral y cultura intelectual? El pueblo era antiguo y atrasado para su época. Siempre lo había sido. Los oficiales romanos de la caballería norteafricana, al escribir a sus Cornelias y a sus Lavinias, lo mencionaban con desaprobación como una montonera de pocilgas. Los anglos y los sajones lo invadieron con desdén. El Gran ejército danés ni siquiera se molestó en prenderle fuego. Un capitán normando se lo dio como propina a uno de sus sargentos que lo había sacado de un apuro. El sargento desapareció tras ciertos problemas con una mujer casada y Gillenham acabó hurtado discretamente por uno de los registradores del Libro de Winchester del rey Guillermo, que se construyó una mansión y la llamó, de forma ilegítima, casa señorial. Cuando el registrador, en justicia, terminó mal, sus arrendatarios asolaron aquel lugar y utilizaron los materiales para sus propios fines. Un Thirkettle volvió a construir sobre los cimientos, tras lo cual la nueva casa, aún conocida como la vieja casa señorial, pasó de propietario en propietario hasta que un despacho de abogados de Ipswich se la alquiló al profesor Pounce.

Ninguno de estos cambios supuso una gran diferencia para los aldeanos, que siguieron cultivando sus tierras, pagando impuestos cuando tocaba hacerlo y, en la medida de lo posible, manteniéndose alejados del peligro. No eran una raza marcial, ya tuvieron suficiente guerra con la reina Boadicea. Entre los años 710 y 1914, en un monumento a los caídos de Gillenham solo habrían podido figurar dos nombres: John Uffley, que se abrió la crisma durante la rebelión de Kett, y John Fox, que, de visita en el pueblo por

negocios, participó involuntariamente en el asedio de Colchester.

Pasaron los siglos y Gillenham seguía atrasado. No había ninguna Casa Grande que extendiera la luz de la civilización. El comercio de lana trajo una exigua y efímera prosperidad. El enérgico señor Coke, de Norfolk, mejoró un poco las técnicas agrícolas. Llegó el ferrocarril, pero no pasó por Gillenham. Su insignificancia puede juzgarse por el hecho de que en 1938 solo había un *pub*, el Grapes. El otro núcleo, femenino, de vida social era el centro comunitario, campo de batalla en el cual la esposa del vicario y la señora Pye libraban una guerra soterrada por el liderazgo de la Asociación de Mujeres. El marido de la señora Pye cultivaba los dos mil acres de la granja Vander y era el hombre más importante de la región. (Los Cockbrow de Old Farm apenas contaban, pues llevaban allí solo treinta años). Después del señor Pye estaba Jim Powley, propietario del Grapes, y tras él el vicario. Las mujeres adquirían el rango de sus maridos. Las cincuenta y pico casas de campo albergaban a unas trescientas almas de menor relevancia, en su mayoría jornaleros agrícolas que vivían pegados a la tierra sin ningún sentido aparente de la dignidad de su clase. Eran gente sencilla, robusta pero poco agraciada; hablaban de bueyes o, de vez en cuando, entre los jóvenes, de estrellas de cine vistas una vez y nunca olvidadas. Se dirigían unos a otros —hombres, mujeres y niños— llamándose «criatura», pero esta aparente indiferencia hacia el sexo era engañosa, sobre todo en primavera.

2

Nicholas siguió mecanografiando. (Gillenham no podía oírlo). Hacer cincuenta copias de un cuestionario de dos páginas, utilizando solo dos papeles carbón, supone mecanografiar treinta y cuatro hojas en total y se alegró mucho cuando, a mitad de la decimoquinta, la decimosexta y la decimoséptima, se vio interrumpido por la aparición en la puerta del estudio de Carmen Smith. Estaba apoyada en la jamba, limándose las uñas con indiferencia, y dejó que Nicholas la mirara.

No podía decirse que fuera guapa. Tenía el rostro demasiado

alargado, los rasgos demasiado amplios. Su cabello leonado era más bien basto. Lo llevaba recogido en un moño detrás de las orejas y con un grueso flequillo recto, al estilo de las taberneras de mil ochocientos noventa y tantos. Sin embargo, tenía una figura extraordinaria: alta, ancha de espalda, pechos que sobresalían con orgullo, caderas finas, cintura pequeña y piernas largas. No era una figura moderna en absoluto: era demasiado… —Nicholas, con el dedo suspendido sobre la B de Blodger, se esforzó por encontrar un adjetivo—, demasiado tosca. Le recordaba a una estatuilla minoica que había visto una vez en el Museo Británico. Una tabernera minoica, ¡caramba!

—Hola —dijo Carmen.

Nicholas sonrió con una especie de mueca y tecleó del tirón y a toda velocidad la siguiente línea, pero cometió tres errores.

—No es usted muy rápido, ¿verdad?, —observó la joven.

Nicholas volvió a sonreír sin decir nada. Había decidido ser inescrutable. Aun así, el comentario le molestó.

—Conozco a una chica que escribe noventa palabras por minuto —siguió Carmen.

Nicholas deseó que no hablara. Una tabernera minoica no debería conocer a ninguna mecanógrafa. Con el firme egoísmo de la juventud, anhelaba que Carmen dijese solo las palabras y que tuviese solo los pensamientos que él consideraba apropiados para ella.

—Gana cuatro libras a la semana —insistió Carmen implacable. Tenía la voz grave, pero monótona—. Eso es mucho dinero. ¿Es mudo?

—No —repuso Nicholas—. Estoy ocupado.

Carmen sopesó aquella respuesta con evidente escepticismo.

—Pues no es que haga mucho. Por lo menos hasta ahora. Le he visto toda la mañana en el jardín.

Así que lo había estado observando desde la ventana. Nicholas recordó de pronto el momento en que se había sentado para rascarse y se arrepintió.

—¿Por qué no ha salido a hablar conmigo?, —le preguntó.

—Me estaba pintando las uñas. —Carmen levantó la mano izquierda y clavó los ojos en ella. No llevaba anillos, tenía los dedos largos y las uñas de un color petunia intenso. Sin desviar la mirada,

dijo—: ¿Le pagan?

—No —contestó Nicholas—. ¿Y a usted?

—Por supuesto.

El tono de la conversación había estado marcado por una delicadeza en nada fingida.

—¿Por hacer qué?, —repuso Nicholas.

Carmen seguía mirándose las uñas. Unas espesas cejas oscuras, rectas y paralelas a la línea del flequillo, daban a su mirada una intensidad peculiar.

—Por ayudar al señor Pounce —dijo, y se apartó despreocupadamente de la puerta para dejar pasar a la cuñada del profesor.

3

La señora Pounce estaba decidida a hablar con alguien. Había estado sola en su habitación y se sentía muy desgraciada. No le gustaba estar sola y no le gustaba la habitación. No era una habitación agradable en absoluto. En su opinión, una habitación agradable era la que tenía un papel pintado colorido, una alfombra floreada, mucha cretona y una o dos mesitas de latón de Benarés. La habitación en la que se alojaba tenía las paredes y el suelo desnudos y apenas ningún mueble. Si hubiera sido una mujer de acción, podría haber ido a Ipswich a comprar al menos las mesitas, pues una de las ventajas del imperio es que el latón de Benarés se puede adquirir con facilidad a lo largo y ancho de Inglaterra; pero la señora Pounce no era una mujer de acción. Era parlanchina, una conversadora afable, persistente e inofensiva, y fue en verdad muy cruel por parte del Destino haberla apartado de su único e inocente pasatiempo. En una casa con cinco personas (contando a la asistenta), la señora Pounce no tenía a nadie con quien hablar. Su cuñado era siempre demasiado temperamental e impaciente para dejarla explayarse, su hijo parecía evitar a toda costa las conversaciones íntimas, no podía imaginarse charlando con Carmen y la señora Leatherwright, en cuanto apareció la señora Pounce, llegó a un acuerdo con el profesor para que nadie pudiese entrar en su cocina. Quedaba la asistenta, Joy, y aunque la chica era bastante

simpática, la señora Leatherwright la tenía demasiado ocupada para entretenerse hablando.

De modo que la señora Pounce no tenía a nadie con quien hablar y ya no pudo soportarlo más. Se quitó el bonito collar de escarabeos esmaltados, lo guardó bajo llave con un profiláctico libro de himnos y, una vez más, se aventuró a salir al mundo.

4

—Nicholas, cariño —dijo la señora Pounce mientras cerraba la puerta a su espalda—, quiero hablar contigo.

Su hijo martilleaba las teclas a toda prisa.

—Deja de hacer ese ruido, cielo. Quiero…

Nicholas se detuvo. Se detuvo, sí, pero tenía la actitud de quien espera reanudar su tarea en cualquier momento. Aquello no le servía de nada a la señora Pounce, a quien le gustaba entablar una conversación como si fuera una partida de *bridge*. Siempre le costaba mucho tiempo empezar y lo que tenía que decir ahora era particularmente difícil de abordar.

—¿Y bien?, —dijo Nicholas.

—Tu padre… —empezó la señora Pounce.

Nicholas movió impaciente los pies. Hablar de su padre siempre le incomodaba porque el difunto Ephraim Pounce había sido, aunque de un modo discreto, perfecto. Su carrera como director de sucursal del Banco Nacional y Comarcal había sido intachable y provechosa y, tras su prematura muerte, descubrieron que había invertido hasta el último chelín de sus escasas rentas particulares, año tras año y con gran meticulosidad, en una póliza de seguro y un fondo universitario, para su mujer y su hijo respectivamente. Para ello, se había negado a sí mismo, por lo que Nicholas fue capaz de deducir, todos los placeres normales de un hombre: ni fumaba, ni bebía, ni apostaba jugando a las cartas. Su vestuario era conservador y duradero, tan duradero que una gran parte pasó a su hijo y le avergonzaba bastante. Cómo un padre así podía haber engendrado a un hijo como Nicholas, Nicky Pounce el del
John’s,
al que le gustaban las mujeres maduras, era un eterno misterio,

sobre todo para él. Pensaba en su padre con una especie de desconcierto lleno de remordimientos: lamentaba que el viejo se hubiera divertido tan poco en la vida, pero suponía que el pago anual de las primas del seguro le habría proporcionado una especie de satisfacción puritana. Esperaba que así fuera, de verdad, pero lo habían machacado durante tantos años con la historia de la abnegación infatigable de su padre que ahora no le gustaba pensar en él.

—Tu padre… —empezó de nuevo la señora Pounce.

Horrorizado, Nicholas vio que a su madre se le llenaban los ojos de lágrimas. La compasión y el remordimiento —¡otra vez el remordimiento!— lo embargaron. Ambas emociones le desagradaban profundamente, las detestaba, pero tenía buen corazón. Se levantó, le pasó un brazo por los hombros y, con ademán torpe, le estrechó la cabeza contra su pecho.

—Mamá, sé que crees que lo he olvidado. Que no estoy lo bastante agradecido. Pero no es cierto. Sé que no soy un gran orgullo para él, pero…

El joven se interrumpió, ahogado por una honestidad espontánea. Lo cierto era que no quería ser un orgullo para nadie. Quería ser él mismo. Y a veces parecía casi imposible, solo por ese deslumbrante ejemplo paterno que siempre le pisaba los talones. Era consciente de que su padre quería que ingresara en la escala superior de la Administración; Nicholas se había negado a intentarlo, pero la negativa le dejó un permanente sentimiento de culpa. Seguía ocioso a una edad en la que su padre ya llevaba seis años trabajando; eso también le hacía sentirse culpable a veces… y a veces desafiante: a veces le apetecía holgazanear todo lo posible, solo para equilibrar las cosas. En definitiva, el impecable Ephraim Pounce había dejado a su hijo una extraña mezcla de herencias.

—No hablo mucho de ello —dijo el chico a la desesperada—, pero creo de verdad que mi padre fue el mejor hombre que ha existido.

Ninguna madre habría deseado oír más; Nicholas observó ansioso el rostro de la señora Pounce para ver si se consolaba, pero esta tenía los ojos apretados y las lágrimas se le seguían escurriendo bajo los párpados. Movió la cabeza despacio de un lado a otro; Nicholas la abrazó más fuerte y aquellas desagradables emociones

volvieron a invadirle el pecho. Se dijo que estaba dispuesto a permanecer así durante horas. Sin embargo, al cabo de unos minutos se cansó.

—Mamá —dijo vacilante.

La señora Pounce suspiró.

—Tengo muchísimo que mecanografiar.

Ella volvió a suspirar.

—Para el tío Isaac. Lo está esperando.

—Quería hablar contigo —murmuró su madre.

Nicholas contuvo su impaciencia.

—Claro, mamá. Te escucho. ¿Qué pasa?

—Ahora no puedo.

5

El profesor había tendido una cuerda en el jardín y Carmen y él jugaban al tenis. El espectáculo era curioso: el profesor Pounce, bajito pero ágil, saltaba de un lado a otro como un terrier en un corral, mientras que Carmen, sin apenas moverse, permanecía cerca de la cuerda y alargaba el brazo para atrapar la pelota. Su alcance era tremendo; en el sentido más literal, estaba jugando con el profesor. Nunca se anotaba un punto atacando; se limitaba a devolver la pelota, ahora a la izquierda, ahora a la derecha, hasta que el profesor acababa agotado. Una leve sonrisa le curvaba los labios; parecía casi benévola. Tenía una mirada indulgente, igual que una diosa podría observar con condescendencia un deporte de los seres mortales. Por un momento, Nicholas, al salir de la casa con las manos llenas de hojas mecanografiadas, sintió toda la fuerza de su atracción natural; luego vio la grotesca figura sudorosa y jadeante de su tío, que se estaba poniendo en ridículo, y aquella admiración se ahogó en un torrente de fastidio.

—¡Juego!, —jadeó el profesor.

Nicholas dejó los papeles y se dirigió al lado de la cancha de su tío.

—Puedo sustituirle —le dijo.

Al otro lado de la cuerda, Carmen lo miró pensativa. Estaba muy tranquila, ni siquiera se había despeinado. Sopesó un momento la

pelota en la mano y luego la arrojó al suelo.

—No, gracias —repuso—. Ya me aburre.

Nicholas sonrió con malicia. Habría pensado que podía vencerla y no quería arriesgarse. Por un segundo, la idea le produjo un placer absurdo; luego la expresión de su rostro, de frío desinterés, lo destruyó con la misma rapidez. A esas alturas ya se le daba bastante bien interpretar las expresiones de Carmen.

Su tío le pagaba. Él no.

Pero *¿por qué demonios* le pagaba su tío?

CAPÍTULO 3

1

A la mañana siguiente, Nicholas Pounce iba tambaleándose por la carretera, montado en una bicicleta prestada y con el montón de cuestionarios apilados en la cesta, y se sentía, tanto literal como figuradamente, en una posición muy precaria. Estaba casi seguro de que solo funcionaba el freno delantero y le inquietaba sobremanera el efecto que el cuestionario de su tío Isaac pudiese tener sobre sus destinatarios. Por una extraña casualidad, todos los aldeanos con los que se cruzaba eran hombres fornidos. Algunos le daban los buenos días y Nicholas les devolvía el saludo. Lo hacía en tono congraciador. En cada par de aquellos ojos impávidos detectó, o creyó detectar, una falta absoluta de interés científico y un miramiento fanático por el buen nombre de las mujeres. Sobre todo, de sus propias mujeres. Una tosca caballerosidad. Los cuestionarios, en sus grandes sobres azules, eran muy vistosos y, junto con el propio Nicholas, llamaban la atención. Todos esos hombres fornidos lo recordarían como el joven que los había repartido. Dentro de unos días lo estarían buscando, probablemente, con brea y plumas y tal vez con una traviesa. El profesor tampoco los detendría. Le gustaba observar cómo se mantenían las viejas costumbres.

Presa de estas sombrías reflexiones, Nicholas llegó a la primera casita de campo en las afueras del pueblo. Lo más destacado de la vivienda —de hecho, lo único en lo que se fijó— era un magnífico staffordshire bull terrier. El staffordshire bull terrier todavía se cría, aunque de manera ilegal, para las peleas de perros. Nicholas decidió pasar por allí a la vuelta. Las dos casas siguientes no estaban vigiladas y pudo deslizar un sobre por debajo de la puerta de cada una de ellas. En la tercera, sin embargo, era evidente que lo habían visto llegar porque la puerta se abrió justo cuando se agachaba y apareció la señora de la casa. Era la señora de Noah Uffley y parecía

una mujer muy fuerte e inflexible.

—¿Qué es eso?, —le preguntó.

—Una… Una carta —tartamudeó Nicholas.

—¿De quién? ¿Sobre qué?

—Bueno, es de mi tío, el profesor Pounce. Y es sobre… Sobre… magia y cosas así.

Para su sorpresa, la expresión de la mujer se volvió más amistosa.

—Hubo un profesor aquí el enero pasado —comentó la señora Uffley.

—¿Ah, sí?

—Alquiló la habitación que hay detrás del Grapes.

—¿De veras?

—Detectaba bultos —le explicó la otra—. En la cabeza.

—No me diga.

—Y tocaba el trombón.

—No debe esperar nada parecido del profesor Pounce —repuso Nicholas, que se alejó a toda prisa.

Este breve intercambio, sin embargo, le dio una idea, y muy útil: cuando le preguntaron en las casas siguientes, se limitó a decir «Un pasatiempo del profesor Pounce», lo cual en cierto modo no era engañoso ya que no tenía ninguna duda de que para algunas mentes el cuestionario del profesor resultaría en verdad muy entretenido. Además, no sabía a ciencia cierta que el profesor no pudiera detectar bultos. También, probablemente, sabría tocar el trombón y Nicholas estaba seguro de que su tío exhibiría de buen grado ambos talentos en aras de la investigación. Sea como fuere, este razonamiento le infundió tanta confianza que muy pronto había repartido ya cuarenta y nueve sobres (el cuadragésimo noveno lo dejó, de hecho, en las fauces del staffordshire bull terrier) y por fin iba camino de la casa más apartada de todas: Rose Cottage, al final de un sinuoso camino; pero allí esa confianza fue su perdición, pues se le extendió a las piernas. Nicholas tomó la última curva pedaleando a toda prisa —demasiado—, vio otra bicicleta que se acercaba de frente y en un segundo descubrió que había acertado de pleno con lo de los frenos. Solo funcionaba el delantero. Nicholas salió despedido por encima del manillar, golpeó de lado la bicicleta que venía de frente y acabó tirado en el suelo, estupefacto, frente a

una joven igualmente sorprendida.

2

—Caramba —dijo Nicholas, palpándose las rodillas—, lo siento muchísimo. Espero que no se haya hecho daño. Lo cierto es que hacía años que no montaba en bicicleta.

—Estoy bien —repuso la joven—. Es una curva espantosa.

Su voz era puro Bloomsbury, el tipo de voz que habría sorprendido en extremo a Nicholas si no hubiera sido consciente de la creciente tendencia entre los intelectuales a vivir en casas de campo sin saneamiento. Y así como Nicholas reconoció la voz de la chica, era evidente que ella reconoció la suya: en realidad deberían haberse encontrado en las escaleras del Museo Británico —o M. B. —, pero incluso en Gillenham sus respectivos acentos constituían una presentación más que suficiente.

—Se ha desollado la mano —dijo la joven—. Será mejor que entre y se ponga yodo.

Nicholas se miró la mano derecha, vio la sangre que salía de un largo rasponazo y aceptó la oferta. Recogieron las bicicletas —Nicholas se las arregló para golpearse en la espinilla— y las apoyaron en la valla. La de Nicholas volvió a caerse mientras él subía por el sendero, pero lo ignoró. Ya había tenido suficiente bicicleta por un tiempo.

—Por cierto —dijo la chica mientras abría de un empujón la puerta de la casa—, soy Mildred Hyatt.

Por su forma de hablar, Nicholas tuvo la impresión de que esperaba, o más bien deseaba, que reconociera el nombre. No obstante, en los círculos en los que él se movía esto era algo común que, por lo general, solo llevaba a un bochorno mutuo, por lo que se limitó a responder, casi en el mismo tono, que él era Nicholas Pounce. La señorita Hyatt, sin embargo, pareció fascinada de inmediato.

—Entonces, ¿se aloja usted en la vieja casa señorial? ¿Con el profesor Pounce?

—Mi tío —asintió Nicholas para acabar con aquello.

—¡Pero qué emocionante!, —exclamó la señorita Hyatt—. He

leído todos sus libros. Me parece un hombre maravilloso. ¿Ha venido a trabajar?

—No —repuso Nicholas. Si ya había tenido bastante con la bicicleta, estaba más que harto de los cuestionarios. Se miró nervioso la mano y la señorita Hyatt, que captó la indirecta, fue enseguida a por el yodo y se lo aplicó con generosidad. El resultado fue dolorosísimo.

—También tengo algo de apósito líquido, de
New-Skin
—dijo muy amable la joven—. ¿Se lo pongo por encima?

Nicholas negó con la cabeza. Quería liarse a dar saltos para aliviar el dolor, pero habría sido demasiado indigno así que, en lugar de eso, caminó enérgicamente por la habitación mirando los cuadros de las paredes. Se titulaban *Un par de mascotas, Junio, Dulces dieciséis* y *Dos cuerdas para su arco*, y los cuatro títulos eran juegos de palabras. La habitación en sí era el típico salón de casa de campo, salvo por el hecho de que había un gramófono portátil y un piano vertical sobre el que descansaban varias hojas de papel pautado y un libro sobre la armonía.

—¿Compone usted?, —preguntó Nicholas, que recuperaba los buenos modales a medida que el dolor disminuía—. Por eso su nombre me resultaba familiar.

Mildred Hyatt se sonrojó.

—Bah, eso no fue nada —dijo—. Un simple trabajo alimenticio, de hecho, y me avergüenza bastante. Ahora estoy trabajando en algo muy distinto.

—¿De veras? —Nicholas se preguntaba qué demonios sería lo que había hecho famosa a la señorita Hyatt. Como ya se ha comentado, tenía buen oído y solía reseñar discos para *Granta*, pero en honor a la verdad el nombre de Hyatt no le decía nada en absoluto…

—Una sinfonía moderna —añadió la joven. Luego se corrigió—: *Symphonie Moderne*. Por eso he venido aquí, para trabajar en ella. Claro que podría seguir con obras comerciales y, probablemente, ganar mucho dinero, pero eso es un suicidio artístico, ¿no le parece?

—Por supuesto —convino Nicholas. Empezó a sentir verdadera curiosidad. La idea de que alguien de su edad pudiese ganar mucho

dinero siempre le interesaba y, por otra parte, si la señorita Hyatt componía canciones o melodías de baile populares, él mismo era más dado a las letras sofisticadas. De modo que se cubrió un poco las espaldas añadiendo que algunas cosas modernas, por muy atractivas que fueran, tenían en verdad un gran mérito. Gershwin, por ejemplo. Las letras solían ser demasiado absurdas para… Bueno, para ser letras, pero no había razón para que no pudiesen ser tan ingeniosas como la melodía…

—¿Escribe usted?, —preguntó la señorita Hyatt con inocencia.

Nicholas admitió que así era. Si alguna vez la señorita Hyatt necesitaba un par de ripios, algo que tratar de encajar de manera provisional, solo tenía que decírselo.

Mildred Hyatt parecía a la vez ansiosa y cohibida.

—De hecho —dijo—, *tengo* una melodía. Es solo uno de mis trabajillos por encargo, claro, pero bastante lograda.

—Me gustaría oírla —repuso Nicholas.

Con una falta de timidez encomiable, la joven se sentó de inmediato al piano. Nicholas estaba sorprendido. La melodía era extraordinariamente simple, sin ser en absoluto sutil. Como un tintineo. Sonaba pum-tíriti-pum. En resumen, una de las melodías más tontas que jamás había oído.

—Tóquela otra vez —le pidió a la desesperada cuando llegó al final.

La señorita Hyatt volvió a tocarla, esta vez hablando por encima de las notas.

—No es nada, desde luego —decía. (Pero Nicholas tenía la terrible sospecha de que su verdadera opinión era muy distinta)—. Aun así, encajaría con la segunda *suite* y quiero terminarla. La primera se sigue vendiendo de un modo ridículo.

—Y dígame —se arriesgó Nicholas, pensando que más le valía enfrentarse a lo peor—, ¿la tiene aquí? La primera *suite*. Nunca he llegado a verla.

La señorita Hyatt se interrumpió en los agudos, extendió la mano hacia una carpeta apoyada en un lateral del piano y sacó un álbum fino y de tapas alegres. Nicholas lo cogió. La ilustración de cubierta representaba un grupo de niños dibujados al estilo de Mabel Lucie Attwell. Llevaban dos pancartas, en una de las cuales se leía: «*Suite infantil* (para principiantes)» y en la otra: «Mildred

Hyatt». Debajo, más discreta, estaba la leyenda: «Primer premio del concurso de la BBC en *La hora de los niños*».

La señorita Hyatt tarareaba ahora la melodía en la. Le estaba dando tiempo de sobra. Nicholas fue pasando las páginas y vio que la *suite* constaba de cuatro movimientos: *Sue, la cantante; Gatito lava los platos; Tom, el ordenado* y *El lobezno Willie*. Echó un vistazo al último:

Willie, lobezno Willie,
¡ven y dame la pata!
¡Eres el único lobo
al que dejamos entrar en casa!

—El alboroto que se armó fue bastante absurdo, desde luego —se excusó la señorita Hyatt tras interrumpir su tarareo—, y soy tan poco fotogénica que me resultó odioso. Pero supongo que, si una *se presenta* a un concurso abierto, debe asumir las consecuencias.

—Claro —convino Nicholas, que esperaba no traslucir su incomodidad.

—*Esos* versos los escribió una amiga mía, pero es muy vergonzosa y no quiso que se mencionara su nombre. Es listísima. ¡Lo compuso en apenas media hora!

—¿De veras? ¡Caramba!

—Le ofrecí la mitad del premio, por supuesto, pero no lo aceptó. Dijo que los versos eran un regalo y que debía firmarlos yo misma. No lo hice, claro, pero no pude evitar llevarme el mérito y eso me inquietó bastante.

—No tiene por qué —la tranquilizó Nicholas—. Sé exactamente cómo se sentía su amiga.

La señorita Hyatt parecía agradecida.

—Pero, desde luego, si compone usted alguna letra para mí —añadió—, debe ser un asunto de negocios. Lo hará, ¿verdad? Porque tengo una idea bastante buena, solo que no consigo desarrollarla. ¡Escuche! —Volvió a tocar rápidamente la nueva melodía—. ¿Qué le sugiere?

Como no quería decir «un buen dolor de cabeza», Nicholas se limitó a parecer pensativo.

—¡Campanillas!, —exclamó entonces la señorita Hyatt con

convicción—. *La princesa Campanilla*. Y podría hacer una serie de cuatro: el rey, la reina, la princesa y tal vez las damas de compañía, y titularlo *La corte de Campanilla*. ¿No ve ya la cubierta?

Nicholas la veía. Y tuvo que admitir para sus adentros que, desde el punto de vista comercial, la idea era buena.

—¿Escribirá usted la letra?

Nicholas dudó. Necesitaba el dinero, pero al mismo tiempo le daba reparo vincularse —él, Nicky Pounce, el tipo sofisticado del John's — con una *suite* para niños. Estaba fuera de lugar.

—Inténtelo —insistió persuasiva la señorita Hyatt, que obviamente había malinterpretado aquella vacilación—. Estoy segura de que podrá hacerlo. Y no tiene que empezar por la princesa si se le ocurre alguna idea para los otros primero. En fin, me encantaría escuchar sus sugerencias.

—De acuerdo —se decidió Nicholas de pronto. (Al fin y al cabo, podía alterar con facilidad su personaje para incluir la faceta comercial pura y dura: sería divertido)—. Haré lo que pueda. Pero no espere nada tan bueno como *El lobezno Willie*.

—Será mejor —afirmó Mildred Hyatt—. ¡Me muero de ganas! —Entonces hizo una pausa y su actitud cambió—. Quiero quitarme de en medio todas estas tonterías —explicó con intención— y volver a mi *Symphonie Moderne*.

3

Mientras volvía a casa empujando la bicicleta —no podía montar porque el manillar estaba torcido—, Nicholas se dio cuenta de que tenía mucho en lo que pensar. Se había implicado, aunque fuera solo intelectualmente, con una joven desconocida, había alterado de forma radical su propio carácter y le había encasquetado a su tío Isaac el papel de trombonista; también había sufrido un accidente de bicicleta y se había hecho amigo de un staffordshire bull terrier. Había sido una mañana completita, y una mañana doble, la mitad en el ambiente familiar de Bloomsbury y la otra mitad en la atmósfera más extraña del pueblo; Nicholas trazó una frontera imaginaria al final del sendero de la señorita Hyatt y, mientras la

cruzaba empujando la bicicleta, le dio la impresión de que el aire de Gillenham ya había cambiado. Ahora nadie le daba los buenos días, tal vez porque ya lo habían hecho antes, pero posiblemente porque habían leído el cuestionario del profesor. Vio uno de los sobres azules tirado en la cuneta —como arrojado con justa ira— y la visión lo deprimió. Apretó el paso, no hacía más que golpearse con el pedal en el tobillo, y detrás de él los gallos cantaban con júbilo.

En la puerta de la vieja casa señorial lo esperaba su tío.

—¿Y bien?, —dijo vehemente el profesor Pounce—. ¿Los has repartido?

—Sí —contestó Nicholas—. Tío Isaac, ¿sabe tocar el trombón?

—No —repuso el profesor.

—Pues creo que debería aprender. Supongo que yo podría hacer algunos trucos con las cartas…

El profesor Pounce no respondió. No estaba escuchando; ya miraba ansioso hacia el pueblo, como si esperase ver un torrente de personas corriendo hacia allí con los cuestionarios completos. No era consciente de que en Gillenham nadie leía nada hasta el anochecer, cuando la oscuridad les daba tiempo para el esfuerzo intelectual. La gran mayoría de los sobres azules seguían sin abrir debajo de botes de té, tazas conmemorativas de la coronación y otros adornos en las repisas de las chimeneas. Como bombas de relojería.

Pasó el día y no llegó ningún cuestionario cumplimentado. Nicholas empezó a albergar la esperanza de que nunca llegaran. Antes de acostarse se quedó observando el camino, como había hecho su tío; era una noche preciosa, que olía a tierra y heno, y tan tranquila que las estrellas ni siquiera titilaban, sino que brillaban fijas como planetas. Entonces cantó un gallo y Nicholas se sobresaltó. Como la mayoría de los habitantes de la ciudad, esperaba que los gallos cantasen solo, y puntualmente, al amanecer; no se había dado cuenta de que cacareaban cuando les daba la gana y ahora el sonido le pareció extraño y siniestro. Era como una señal.

Como una señal para que algo empezara.

Capítulo 4

1

De puertas afuera, en el pueblo, reinaba una paz profunda. Las escasas luces que se veían brillaban débilmente entre las cortinas corridas. La calle principal estaba tan vacía como los caminos y casi igual de oscura. De las cuadras y los establos llegaba de vez en cuando un leve rumor de pezuñas sobre la paja; de las estancias superiores de las casas de campo, un rumor parecido, casi en respuesta, de cuerpos rendidos por el sueño en colchones de plumas.

Las luces del piso de abajo estaban encendidas en la vicaría, donde el señor Crowner hacía las cuentas de la revista parroquial; en el Grapes, donde la señora de Jim Powley enjuagaba los vasos, y en la granja Vander, donde acababa de parir una yegua.

2

—Charles —dijo la señora Crowner mientras sacaba el último calcetín del cesto con la ropa para remendar—, ¿has leído ya la cosa esa?

—Y dos libras con nueve y ocho peniques —murmuró el vicario —. ¿Qué cosa, querida?

—El cuestionario ese del tal profesor de la vieja casa señorial. Te lo di a la hora del té.

—No, aún no —repuso el otro—. Dos libras con nueve y ocho peniques. Lo llevo aquí, en el bolsillo, y en cuanto tenga tiempo…

—Léelo ahora, querido —le urgió su esposa—. Ahora mismo.

El vicario escribió «Una libra con ocho y nueve peniques» en un papelito, sacó obedientemente las dos hojas mecanografiadas por Nicholas y las ojeó con creciente interés.

—¡Qué cosa tan singular!, —exclamó al fin—. Y pensar que

llevamos tantos años viviendo aquí…

—Ya sé que es singular —lo interrumpió enseguida la señora Crowner—. Es… Es insólito. Pero no se trata de eso. El sobrino del profesor ha hecho circular esos cuestionarios por todo el pueblo. Lo he visto con mis propios ojos, montado en una bicicleta, justo cuando salía de casa de la señora Uffley y la señora Uffley me lo ha dado enseguida para que lo leyera y, por supuesto, en cuanto lo he hecho le he dicho: «No es más que un panfleto, señora Uffley», y en cierto modo lo es, Charles, así que no me mires así, y me lo he traído. Pero no sé a cuántas otras personas les habrá llegado porque no he querido hacer preguntas por miedo a despertar un interés inapropiado.

—¿Y?, —dijo el vicario.

—¡El pueblo podría estar… *sembrado* de esas cosas!

—Si el joven iba en bicicleta —convino el señor Crowner—, parece probable que visitara más de una casa.

—Pues eso es lo que estoy diciendo. La cuestión es, Charles, ¿qué vas a hacer?

El vicario reflexionó.

—Deduzco que aquí no ha traído ningún cuestionario y, en cualquier caso, no podría responderlo más allá de un primer «No». Tú nunca has oído hablar de esa piedra de la castidad, ¿verdad?

—¡Claro que no!, —le espetó la señora Crowner.

—He pensado que tal vez en la Asociación de Mujeres…

—¡Claro que no!, —volvió a exclamar ella.

—Entonces —concluyó el vicario con pesar— no veo que podamos hacer nada en absoluto.

La señora Crowner dejó de zurcir y apretó las manos con fuerza sobre el regazo. Quería a su marido con un afectuoso amor conyugal, pero había momentos en que le resultaba exasperante.

—Charles, querido, haz el favor de pensar en ello. Ese documento es pagano. No hay otra palabra para describirlo. Es un intento deliberado de despertar recuerdos paganos.

—Es probable —observó con tacto el señor Crowner— que el profesor Pounce lo considere un trabajo de investigación científica.

—Me da igual cómo lo llame. Desenterrar un pasado escandaloso…

—Como una villa romana —murmuró su marido.

—Los romanos eran respetables —replicó la señora Crowner de un modo bastante arbitrario—. Esto no lo es. Si no despierta recuerdos paganos, despertará pensamientos paganos. Es tu deber sofocarlo, Charles.

—¿Y cómo, querida?

—Con los *boy scouts*. Podrían salir a primera hora de la mañana y recogerlos todos, y podríamos hacer una pequeña hoguera en el huerto. Estoy segura —añadió la señora Crowner en un tono algo menos severo— de que disfrutarían mucho.

—Seguro que sí —convino el otro—. Y estoy seguro de que también disfrutarían leyendo las preguntas primero. De momento, querida, debo pedirte que lo dejes estar.

La señora Crowner abrió la boca y volvió a cerrarla sin decir nada. Sabía cuándo la habían derrotado. En su mente, una mente sencilla y alarmada, parecía que el veneno ya empezaba a hacer efecto.

—En cualquier caso —añadió el vicario mientras echaba otro vistazo al cuestionario—, si hace que alguna oveja de nuestro rebaño piense seriamente en el tema de la castidad, ya será más de lo que han conseguido nunca mis sermones. Una libra, ocho chelines y nueve peniques.

3

—¡Jim!, —gritó la señora Powley de repente—. ¿Alguna vez has oído hablar de una piedra de la castidad?

—¿Piedra de qué?, —voceó Jim Powley, su esposo.

—¡De la castidad!, —se desgañitó ella, alzando aún más la voz. Su marido estaba en la bodega, pero como aquel era su sitio habitual mientras ella limpiaba la barra, y como ese era el mejor momento para sus charlas domésticas, se habían acostumbrado a chillarse a través de la trampilla. El Grapes estaba separado de las casas vecinas y el mozo dormía fuera.

—¡No, qué va!, —gritó Jim—. ¿Qué es eso?

La señora de Jim Powley se cogió el mandil para ponerlo sobre la barra recién fregada y acomodarse con los grandes brazos cruzados encima y, con una absoluta falta de escrúpulos, pasó a la

Parte II del cuestionario del profesor antes de completar la Parte I.

—Es una piedra pasadera, Jim, que al parecer tiene el poder de poner a prueba la castidad femenina. ¿Tú sabes algo de eso?

—¿Dónde está?

—Aquí, en el arroyo. O al menos parece que antes estaba en el arroyo del pueblo, pero ahora no están seguros y por eso hacen todas estas preguntas, para averiguarlo.

—¿Quién quiere averiguarlo?

El dedo gordo de la señora Powley recorrió lentamente la página.

—Profesor Pounce. El que ha alquilado la vieja casa señorial.

Hubo un breve silencio, luego un ruido de pasos y entonces la cabeza de Jim asomó despacio por la trampilla abierta. Era la primera vez que permitía que los reclamos de una conversación interfiriesen en su trabajo.

—¡Caramba!, —exclamó alargando las sílabas—. ¡Esta sí que es buena, quién lo habría dicho! ¡Vaya viejo verde!

—Aquí pone su nombre, está clarísimo.

—¿Seguro que no es el joven?

—Pone «profesor». Uno es demasiado viejo, pero el otro es demasiado joven. ¿A ti qué te parece todo esto, Jim?

El otro subió un par de peldaños más, se impulsó con las manos para salir y fue a apoyarse al otro lado de la barra. Su mujer puso las hojas de lado y juntos, moviendo los labios al unísono, leyeron el cuestionario, no sin dificultad, de principio a fin. Jim se rascó la cabeza. El estilo académico y distante del profesor ejercía un efecto mitigador.

—Tonterías de burgueses —dijo al fin—. No tiene más. Recuerdo que mi abuela solía ganarse unos chelines con el viejo doctor por cantarle trozos de canciones antiguas. Esto es lo mismo, pero con cuentos de hadas.

—Bueno, ¿y qué hago con ello?

—Nada —repuso Jim.

Su mujer dobló las hojas por la mitad y las metió en una lata de cacao vacía, donde guardaba papelajos sueltos para anotar pedidos, trucos de belleza y recetas de conservas. La barra estaba como los chorros del oro, pero ella no se quitó el delantal como de costumbre ni subió las escaleras sin esperar a Jim. Tampoco su marido regresó

a la bodega.

—Me pregunto si existiría —dijo la señora Powley en voz baja.

—No lo creo. No en nuestros tiempos. ¿Qué estás pensando?

—Estaba pensando que, si hubiera existido, el día que me casé contigo, criatura, habría cruzado el arroyo más orgullosa que el Punch de los títeres.

Las dos cabezas, una de un rubio desvaído y crespo y otra castaño oxidado, se inclinaron hasta juntarse.

—Por supuesto —dijo Jim.

—Había algunas por aquí…

—Sí, ya lo sé.

—¿Y cuál mejor que yo?, —siguió la mujer de Jim, no sin cierta complacencia—. Pero no conseguiste engatusarme, criatura, no hasta que tuve el anillo en el dedo, ¿verdad?

—Verdad —asintió el otro—. Me cazaste honradamente.

Un sentimiento tan simple, tan común, tan poco poético como ellos mismos hizo que sus gruesas manos se juntaran sobre la barra recién fregada. Un sentimiento tosco y limpio, como la propia barra.

—Ven a la cama, mujer —dijo Jim en tono cariñoso—. Terminaré abajo por la mañana.

No se acordó de cerrar la trampilla de la bodega y, a primera hora del día siguiente, Tom, el mozo, antes de abrir los postigos, se cayó por ella. No resultó malherido, pero sin duda la señora Crowner habría visto en esa caída una justificación más para su actitud hacia el profesor Pounce.

4

—Es un potro —dijo el señor Pye—. Y bueno, además. Me tomaré un culín de *whisky*.

En la granja Vander eran abstemios y no conformistas, dentro de unos límites razonables. Es decir, el señor Pye bebía *whisky* con fines medicinales y una vez, durante una prolongada sequía, envió a su esposa a rezar con los anglicanos. Sin embargo, él necesitaba medicarse con bastante más frecuencia de lo que aquellas tierras necesitaban que lloviera.

—¿Y Nelly?, —preguntó la señora Pye.

—Como una rosa. —El granjero se tomó el *whisky* a pequeños sorbos mientras pensaba que cada uno le costaba unos tres peniques, pero no lo saboreaba menos por ello. La señora Pye lo observaba y esperaba. Una enorme polilla se acercó a trompicones a la lámpara y le hizo desviar la mirada. El bicho batió las plumosas alas contra el cristal caliente y cayó a la mesa y la señora Pye extendió una mano para aplastarla. Luego se volvió hacia su marido y, cuando a este le quedaban unos cuatro sorbos de *whisky*, le puso en la mano que tenía libre, sin decir nada, dos hojas mecanografiadas. (Cabe destacar que por lo general eran las mujeres las que llamaban la atención de sus maridos sobre el cuestionario del profesor Pounce).

—¡Pero bueno!, —protestó el señor Pye—. ¡No es momento para catálogos!

—No es ningún catálogo —repuso su esposa muy seria—. Tienes que verlo antes de que lo eche al fuego.

Empujado por sentimientos muy parecidos a los que el vicario temía en sus *boy scouts*, el señor Pye leyó.

—¡Es un escándalo!, —proclamó la señora Pye. (Era una lástima que no siempre formara parte del rebaño del vicario: la señora Crowner y ella habrían descubierto que tenían mucho en común).

—Esto no tiene ni pies ni cabeza —dijo su marido. Al igual que a Jim en el Grapes, el estilo del profesor le parecía decepcionante—. Si quieres quemarlo, quémalo, pero ¿qué tiene de malo la castidad?

—Es un arma de doble filo —observó la señora Pye—. Empiezas pensando en la castidad y, quieras o no, piensas también en lo otro. Esa tal Blodgett, la *señorita* Blodgett, encima, ¡tuvo que ser una desvergonzada!

El señor Pye pasó con bastante interés a la segunda página.

—Nunca he oído ese nombre por aquí —dijo—, pero ligas verdes, bueno… Mi abuela tenía un par. Eran de punto de seda.

—¡Pues no digas ni una palabra al respecto!, —gritó la señora Pye. Le arrebató los papeles de la mano, los hizo un gurruño y, con un extraño resurgir de su condición de ama de casa, lo utilizó para quitar el cuerpo aplastado de la polilla de su reluciente mesa. Luego lo arrojó al fuego—. ¡Ni una palabra!, —repitió—. Yo vengo de una familia decente, Thomas Pye…

—No hay nada indecente en las ligas —replicó su marido—. O no lo había en su época, al menos. Mi abuela era una buena mujer.

Se levantó algo rígido, desentumeció los hombros y subió a acostarse. Sin embargo, los viejos recuerdos, enterrados muy hondo, se agitaban en su mente; ni siquiera cuando su mujer ya se había metido en la cama a su lado y había apagado la luz, y a pesar del cansancio, pudo dormir. Resulta que se acordaba de su abuela con toda claridad: «buena», había dicho que era, pero al recapacitar sobre ello pensó que más bien debería haber dicho «amable». No recordaba que aquella mujer hubiera mostrado nunca ninguna de las cualidades que él consideraba ahora pruebas de virtud: no había sido especialmente ahorradora, ni estricta con las criadas, y nunca lo obligó a ir a la iglesia más que una vez a la semana, los domingos, aunque su autoridad sobre él, tras la muerte de su propia madre, era en ese sentido absoluta. Pero solía entretenerlo con sus juegos, le daba manzanas y le tejía manoplas para el invierno. Y luego, cuando se hizo un hombre, más o menos a los doce años, ella pareció encogerse de repente hasta convertirse en una figura diminuta y casi invisible junto a la chimenea, de modo que nunca volvió a prestarle mucha atención. Estaba demasiado ocupado tratando de progresar en el mundo. «El trabajo sin reposo —dijo su abuela una vez— hace de cualquiera un soso», cosa que él consideraba, desde luego, una tontería…

—Pye, duérmete —le dijo con aspereza su mujer.

El señor Pye se puso de lado, contó hasta trescientas ovejas (southdowns de cara negra) e hizo lo que le ordenaban.

No había demasiada indecencia, en opinión de la señora Crowner, en la granja Vander. En todo caso, aún no.

5

El reloj de la iglesia dio las doce. En las casas ya a oscuras los colchones de plumas se revolvieron. Un soplo de desvelo recorrió el pueblo. Esposas y maridos, al sentir el familiar calor conyugal, abrieron un ojo y volvieron a dormirse. Las solteras permanecieron despiertas más tiempo. Uno de los jóvenes, Arthur Cockbrow, de veinte años, de Old Farm, se sentó en la cama, escuchó atentamente

y luego subió sin hacer ruido por la escalera del desván hasta la habitación de la criada de su madre.

—¡Sally! ¡Déjame entrar!

Hubo un leve movimiento al otro lado de la puerta. Aquel soplo también había despertado a Sally.

—¡Sally! ¡Ábreme!

La puerta se abrió, aunque apenas una rendija. El señor Cockbrow intentó meter el pie, pero se pillaba los dedos.

—¡No me atrevo, señorito Arthur! ¡De verdad que no me atrevo!

—Siempre dices lo mismo —susurró el señor Cockbrow malhumorado—. No pasa nada. Todos están dormidos.

—No es eso, señorito Arthur. De verdad que no…

—¡Sally, cariño! Sally, tú sabes cuánto te quiero. ¿No me crees?

—¡Claro que sí, señorito Arthur!, —musitó Sally con fervor—. No es eso…

—Entonces, ¿qué demonios te pasa?

—El Gobierno —susurró la chica—. Hay papeles por todo el pueblo, van a venir para ponernos a todas a prueba, para descubrirlo *todo*…

Como es natural, el señor Cockbrow tardó unos instantes en responder.

—No me lo creo —dijo—. No tiene ningún sentido. Habrás entendido algo mal.

—Que no, señorito Arthur. Está todo ahí escrito. Nos pondrán a prueba a todas y… ¡Ay, señorito Arthur, no podría soportarlo!

El señor Cockbrow empujó la puerta con suavidad.

—Déjame entrar, Sally, enséñame esos papeles y yo te lo explicaré.

Pero Sally no era del todo ilusa. Empujó la puerta en sentido contrario, con la misma suavidad pero con más firmeza. El pestillo se encajó.

—¡Sally!

—¡Voy a gritar, señorito Arthur! ¡De verdad que lo haré!

—¡Sally, cariño!

—¡Llamaré a la señora!

—Maldita sea —refunfuñó el otro.

De nada sirvieron las zalamerías. Bastante molesto, y aún más sorprendido, se quedó allí junto a la puerta cerrada, descalzo y con

una sensación cada vez más incómoda en los pies sobre el suelo de madera desnudo. No entendía nada. Llevaba dos semanas enteras detrás de Sally, tiempo más que suficiente para satisfacer el orgullo de la muchacha, y nunca le había parecido una empresa en absoluto imposible. Y ahora, sin saber cómo ni por qué, ¡metía al Gobierno por medio! ¡El Gobierno! Era de locos.

—¡Sally!, —la llamó por última vez.

No hubo respuesta. El joven tuvo la certeza de que, aunque estuviera llamándola toda la noche, seguiría sin obtener ninguna. El Gobierno había intervenido.

—¡Maldita sea!, —repitió el señor Cockbrow, que volvió con cautela a su cama.

Este episodio, sin duda, habría desconcertado en gran medida a la señora Crowner.

CAPÍTULO 5

1

El jardín que había detrás de la vieja casa señorial resultaba un lugar en extremo agradable, y no lo era menos por estar mal cuidado. Había arriates de amapolas y altramuces junto a la casa y matas de judías, guisantes y frambuesas más allá, y las amapolas habían tirado semillas entre las judías y de vez en cuando aparecía una flor blanca de guisante entre los altramuces y la hierba de la praderita no era más corta ni menos tupida que la del huerto que había detrás. Cuando soplaba el viento, las manzanas, pequeñas y duras, caían entre las frambuesas y hacían nuevos agujeros en las redes sin remendar y a veces una vara de guisantes se desplomaba suavemente sobre las patatas, formando una nueva mezcla de flores, y el jardín entero se mecía en un estado de leve anarquía. El cenador, que era también cobertizo para las herramientas, sostenía o estaba sostenido por una masa de clemátides y zarzamoras y, bajo su banco circular de madera, brotaba una interesante variedad de hongos venenosos. En ese banco, tras una noche agitada, estaba sentado Nicholas Pounce.

Tenía un lápiz en la mano y una libreta en la rodilla. Llevaba más de una hora peleándose con la letra para la señorita Hyatt y era mucho más difícil de lo que se había imaginado. Tenía aptitudes para los juegos de palabras dudosos y las rimas polisilábicas, pero la simplicidad lo superaba. Volvió a intentarlo.

En la corte de Campanilla, las damas,
aun virtuosas como ninguna,
explican que de alta cuna
haya algún caballero en llamas.

Eso tampoco servía. Nicholas arrancó la hoja de la libreta y la hizo un gurruño. El problema era que no podía concentrarse. Estaba

distraído. Aunque había decidido con muy buen criterio olvidar todo el asunto del cuestionario, al menos hasta que sus destinatarios hicieran algún movimiento, no lo conseguía. Podían hacerlo en cualquier momento. También, y más aún, se distraía pensando en Carmen, a la que deseaba poder cortejar. Y puesto que el sentimiento es el sustento vital del artista, Nicholas creía que cortejar a Carmen podía ser justo lo que necesitaba. Apoyó los pies en un cortacésped oxidado y volvió a intentarlo.

El rey espera una heredera
¡y no hay majestad que los rumores acalle!
La reina, dicen de aquí a la frontera,
no tendrá Campanilla sino Lirio del Valle.

—¿Qué hace?, —preguntó Carmen.

2

Nicholas alzó la vista. Allí estaba ella, bajo el arco de la puerta, con las ramas de zarzamora rozándole el pelo. El corazón del joven dio un vuelco y se le aceleró.

—¿Qué hace?, —repitió la otra.

—Nada —dijo Nicholas—. Tonterías. Pase y charle conmigo.

Carmen se lo pensó.

—¿Sobre qué?

—Sobre el amor —repuso él.

—De acuerdo. Dispare.

Nicholas dudó. Tenía una mirada que no le gustaba. Una mirada escéptica…

—El amor —declamó entonces— puede dividirse en dos clases: sagrado y profano. Nos centraremos en este último y empezaremos por el principio: ¿cómo describiría usted, señorita Smith, el proceso de enamorarse?

Para su sorpresa, Carmen pareció reflexionar un momento antes de contestar.

—Es como ir a un parque —dijo por fin—. Antes de entrar solo estás mirando por la verja: aún puedes quedarte fuera si quieres. Eso es cuando acabas de conocer a alguien, o cuando te han besado

y depende de ti dar el siguiente paso y a veces no sabes si quieres o no. Porque no puedes ver todo el parque, solo lo primero y lo más bonito, y quizá más adentro haya cepos o animales agresivos y tal vez no puedas volver a salir. Así que no lo sabes. Pero entonces oyes una fuente o ves el tejadillo de un cenador y entras. Y la puerta se cierra detrás de ti. Y ahí estás, un poco asustado, pero con todo ese fascinante parque por explorar…

Nicholas la miró fijamente.

—¿Quién le ha contado eso?, —preguntó sin mucho tacto.

—Un hombre en un *pub* —dijo Carmen—. Iba un poco curda. ¿No le parece acertado?

—Sí, claro —asintió él. Volvió a mirarla y vio grandes colinas cubiertas de césped, redondeadas arboledas y arbustos que podrían ocultar los cepos—. ¿Y ese tipo del *pub* entró?

—Ya estaba dentro. Estaba en la barra.

—Me refería al parque.

—No era un parque de verdad, bobo.

Carmen parecía tan divertida por aquello que Nicholas no pudo sino llegar a la conclusión de que el lenguaje de la metáfora le era completamente ajeno. Había estado repitiendo palabras como un loro.

—Tiene una memoria portentosa —le dijo.

—¿Verdad que sí? Suelo recurrir a esa historia cuando los hombres empiezan a hablarme de amor. Es muy útil.

—¿Y alguno de esos hombres le pregunta de dónde la ha sacado?

Carmen reflexionó.

—Unos sí y otros no. Los que lo hacen casi siempre quieren seguir hablando. Pero yo me harto de hablar.

Se levantó y se estiró. Su extraordinaria figura llenó por un instante el umbral de la puerta y ocultó el cielo. Nicholas se vio de pronto en pie, temblando de emoción. Le puso las manos en la cintura: era como estrechar el esbelto tronco de un árbol destilando savia y, como un árbol demasiado alto, ella se cimbreó hacia él.

—Besas muy bien —le dijo.

Nicholas volvió a besarla.

—Como un auténtico caballero…

Nicholas la soltó de golpe, salió corriendo del cenador y,

jadeante y maldiciendo, atravesó el jardín y el huerto y salió al campo.

3

—Isaac, por favor —dijo la señora Pounce—, quiero hablar contigo.

El profesor tenía una desconcertante propensión a mirarla de vez en cuando como si se sorprendiera de verla. Así la miró ahora; fue solo un instante, pero bastó para sacarla de quicio.

—¡Isaac, *por favor*!

—Claro, claro —repuso el otro, obviamente dirigiéndose a sí mismo—. ¿Qué pasa, Maud?

—Quiero hablar contigo. ¿Por qué no te sientas?

—Llevo toda la mañana sentado —objetó su cuñado—, esperando la llegada de esos cuestionarios. Prefiero moverme un poco.

—No puedo hablar contigo si te estás paseando de acá para allá, querido. De verdad que no puedo.

El profesor se dejó caer en una silla, con los pies separados y las manos sobre las rodillas, y la miró fijamente.

—¿Así está mejor?

—¡No, no está mejor!, —gritó la señora Pounce, ya bastante distraída—. Lo único que pido es un poco de comprensión…

—¡Maldita sea!

—¡Isaac!

—No te estaba maldiciendo a ti —se apresuró a explicarle este —. Maldecía a esos condenados aldeanos. ¡Ya deberían haber llegado algunas respuestas!

La señora Pounce lo miró.

—¿No puedes pensar en *otra cosa*, Isaac?

—No, no puedo —respondió el profesor con franqueza—. ¿Dónde está el chico? ¿Dónde está Nicholas? Voy a enviarlo a recogerlos.

—Escucha, querido —insistió su cuñada—. No suelo robarte mucho tiempo, de hecho, soy una mujer muy discreta, pero por una vez necesito que me prestes atención. Tu querido hermano…

El profesor lanzó un grito de exasperación.

—Mi apreciada Maud, ya lo sé todo sobre mi hermano. Era uno de los mejores hombres que han existido. Buen ciudadano, buen marido, buen padre y todo lo demás. Un dechado de virtudes. Tengo el mayor de los respetos por su memoria. Es más, su memoria es tan sagrada para mí que debo negarme a hablar de él. ¿Dónde está Nicholas?

—Iré a buscarlo —cedió con tristeza la señora Pounce.

4

Tumbado boca abajo a los pies de un seto, Nicholas Pounce, a quien le gustaban las mujeres maduras, no entendía qué le pasaba. El beso de Carmen lo había alterado mucho y no tenía por qué, pensó. Solo había besuqueado a una pelandusca en un cenador. Pero ni siquiera el lenguaje de viejo calavera del siglo XVIII lograba disimular el hecho de que, como calavera, era todo un fracaso, y ahora se retorcía enojado sobre la hierba. ¿De dónde demonios había sacado Carmen su vara de medir besos? Del profesor, imposible, ¿no? La idea resultaba fascinante, pero demasiado improbable para tomársela en serio. La respuesta se escondía en lo desconocido, en las indescifrables profundidades de la vida privada de Carmen.

«¡Y un cuerno un parque!, —se dijo—. ¡Debe de ser más parecido a una jungla!».

Explorar la jungla…

Se dio la vuelta y se quedó tumbado de espaldas contemplando una maraña de ramas de zarzamora. Los frutos aún inmaduros tenían un color rojo apagado, parecido al de la boca de Carmen. A pesar de todo, decidió que le apetecía mucho volver a besarla. Decidió que volvería a besarla. También decidió que debía adquirir más experiencia. Era demasiado humillante, a los veintidós años, no saberlo todo sobre las mujeres. Pensó entonces en Mildred Hyatt. Era bastante atractiva, una hermosa criaturita a su manera artesanal, y su ubicación en Rose Cottage les daría la oportuna intimidad…

Se levantó. La idea de enredarse con dos mujeres jóvenes a la vez le devolvió la confianza en sí mismo; ahora no llegaba a entender qué lo había empujado a salir corriendo por el jardín

como un niño avergonzado. Se sentía extremadamente adulto. Se sacudió el polvo de los pantalones y regresó sin prisa. Al pasar junto al cenador, vio que el suelo seguía cubierto de bolas de papel y recordó las exigencias de la corte de Campanilla. Sería bueno, en vista de sus planes respecto a la señorita Hyatt, tener alguna excusa razonable para su próxima visita. (Una vez roto el hielo, por supuesto, no habría necesidad de excusas: ella lo estaría esperando). Nicholas volvió a entrar en el cenador, recuperó papel y lápiz y se puso a trabajar.

No cabía duda de que el sentimiento era en verdad el sustento vital del artista. Esta vez lo consiguió a la primera:

Campanillas, campanillas, ¡que repique el carillón de las hadas!
Su majestad la reina quiere saber la hora.
Una, dos, tres, cuatro, las cuatro en punto y otra campanada,
¡que suenen por toda la pradera
y traed a la princesa a casa para que meriende engalanada!

Lo hizo en diez minutos escasos y terminó justo cuando su madre salió a buscarlo al jardín.

5

—¿Recogerlos?, —repitió Nicholas.

—Recogerlos —asintió con firmeza el profesor.

—La verdad, señor, creo que es demasiado pronto. No les ha dado la oportunidad de…

—Recoge los que estén terminados. Del pueblo hasta aquí hay una caminata y puede que eso esté causando el retraso.

—Lo siento, señor, pero se me ha roto la bicicleta.

—Tienes pies —sentenció el profesor Pounce.

CAPÍTULO 6

1

La mañana, sin embargo, estaba ya muy avanzada y, si a Nicholas le había dado tiempo a escribir cuatro versos, a tontear con Carmen y a sufrir las consecuencias, a la señora Crowner (desobedeciendo por una vez a su marido) le había dado tiempo a reunir a sus *boy scouts* y enviarlos a limpiar el pueblo de sobres azules. De la remesa original recuperaron cuarenta y seis; de los cuatro ejemplares restantes, uno estaba en la lata de cacao de la mujer de Jim, otro hecho cenizas en la granja Vander, otro bajo la almohada de la joven Sally y el quincuagésimo en la pechera de la prima de Jim Powley, la señora Ada Thirkettle. Este último fue, por tanto, el único que Nicholas pudo recoger y, aunque la señora Thirkettle le dirigió una mirada muy extraña al entregárselo, se sintió tan agradecido que le compró tres botes de su mermelada casera de ciruela damascena. La señora Crowner se hizo con los demás sin tener que dar nada a cambio, pero al fin y al cabo ni uno solo de sus cuarenta y seis cuestionarios estaba contestado.

2

—¡Solo uno!, —exclamó indignado el profesor.

—Eso me temo, señor.

—Pero ¿dónde está el resto?

—Se los han llevado los *boy scouts*.

—¿Y para qué quieren los *boy scouts* mi cuestionario?

—Para la señora Crowner, señor. Es la esposa del vicario.

—Pero ¿qué demonios…? —El profesor dio un respingo de impaciencia—. ¿Para qué demonios quiere la señora Crowner cuarenta y nueve ejemplares?

—No me hago una idea, señor —mintió Nicholas—. Pero ya que tiene uno, ¿no sería mejor que le echara un vistazo?

El profesor Pounce, airado, sacó las hojas del sobre y las extendió sobre su escritorio. Un segundo después, toda la cólera y toda la impaciencia se habían desvanecido. Se sentó boquiabierto y con expresión beatífica, como un hombre ante una visión celestial. La señora Thirkettle solo había rellenado un hueco, pero era suficiente. Junto a la pregunta (a) —«¿Ha oído hablar alguna vez de la piedra de la castidad?»— había escrito «Sí».

Debajo, con letra bastante apretada pero aun así legible, había cuatro maravillosas palabras más: «Está en nuestro fregadero».

3

Nicholas se frotó la sien. Se había inclinado justo cuando su tío se incorporaba y se dieron un buen golpe cabeza con cabeza. El profesor, sin embargo, parecía no haberse enterado. Se quedó como en éxtasis y solo movía los labios.

—¡Válgame Dios!, —murmuró con reverencia.

—¡Que me parta un rayo!, —exclamó Nicholas.

—¡En el fregadero!, —repitió el otro—. En la más humilde de las estancias domésticas…

—¿Debería estar en un museo?

—En absoluto —repuso el profesor—. Debería estar en el arroyo.

Al principio, aquella idea le hizo bastante gracia al joven Nicholas, como si fuera una de las mejores bromas de su tío. Pero no lo era. El profesor hablaba muy en serio y, cuando Nicholas se dio cuenta, la diversión dio paso a la duda.

—¿Quiere decir que intentará moverla de sitio?

—Ya la han movido una vez —señaló el profesor.

—Claro, señor, pero a la gente no le gusta que pongan sus fregaderos patas arriba.

—Les gusta que *hagan mejoras* en sus fregaderos. La piedra será sin duda parte de un suelo enlosado y no me cabe duda de que la oferta de un nuevo suelo de cemento, con el añadido tal vez de una estera de corcho, sería muy bien recibida.

El profesor demostraba a veces cierta sabiduría práctica que

sorprendía a su sobrino. Nicholas probó con otro argumento.

—¿No saldrá bastante caro, señor?

—No veo por qué. Un saco de cemento se puede adquirir a un precio muy razonable y tú mismo puedes prepararlo y darlo. Será un entretenido trabajo manual que disfrutarás mucho.

—Pero tío Isaac…

—Que disfrutarás mucho —repitió el profesor con firmeza—. Será mejor que vengas conmigo para tomar las medidas.

4

Con el paso impaciente de un entusiasmo temerario, el profesor recorrió la calle principal del pueblo. Varios de sus habitantes andaban por allí y el profesor los saludó a todos. «¡Buenos días!», exclamaba. «¡Bonita mañana! ¡Qué buen tiempo! ¿Cómo va la cosecha?», y a todos estos saludos los vecinos respondían con un evasivo «Bah». El profesor tomó nota, divertido, y, cuando el vicario lo saludó a él, respondió a su vez «Bah», o más bien «¡Ajá!». «¿Y dónde va?», le preguntó el vicario. «¡Ajá!», respondió el profesor Pounce…

Para Nicholas, que lo seguía abochornado con la cinta métrica de su madre en el bolsillo, aquel comportamiento tan frívolo era poco menos que vomitivo. Como todos los jóvenes, era muy celoso de los privilegios, por así decirlo, de la juventud. El desenfado era uno de ellos y le martirizaba tanto la falta de dignidad de su tío que casi se alegró de llegar a la puerta de la señora Thirkettle.

5

—Esta es —dijo la señora Thirkettle.

Mediría unos cuarenta por cincuenta, era lisa, plana, de un color ligeramente más oscuro que el resto de las losas y estaba atravesada por una mancha irregular. Una línea desigual de cemento la separaba y a la vez la unía a sus vecinas. Daba la impresión de llevar mucho tiempo allí.

—Así que es esta —repitió el profesor con reverencia—. ¿De qué es la mancha?

—Sangre —repuso la mujer.

—Madre mía, ¿qué… qué tipo de sangre?

—Humana —dijo la señora Thirkettle—. De nuestra Pansy. Una prima mía que vivía aquí, un poco mayor que yo. Un soldado la deshonró y ella se cortó el cuello. Quería hacerlo sobre la pila, pero con los nervios, como es natural, y al no haber hecho nunca una cosa así, acabó ensuciando el suelo. Esta piedra la pilló justo debajo y, por más que restregamos, no conseguimos meterla en luz. Mamá se disgustó mucho.

—Ya me imagino —comentó el profesor.

—Aunque, como Pansy era la hija menor de su hermano, dijo que podía ser una especie de monumento conmemorativo y una advertencia para que las demás no nos descarriásemos.

—Y una muy contundente —convino el otro—. Pero ¿cómo sabe que esta es la que antes se conocía como «piedra de la castidad»?

—Porque mi padre la cogió del arroyo Bowen cuando construyeron el puente nuevo. Hacía años que le tenía echado el ojo: la de aquí estaba muy gastada y esta encajaba perfectamente.

—Ya lo veo. Pero ¿qué le ha hecho pensar que es esa piedra en concreto?

—Lo decía mi abuela. Ella también vivía con nosotros y, cuando papá la trajo a casa, se echó a reír. «Menudo ojo has tenido, criatura», le dijo. «Esa es la piedra de la castidad, que estaba en el Bowen desde los tiempos del Libro de Winchester». Y solía venir a mirarla y se reía a carcajadas.

—Supongo que le contaría más de una historia sobre ella —insinuó esperanzado el profesor.

—Mi abuela no. Mi abuela no contaba historias a menos que el viejo doctor le diese un chelín por ello.

El profesor Pounce dudó. Era obvio que los Thirkettle tenían una vena comercial más fuerte de lo que había previsto.

—Bueno, yo le daré cinco chelines por esa piedra —dijo—. Es una curiosidad. Mi sobrino la sacará y…

—¿Y destrozarme el suelo del fregadero? Ni hablar —protestó la otra.

—La reemplazaremos por un pulcro parche de cemento. Y una estera de corcho. Resultará una gran mejora.

El profesor era persuasivo y esta vez fue la señora Thirkettle la

que vaciló.

—Cinco chelines sigue siendo poco. Esa piedra es histórica, más bien. Me atrevería a decir que podría sacarle varias libras.

—¿Le han hecho alguna otra oferta por ella?

—No puedo decir tal cosa —admitió la mujer.

—Y nadie más lo hará, créame. Hay piedras así por todo el país.

—Pero no con la sangre de Pansy —observó la señora Thirkettle —. Es un tributo funerario, eso es, y vengo a mirarla a menudo.

El profesor se metió la mano en el bolsillo, rebuscó y sacó un puñado de monedas.

—Siete y seis —regateó—. Siete chelines y seis peniques, el parche de cemento y la estera de corcho. Lo toma o lo deja.

—Quince chelines.

El profesor Pounce se dirigió a la puerta.

—¡Diez chelines!

El profesor Pounce volvió.

—De acuerdo. Mi sobrino vendrá mañana por la mañana. Toma medidas para la estera, Nicholas, y dejaremos tranquila a la señora Thirkettle.

6

—Esto —dijo el profesor mientras volvían sobre sus pasos— es lo que yo llamo una transacción enteramente satisfactoria.

—Yo no —repuso Nicholas algo mojigato—. Se me han revuelto las tripas. Esa pobre Pansy…

—¡Una historia de lo más sugerente!, —exclamó su tío en tono jovial—. Debió de suicidarse sobre la misma piedra. La piedra, por así decirlo, la delató.

Habían llegado al estrecho sendero que llevaba a las puertas de la vieja casa señorial. No se veía a nadie por allí. Nicholas se volvió y lo miró de frente.

—Dígame, señor, ¿usted cree de verdad en todo eso?

El profesor Pounce reflexionó.

—No lo sé —dijo al fin—. Lo cierto es que no lo sé. Me hallo en un estado de confusión nada desagradable. Pero pronto lo averiguaremos.

—¿Cómo?

—Mediante la experimentación, por supuesto —se impacientó el otro—. No creerás que, después de este extraordinario golpe de suerte, voy a dejar el asunto, ¿verdad? Hay que devolver la piedra al arroyo Bowen, tal vez con algún tipo de ceremonia, y los sujetos irán pasando por turnos…

Nicholas cogió a su tío del brazo.

—¿Qué sujetos, tío Isaac? ¿*Quién* va a pasar?

—Cualquiera que desee contribuir, por supuesto. Invitaré a todas las mujeres del pueblo, para empezar, mediante un aviso en la puerta de la iglesia.

Nicholas se quedó sin palabras.

—Y si conseguimos una buena participación —continuó el profesor Pounce, que aceleraba el paso a medida que la idea se desarrollaba y tomaba una forma cada vez más elaborada—, confeccionaremos un historial de cada sujeto y analizaremos los resultados. Será uno de los trabajos de investigación más notables desde Fraser. No eres consciente de la suerte que tienes.

Nicholas era consciente de muchas cosas, pero su supuesta buena suerte no era una de ellas.

Capítulo 7

1

En Gillenham no vendían cemento.

Sacar intacta una losa encastrada en el suelo era un trabajo que requería una gran destreza.

Rellenar el hueco con cemento (suponiendo que se pudiera conseguir allí, que no era el caso) y rematarlo todo en condiciones era una tarea para la que hacía falta una habilidad aún mayor.

Estas conclusiones fueron las que presentó a Nicholas, a la mañana siguiente, un comité de tres hombres —un Fox, un Uffley y un Thirkettle— que el joven encontró, al parecer en sesión permanente, ante las puertas cerradas del Grapes. Mientras esperaban a que abriesen, aquel trío se mostró dispuesto a ayudar a Nicholas con sus consejos. Entre los tres sumaban unos doscientos dieciséis años y lo veían bastante negro.

—Entonces, ¿dónde puedo conseguir cemento?, —les preguntó.

—En Ipswich —dijo el señor Fox—, pero está bastante lejos.

—¿Y no hay un autobús o algo así?

—Los martes y los sábados —contestó el señor Uffley.

—Bueno, hoy es sábado —repuso Nicholas esperanzado—. ¿De dónde sale?

—Ya se ha ido —dijo el señor Fox.

Durante unos minutos, se quedaron todos pensando en esa vía muerta. Luego el señor Thirkettle comentó distraído:

—Menudo cine el que tienen en Ipswich…

—Sí —asintió el señor Uffley.

Nicholas miró angustiado a ambos lados de la calle. Ya había preguntado en la única tienda del pueblo, que tenía caramelos de menta, botas, cordones, alimentos secos, salmón en conserva y mallas de alambre, pero no cemento. Los tres aldeanos miraban al vacío. Todos sabían para qué quería el cemento —aquel señor

Thirkettle era el cuñado de Ada Thirkettle— y en realidad les interesaba mucho el asunto, pero no parecían más que tres viejas tortugas estirando los callosos cuellos al sol.

—Supongo que no puedo sustituirlo por otra cosa —aventuró Nicholas.

—No si quiere hacer un buen trabajo —dijo muy serio el señor Uffley.

—Y un órgano estupendo —musitó el señor Thirkettle—. Estaría encantado de quitarme las botas.

Nicholas se volvió desesperado hacia el señor Fox.

—¿Está seguro de que no hay otra opción más cerca que Ipswich?

La súplica llegó justo a tiempo. El señor Fox, a pesar de su edad, tenía un oído finísimo y en aquel momento captó el primer indicio de vida en el interior del *pub*. El entretenimiento que les proporcionaba Nicholas ya no le hacía falta.

—Pruebe con el joven Arthur —le dijo, flexionando con cuidado las viejas piernas antes de moverse.

—¿Quién es el joven Arthur?

—El carretero —contestó el señor Fox—. Cruce la calle. Estamos delante de su casa.

2

Para alivio de Nicholas, el joven Arthur resultó no tener más de cuarenta y cinco años y no era solo carretero, sino también fontanero, carpintero y albañil. Era un hombre corpulento y de aspecto noble, como un terranova. Para él no suponía ningún problema ni conseguir ni preparar y echar cemento. De hecho, tenía un saco en el patio. No obstante, cuando le explicó la naturaleza del trabajo, mostró ciertas reservas. La verdad, dudaba que Nicholas fuera capaz de hacerlo. Es más, sus dudas eran tan serias que se negó en redondo a venderle el cemento.

—Sería como robarle —afirmó el joven Arthur con sobriedad—. Aunque sea un trabajo sucio, hacer la mezcla tiene su arte y no se aprende ni se enseña en años.

Nicholas vaciló. Estaba seguro de que podría aprender a mezclar

cemento, si no en una hora, al menos en una tarde, pero ¿cómo iba a ponerse a ello si no conseguía el material?

—Y lo de quitar esa piedra, además —continuó el carretero—. ¡Es una tarea peligrosa! Salta una esquirla, le da en un ojo ¡y se ve con un parche o algo peor hasta el final de sus días! Una vez vi a un tipo al que enterraron todavía con el parche.

—¿De veras?, —dijo Nicholas.

—Se lo aseguro. Y era un espectáculo que espantaría a los mismos ángeles. Apuesto a que cuando san Pedro lo vio llegar, le dijo: «¡Ea, criatura! Tú vas con el viejo de abajo».

A Nicholas todo eso le parecía adelantar mucho los acontecimientos, pero en realidad no tenía ninguna prisa por enfrentarse al revuelo de la piedra. Una vez se había machacado el pulgar con un martillo solo por intentar abrir un cajón de embalaje. Además, aunque el joven Arthur lo miraba con los ojos de un terranova que implora a su amo que no escale una cima peligrosa, empezó a sospechar que aquella solicitud no era del todo desinteresada.

—¿Cuánto?, —le preguntó sin rodeos.

Acto seguido, el joven Arthur desfrunció el ceño. Parecía como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Consideró el asunto.

—Hay que sacarla —empezó—, y hay que moverla, y hay que transportar el cemento…

—¿Cuánto?, —repitió Nicholas.

—Treinta chelines.

Parecía tan ofendido, y tan noble en su agravio, que Nicholas no se atrevió a regatear. Sabía que el precio era escandaloso y que su tío nunca se lo pagaría, pero ya estaba harto.

—De acuerdo —aceptó—. ¿Cuándo puede hacerlo?

—El lunes —dijo el joven Arthur, aún con aire resentido.

Nicholas asintió y se volvió hacia la puerta. En el umbral se detuvo. Había visto un cartelito que colgaba del pomo: «Arthur Fox, carretero y carpintero».

—Dígame —se interesó—, el viejo señor Fox, el hombre con el que he hablado en la puerta del Grapes y que me envió aquí, ¿es pariente suyo?

—Mi padre —dijo el otro sin más.

3

Nicholas salió a la calle bañada por el sol y de inmediato se enfrentó a un nuevo problema. (Su vida en aquel momento había ganado interés, pero era agotadora).

Justo enfrente, en la puerta del Grapes, estaba Carmen Smith. Llevaba la cabeza descubierta y, bajo la intensa luz del sol, su pelo brillaba como el latón. Iba vestida con una falda de algodón bastante amplia, de color azul oscuro, y un jersey azul más claro que le ceñía los pechos. Sin duda llamaba la atención.

Nicholas dudó. Por mucho que deseara la compañía de Carmen en general, en el pueblo podía prescindir de ella. Despertaba demasiado interés. Más que eso, despertaba demasiadas emociones. Los hombres la miraban con un extraño y avergonzado retraimiento, las mujeres con franca hostilidad. Las mujeres habían odiado a Carmen nada más verla.

«Será mejor que la lleve a casa», pensó Nicholas con una vaga inquietud. Estaba allí de pie, tranquila, sin hacer nada, sin estorbar, sin hacer daño a nadie y, sin embargo, le daba la impresión de que en cualquier momento podría desencadenar una revuelta. Dos mujeres pasaron por su lado y se volvieron a mirarla; Carmen, con la mirada fija por encima de sus cabezas, pareció no reparar en ellas. Tampoco se fijó en los dos gamberros apoyados en la pared. Pero cuando Nicholas se alejó de la puerta de Fox, la vio volver la cabeza. Un hombre de mediana edad, corpulento, con el pelo gris como el acero y tan alto como ella se le estaba acercando y, posiblemente por el hecho de que sus ojos estaban a la misma altura, sus miradas se cruzaron. Fue un acto intencionado, no un hecho pasivo. El hombre, que parecía un granjero importante, se detuvo en seco. Nicholas vio que decía algo y que Carmen contestaba. Él mismo estaba ya en medio de la calle y no parecía quedarle otra opción que seguir adelante y unirse a ellos.

—Hola —le dijo Carmen—. Vamos a tomar una copa. Este es el señor Pye.

—Conozco a su tío —dijo el señor Pye—. Le interesan mucho los hurones.

Aquello era algo nuevo y Nicholas se mostró sorprendido.

—¿Los hurones?, —repitió.

—Los hurones —asintió el otro.

Se hizo un silencio bastante prolongado. Ni Carmen ni su nuevo amigo se movieron. Era evidente que estaban esperando a que Nicholas se marchara. Pero Nicholas no iba a marcharse. Había recordado quién era el señor Pye —el granjero más importante de la región, casado con la presidenta de la Asociación de Mujeres— y tenía el presentimiento de que la semilla de su revuelta imaginaria se estaba sembrando delante de sus narices.

—En ese caso —replicó como un idiota—, las copas deberían correr de mi cuenta. De la de los hurones, de hecho…

Por encima de su cabeza (ojalá no fueran los dos tan altos, mucho más que él), los otros cruzaron una mirada.

—Gracias —dijo el señor Pye, y abrió paso hacia el *pub*.

4

Allí no había nadie más salvo la mujer de Jim, que observaba al trío con gran interés. Nicholas pidió las bebidas: oporto con limón, una pinta de cerveza amarga y media de cerveza suave, y el señor Pye se llevó la suya y la de Carmen a una mesita delante de un banco en el que solo cabían dos personas, de modo que Nicholas tuvo que quedarse en la barra.

—¿Cómo está su tío?, —le preguntó muy afable la señora Powley.

—Bien —dijo él.

—Debe de ser un hombre muy interesante —comentó la mujer —. Por lo que se oye de él…

—Bastante, sí —asintió Nicholas.

La mirada pensativa de la señora Powley recayó en Carmen.

—¿Pariente suya?

—La señorita Smith ayuda al profesor con su trabajo.

—Tiene una bonita figura.

Nicholas dio un trago a la cerveza más largo de lo que pretendía y se atragantó. No creía que Carmen pudiera oírlos: la patrona del *pub* había bajado la voz hasta hablar en un susurro propio de cantinera profesional, dirigido a un solo oído, y en cualquier caso no era probable que le hubiese importado. Pero Nicholas,

hipersusceptible, miró nervioso a su alrededor.

Carmen no estaba bebiendo, ni tampoco el señor Pye. No hablaban. Solo estaban allí sentados, muy juntos, con los muslos rozándose, en el estrecho banquito. De vez en cuando se miraban y Carmen esbozaba su lenta y tranquila sonrisa. El señor Pye ni siquiera le devolvía el gesto, se limitaba a mirarla fijamente. Esa inmovilidad, sin embargo, no era sosegada: estaba henchida de una tensión implícita. Carmen, cuando estaba sola en la acera unos minutos antes, ya le había dado esa misma impresión; ahora lo notaba por partida doble. Era muy extraño, pero cada vez que Carmen sonreía, cada vez que el señor Pye se la quedaba mirando, Nicholas sentía que toda la estructura social del pueblo temblaba como la tierra antes de un terremoto.

—Bueno, no es asunto mío —dijo la señora Powley sin venir a cuento.

Nicholas se acercó a la mesita.

—¿Otra copa, Carmen?

Ella negó con la cabeza.

—¿Señor Pye?

El señor Pye hizo lo mismo.

—Creo —arriesgó Nicholas a la desesperada— que deberíamos irnos a casa a comer.

—Te sigo —dijo Carmen.

Pero el señor Pye levantó su jarra y la vació de un trago y, acto seguido, Carmen, como si obedeciera una orden tácita, apuró su copa. (Nicholas deseó poder manejarla de la misma forma). Se levantaron. El granjero inclinó levemente la cabeza en dirección a la mujer de Jim y, con una mano en la cadera de Carmen, empujó a esta última hacia la puerta.

—¡Su cambio!, —gritó la señora Powley.

Nicholas, que iba pisándoles los talones a los otros dos, volvió a la barra. Estaba furioso. Había pagado la ronda y jamás en la vida lo habían ignorado tanto y, además, la expresión en los ojos de aquella mujer del *pub*, de compasión casi maternal, no hacía sino empeorar las cosas.

—Gracias —dijo cortante.

Pero la señora de Jim Powley no le dio de inmediato el dinero.

—Señor Pounce… —empezó a decir.

—No hace falta —la interrumpió Nicholas con amargura. Luego observó aquel rollizo semblante filosófico y de pronto vio en la tabernera una posible aliada—. Oiga, ¿no podría usted hablar con ella?

—No es asunto mío —repitió la otra—. Pero una cosa sí le voy a decir, criatura. Me cae bien. Y me cae bien su tío. La única vez que estuvo aquí fue muy educado conmigo. Su madre parece una auténtica dama. Pero la señora Pye es una furia.

—Continúe.

—Tiene a su marido atado en corto. Esta es la primera vez que lo veo soltarse. Y entiendo por qué, caramba: hay algunas mujeres, como *ella*, que hacen que un hombre no pueda pensar en otra cosa cuando se encapricha. El señor Pye es un hombre firme.

—Entonces no se dejará llevar —repuso Nicholas esperanzado.

—Es firme respecto a sus caprichos —le aclaró ella—. Si la señora Pye no consigue dominarlo, estallará por otro lado.

—No puede hacer nada…

—Puede prender fuego a la vieja casa señorial y quemarlos a todos en sus camas —dijo la señora Powley en tono despreocupado —. Ojo, no digo que vaya a hacerlo, pero estoy convencida de que le gustaría. Y no sé cuánto valor dará su tío a esos cuentos de hadas suyos, pero se lo arruinará todo. Hará correr rumores para que nadie se atreva a tratar con él. Se inventará historias sobre usted y esa señorita Hyatt…

—¡Santo Dios!, —gimió Nicholas.

—Lo hará. Tiene lengua de víbora. Queda advertido, criatura.

—Está muy bien que me advierta… —empezó a objetar Nicholas, y de pronto se volvió hacia la puerta. Carmen y el señor Pye llevaban al menos tres minutos sin carabina. Olvidándose otra vez del cambio, salió casi corriendo tras ellos.

5

Pero Carmen estaba sola, allí de pie igual que la había visto media hora antes: con la cabeza erguida, sin apenas pestañear, bajo la intensa luz del sol.

—Me has hecho esperar —protestó—. Primero me metes prisa

para irnos y luego me haces esperar.

Nicholas ignoró sus quejas.

—¿Dónde está el señor Pye?

—Se ha ido en su coche. Si no te hubieras entretenido, podría habernos llevado. Si nos damos prisa, a lo mejor lo alcanzamos en la oficina de correos.

—Iremos andando.

Se pusieron en marcha en medio de un silencio incómodo y Nicholas trató de encontrar a toda prisa una forma de transmitirle las advertencias de la señora Powley. No parecía quedarle más remedio que ser directo.

—Mira —le dijo—, yo que tú no me vería tanto con el señor Pye.

A Carmen pareció hacerle mucha gracia.

—Pero si no nos habíamos visto nunca. No hasta hoy.

—¿Quieres decir que era la primera vez que…?

—Bueno, sí lo había visto —admitió ella—. Y él a mí, pero no habíamos hablado.

Nicholas, muy a su pesar, estaba impresionado.

—Nadie lo diría.

—Supongo que no —coincidió Carmen.

Siguieron caminando un poco más.

—De todos modos —añadió él—, no deberías volver a verlo.

—¿Por qué no?

Con Carmen era inútil andarse con rodeos.

—Porque está casado y a su mujer no le gustará. Y tiene un genio terrible.

—Yo también —repuso Carmen pensativa.

—Pues razón de más para evitar conflictos.

—No me importan los conflictos.

—Bueno, a otras personas sí. Y no será un conflicto solo contigo, también será un conflicto con el profesor Pounce. Si la señora Pye se encabrita, podría echar a perder todo su trabajo, dar al traste con todo lo que ha venido a hacer aquí. Dices que te paga por ayudarlo; yo nunca te he visto ayudar mucho, pero al menos no deberías ser un estorbo.

Para su sorpresa, este argumento surtió algún efecto. Aunque ya había observado antes que Carmen siempre se tomaba el tema del dinero muy en serio. En cierto modo, apelaba a sus mejores

instintos.

—Sentiría estropearle la diversión —admitió la joven.

—Pues lo harás si no tienes cuidado.

—De acuerdo —dijo Carmen—. Tendré cuidado.

Considerada en retrospectiva, aquella respuesta no era del todo tranquilizadora, pero en ese momento Nicholas creyó que lo había hecho bastante bien. El ambiente se volvió más cordial. Para cuando llegaron al camino de entrada de la vieja casa señorial, Nicholas no solo había perdonado a Carmen su descaro, sino que deseaba volver a besarla y ella no puso ninguna objeción.

6

Si Nicholas hubiera estado más familiarizado con la vida rural, habría sabido dónde, ante un terremoto social como el que vislumbró, buscar la primera grieta. Esa misma tarde había una reunión de la Asociación de Mujeres.

Estas reuniones no eran nunca aburridas. Había demasiados tejemanejes soterrados. Estaba la perenne batalla por el liderazgo entre la señora Crowner y la señora Pye y estaba la perenne y calumniosa batalla entre la señora Uffley y la señora Ada Thirkettle, ambas con hijas de cierta mala reputación. El orgullo materno es un gran afilador del ingenio y no había mucha diferencia entre ellas como maestras de la indirecta. También estaba la mujer de Jim, cuya lengua suelta, no menos que el número de sus sombreros nuevos, unía incluso a las señoras Thirkettle y Uffley en un frente común.

Todas disfrutaban mucho de las reuniones.

En aquel momento la señora Crowner iba en cabeza, pues había animado a todas a coser, tejer o cortar ropa para su misión china (con materiales recogidos en la colecta del Domingo de Rogación) y esto dio a la reunión un claro aire a Iglesia de Inglaterra que puso a la señora Pye y a sus hermanas no conformistas en una ligera desventaja. No obstante, la señora Pye no estaba en absoluto fuera de combate.

—Dicen —comentó como si nada— que el vicario se ha hecho muy amigo del señor Pounce.

—Yo no diría *amigo* —repuso la señora Crowner con una sonrisa —. Creo que se han saludado en la calle. ¿Quién puede coger otra camisa?

—Y de la señorita Smith —añadió la señora Pye—. Señorita Carmen Smith, se hace llamar…

—Con *ella* no creo que haya cruzado siquiera una palabra —dijo la señora Crowner.

—Y menos mal —murmuró la señora Fletcher. (Esta era la aduladora permanente de la señora Pye y recogía sus migajas).

—Los viejos son los más celosos de todos —continuó la señora Pye—. Sé que el vicario no necesita mi consejo…

—¿No? —La señora Crowner sonrió de nuevo.

—Pero si me lo pidiera, le diría que la diera por perdida.

La sonrisa de la señora Crowner se había convertido en una contracción muscular estática.

—Quiero decir, por supuesto —añadió la señora Pye—, en el sentido religioso.

La esposa del vicario era una mujer cristiana. No le quedaba más remedio que coger la camisa y alejarse en busca de la señora Powley. Como era abstemia, a veces le molestaba verse obligada a aliarse tan a menudo con la mujer del tabernero.

—¡Déjamela aquí!, —exclamó alegre esta última—. Yo me encargo. —Levantó la voz para que se la oyera fácilmente por todo el salón—: El señor Pye ha venido a vernos esta mañana. Parecía bastante animado por una vez.

—¿Ah, sí?, —repuso la señora Crowner sin mucho entusiasmo.

La señora de Jim Powley asintió. Los acianos de su sombrero también asintieron. Era un sombrero de Ipswich.

—Llevaba años sin verlo tan bien. Parecía casi alegre. Como si hubiera encontrado un nuevo aliciente en la vida.

En el otro extremo del salón, la señora Pye se retorcía agitada frente a su máquina de coser.

—Siempre me ha dado pena, en cierto modo —continuó la señora Powley—. Nunca parecía divertirse demasiado. Los hombres necesitan divertirse un poco de vez en cuando.

—Y casi siempre lo consiguen —terció algo sombría la señora Thirkettle. No pretendía mostrarse de acuerdo con la señora Powley, pero no pudo resistirse a una perogrullada tan evidente.

Para restablecer su beligerancia, lanzó una mirada de desaprobación a los acianos y añadió que algunas mujeres tampoco se quedaban cortas.

—Los jóvenes siempre serán jóvenes —observó la mujer del tabernero con indiferencia—. Ahora, tu Sally…

—¡Ah!, —exclamó la señora Uffley.

La señora Thirkettle cargó contra ella.

—¡Mi Sally tiene un trabajo decente!

—En Old Farm —musitó la señora Uffley.

—¿Y dónde mejor? ¡Con dos muchachas más y la señora Cockbrow, que es una magnífica mujer de su casa!

—Y el señorito Arthur, un magnífico gallo joven… No, tú vete a Ipswich, le dije yo a mi Grace, y entra a servir con la burguesía. Aquí no hay nadie para ti.

—Y volvió un mes después —añadió la señora Thirkettle—. Si lo que quiere es ir por la vida como pollo sin cabeza, lo ha conseguido.

La señora Powley, una vez creada la distracción, cortó plácidamente y de un mordisco el último hilo de la camisa que tenía entre manos y empezó a hilvanar la nueva. La señora Crowner, que seguía a su lado, parecía preocupada. Aquellos toma y daca personales eran justo el tipo de cosas a las que ella se oponía y deseó, no por primera vez, que el vecindario pudiera proporcionarles más talento didáctico. ¡Ojalá en cada reunión hubiera alguien que les hablara de las abejas o de telares manuales o de los romanos o de cualquier otro tema seguro y nada conflictivo! Pero el señor Bryce, de Ipswich, ya les había dado tres veces su charla sobre las ruinas romanas, el vicario había ido dos veces a hablar sobre la antigua Anglia oriental y la señora de la Oficina de Industrias Locales siempre quería cobrar…

—¡Ojalá consiguiéramos que alguien viniera a *hablar* para nosotras!, —murmuró distraída.

Fue la señorita Hyatt quien tiró la piedra a continuación. La señorita Hyatt, que había entrado para preguntar a la esposa del vicario si podía usar el teléfono de la vicaría y que ahora observaba a la señora Crowner como la señora Crowner observaba a la señora Powley…

—¿Por qué no se lo pide al profesor Pounce?, —sugirió.

Acto seguido se detuvo el zumbido de la máquina de coser; acto

seguido todas las agujas quedaron suspendidas en el aire.

—¿Por qué no se lo pide al profesor?, —repitió inocentemente la señorita Hyatt—. Es un hombre muy distinguido. Podría hablarles de las viejas leyendas…

Entonces se interrumpió, consciente de pronto de una cualidad peculiar en la atención de las demás mujeres. Su silencio era más que educado, era antinatural. Se habría oído caer un alfiler. Miró inquisitiva a la esposa del vicario y la señora Crowner se ruborizó.

—No creo, querida, que nos interese oír nada de *eso*.

—¿De qué?, —preguntó la señorita Hyatt.

Antes de que la señora Crowner pudiera responder —y desde luego no tenía ninguna respuesta preparada—, la señora Uffley tosió. Era una tos llena de intención, mordaz, para llamar la atención.

—Si se trata de la piedra de la castidad —observó al tiempo que volvía a mirar a la señora Thirkettle—, aquí hay algunas que ya han oído hablar de ella. Aquí hay quien se ha ganado diez chelines con ella…

7

Todos en el pueblo conocían ya el trato de la señora Thirkettle con el profesor Pounce; es decir, todos menos la señora Crowner. Esto hacía aquella situación muy interesante: estaban impacientes por ver cómo se lo tomaría la esposa del vicario. La opinión pública, en general, apoyaba a la señora Thirkettle: los burgueses eran una presa legal, cada uno les sacaba lo que pudiera, pero también había ventajas en estar de parte de la vicaría y el respaldo a los Thirkettle presentaba algunas fisuras. El núcleo de la oposición, formado por la señora Pye y su satélite, la señora Fletcher, era sólido como una roca.

En un primer momento la esposa del vicario no entendió nada. No había oído la frase entera y miró a la señora Uffley con viva curiosidad.

—¿Diez chelines? ¿Quién se ha ganado diez chelines?

—Ada Thirkettle —dijo la señora Uffley.

—¡Pues qué maravilla! ¿Cómo lo has conseguido, Ada?

¿Querida?

—Lo ha conseguido —le explicó la señora Uffley— vendiéndole la piedra de la castidad al señor Pounce.

—¡Ada!, —gritó la señora Crowner; luego, cuando comprendió las verdaderas implicaciones de esa afirmación, se le desencajó la mandíbula y miró a la señora Thirkettle horrorizada y sin palabras. En vano había enviado a su legión de *boy scouts* y en vano había supervisado personalmente la hoguera en el huerto: el veneno se había extendido y estaba haciendo efecto, ya había corrompido a una de los, hasta entonces, más o menos rectos Thirkettle. Así discurrieron en aquel primer momento los pensamientos de la señora Crowner; la buena mujer no sospechaba más que una simple falta de honradez comercial—. ¡Ada!, —repitió—. ¿Cómo has sido capaz?

—Donde estaba no servía de nada —se defendió enfurruñada la señora Thirkettle.

—¿Cómo que «donde estaba»? ¿Dónde estaba?

—En nuestro fregadero.

—Con la sangre de Pansy aún fresca —añadió relamiéndose la señora Uffley—. Antes vendería el ataúd de mi madre.

—Por diez chelines hay quien vendería los huesos de su abuela —terció la señora Powley con mordacidad. Ada Thirkettle era prima de su marido y, aunque solían llevarse como el perro y el gato, en las cosas importantes siempre se aliaban. Fue una pulla muy acertada, ya que la señora Uffley era una célebre tacaña que había vendido la ropa de su difunto marido antes de que este descansara bajo tierra, pero no sirvió para iluminar a la esposa del vicario.

—¡No sé de qué estás hablando!, —exclamó la señora Crowner bastante enfadada—. Pero si Ada Thirkettle ha vendido al señor Pounce una losa de su fregadero por diez chelines, debería avergonzarse de sí misma.

—Me los ofreció él —dijo malhumorada la señora Thirkettle.

—Pues eso solo demuestra que el pobre señor Pounce no está del todo en sus cabales y no deberías haberte aprovechado de él.

Pese a la severidad de sus palabras, la señora Crowner parecía de pronto más alegre. La teoría de que el profesor Pounce estaba loco (una teoría que, en el transcurso de su carrera, se les había pasado por la cabeza a otros varios conocidos suyos) le permitía

juzgarlo de un modo más caritativo. No sabía lo que hacía. Además, si fuera cierto que lo habían declarado demente, tendría que haber alguien con autoridad sobre él, alguien que, si se descontrolaba del todo, pudiera venir y llevárselo. Pero apenas había formulado para sus adentros esta feliz idea cuando Mildred Hyatt la destruyó sin contemplaciones.

—¡Qué tontería!, —exclamó la señorita Hyatt—. Lo siento, señora Crowner, ¡pero es que eso es absurdo! El profesor Pounce es uno de los eruditos vivos más distinguidos. Que no está del todo en sus cabales… ¡Es de lo más ridículo!

—¿Y no es igual de ridículo —replicó la señora Crowner— pagar diez chelines por una vulgar losa?

—Por una losa vulgar tal vez —intervino la señora Thirkettle—. Por la piedra de la castidad me parece una ganga. La verdad es que me ha estafado.

La señora Crowner trató de calmarse y recapacitar. Ahora se daba cuenta de que había cometido un error desde el principio al dar demasiada importancia a la honradez comercial de la señora Thirkettle. Había cuestiones más graves en juego.

—Me gustaría que todas entendáis —les dijo—, que tengáis bien claro, que ese cuento de una piedra de…, de la castidad, es completamente falso. No existe tal cosa…

Pero le salió el tiro por la culata.

—¡Claro que existe!, —afirmó obstinada la señora Thirkettle—. Yo no estafé al profesor, fue el profesor quien me estafó a mí.

—No vamos a entrar en eso otra vez, Ada. No existe ningún objeto así…

—Es la piedra que me pidió y la piedra que se lleva —insistió la otra—. Lo decía mi abuela. «Esa es la piedra de la castidad», decía, «que está en el arroyo Bowen desde la época del Libro de Winchester». Y mi abuela era una mujer honrada.

Luego miró a su alrededor, desafiante. La señora Powley —puesto que la abuela de Ada Thirkettle era también la abuela de Jim— asintió con vehemencia. Mildred Hyatt, llevada por un impulso, se puso de su parte. Su ávida imaginación las veía luchando por la tradición de la vieja Inglaterra contra una modernidad despiadada. (Lo cual era muy injusto para con la señora Crowner, que había hecho tanto como cualquiera para promocionar los bailes folclóricos

comunales).

Detrás de la señora Crowner, la señora Pye se puso en pie. Llevaba un rato callada, pero todas eran muy conscientes de su siniestra presencia censora. Ahora habló.

—Detestable para el Señor y pestilente para el hombre —dijo—. Una maligna imagen pagana. Eso es tu piedra, Ada Thirkettle, y tus diez infames chelines se harán cenizas en tu boca y piedras que te romperán los dientes y víboras que te morderán en ese pérfido seno.

Tan enérgico apoyo no complació a la señora Crowner como cabría esperar. El lenguaje de la señora Pye le pareció exagerado y, además, en vez de negar en rotundo la existencia de la piedra (cosa que para ella era, con diferencia, la mejor estrategia), no había hecho sino darle una nueva importancia. Sin embargo, era clarísimamente anticastidad —aquí la señora Crowner tuvo que corregir rápido su pensamiento: anti-Thirkettle— y, como tal, tuvo que aceptarla a la fuerza como aliada.

Las facciones opuestas estaban ahora bien definidas y ante el grueso de la gente común se presentaba una difícil elección. Los Pye de Vander, después de los Cockbrow de Old Farm, eran los mayores empleadores de la región; la influencia de la señora Crowner, sobre todo en lo que concernía a dar referencias a las criadas y a intimidar a los solteros reacios, era muy grande. Pero en el otro bando estaba la señora Powley, esposa de Jim Powley, propietario del Grapes. La caridad de la señora Powley era casi tan pródiga como la de la señora Crowner y mucho menos discriminatoria. El Grapes era el único sitio en Gillenham donde se podía apostar a los caballos. El Grapes era, sobre todo, el único proveedor de cerveza del pueblo y el propietario de un *pub* tiene prácticamente poder absoluto para regular los suministros. Si Jim Powley decidía que un hombre estaba borracho y se negaba a servirle, aunque ese hombre estuviera tan sobrio como un juez, no conseguiría sacarle ni una gota. Todas aquellas consideraciones pasaban veloces por la mente de las mujeres que amaban a sus maridos. A la señora Thirkettle y a la señorita Hyatt las ignoraron sin más: la mujer de Jim era la única que, como Atlas, sostenía la reputación de la abuela Powley y la leyenda de la piedra.

—Los que creen en semejante perversidad —señaló en voz alta la señora Fletcher— deberían avergonzarse de sí mismos.

Aquello era de esperar, pues la señora Fletcher era la aduladora permanente de la señora Pye. La esposa de Tom Uffley, cuyo marido era vaquero con Pye, asintió con la cabeza.

—Los que llaman tramposos y mentirosos a sus vecinos no deberían avergonzarse menos —replicó la señora Fox. (Su marido trabajaba en la granja Vander, pero su hijo Tom era mozo en el Grapes).

Perpleja y horrorizada, la pobre señora Crowner vio cómo la unida y feliz asamblea se dividía ante sus ojos en dos bandos. En términos generales, la gente de Old Farm apoyaba a la señora de Jim Powley y la gente de Vander la apoyaba a ella, aunque había una o dos renegadas como la última que había hablado, la señora Fox, y la viuda de Brain, cuyas hijas Mabel y Violet trabajaban para la señora Pye mientras que su hermano estaba empleado por los Cockbrow. (Era evidente que las cuestiones religiosas y familiares tenían menos peso que las económicas). La señora Crowner no entendía cómo habían llegado a ese punto.

—Parece que todas —dijo sin mucha esperanza— estamos sacando las cosas de quicio. —Miró el reloj de soslayo: el tiempo era su único aliado de verdad, pues quedaban pocos minutos para que terminase la reunión—. Si he ofendido a Ada en algo, puede estar segura de que lo siento muchísimo y espero que me perdone.

Aquellas palabras de conciliación no despertaron ningún entusiasmo. Cayeron sobre un silencio sepulcral como grumos de pudin frío.

—Dejémoslo ya —continuó desesperada la señora Crowner—, no hace falta darle más vueltas. ¿Verdad?

(En su estudio de la vieja casa señorial, el profesor Pounce estaba en ese preciso momento haciendo planes para su prueba pública de castidad).

—Y creo que estaría muy bien —concluyó la señora Crowner—, ya que estamos a punto de marcharnos, que terminásemos esta reunión con una canción a coro. ¡*El cuerpo de John Brown*!

Sin esperar respuesta, sacó el diapasón, le dio un golpecito y empezó a cantar. Por extraño que parezca, la reacción fue abrumadora. Parecían casi un orfeón. La señora Crowner, que marcaba el compás con urgencia, tenía la sensación de que una mitad del coro intentaba competir con la otra. Y, al terminar, no

pararon. Repitieron la canción una y otra vez, cada vez más alto, hasta que sonó como el grito de guerra que era. Solo que no todas cantaban lo mismo.

La señora Crowner nunca supo quién empezó, pero una mitad del coro, la mitad que iba ganando, había inventado una versión revisada:

El cuerpo de la abuela yace pudriéndose en la tumba,
el cuerpo de la abuela yace pudriéndose en la tumba,
el cuerpo de la ABUELA *yace pudriéndose en la tumba,*
¡pero su alma sigue marchando!

—¡Bien, muchas gracias!, —exclamó cortante la señora Crowner.

Recogió sus cosas y salió de allí. La reunión, sin embargo, tardó mucho en disolverse y no fue en silencio. Durante un buen rato, después, por las perplejas calles de Gillenham, el alma de la abuela Powley siguió marchando muerta de risa.

Capítulo 8

1

El día siguiente era domingo y, a las diez en punto, la señora Pounce tenía ya puestos el sombrero y los guantes y estaba preparada para el oficio matinal. Siempre se preparaba con tiempo de sobra, con la esperanza de que su aspecto despertara en su hijo Nicholas, y en este caso también en su cuñado Isaac, el sentido de sus deberes cívicos y religiosos, ya que la señora Pounce creía que uno iba a la iglesia no solo para complacer al Señor, sino también para dar buen ejemplo a las clases inferiores. Subió a su cuarto, pues, nada más desayunar y volvió a bajar, como se ha dicho, con sombrero y guantes. En el comedor, sin embargo, ya solo estaba la señora Leatherwright, que le dijo que el señor Pounce estaba en su estudio, el señor Nicholas en el jardín y la señorita Smith en su habitación. Decidida, incluso esperanzada, pues nunca escarmentaba, la señora Pounce emprendió su ronda apostólica.

—Isaac, querido, ¿vienes a la iglesia?

—No —dijo el profesor.

—Creo que deberías venir conmigo, Isaac.

—¿Por qué? ¿No conoces el camino?

—Por supuesto que conozco el camino. Pero creo que, dado que has alquilado esta casa, que al fin y al cabo es la más grande del pueblo, deberías dar ejemplo.

—Yo no alquilo mi religión junto con ningún techo —repuso el otro con decisión.

La señora Pounce consideró esta observación tan ruda, tan deliberadamente injusta hacia sus propios motivos, que no pudo contestar. El profesor no pareció percatarse de su silencio y siguió trazando líneas en una hoja de papel. La señora Pounce dejó escapar un largo y paciente suspiro, pero su cuñado tampoco se dio cuenta de aquello. Lo dejó allí y salió al jardín.

—Nicholas, cariño, ¿vienes a la iglesia?

El joven, tumbado boca arriba al sol, la miró parpadeando.

—¿Con esta pinta?

Su atuendo (no llevaba más que unos pantalones de franela) era ciertamente inadecuado. La señora Pounce sonrió. Una línea de su estrategia estaba a punto de justificarse.

—Claro que no, cariño. Pero hay tiempo de sobra para que te vistas.

—No tengo ninguna camisa limpia, madre.

—¡Alguna tendrás! ¡Te metí al menos media docena en la maleta!

—Volví a sacarlas casi todas para meter unos libros. Aquí solo tengo tres y se las he dado a la señora Leatherwright para que las lave.

—¿Y qué te vas a poner esta noche, cuando refresque?

—El jersey —dijo Nicholas—. El de Skylark. Es el único que he traído.

Su madre lo miró, frustrada. Sabía muy bien qué jersey era: azul marino, con la palabra «Skylark» estampada en el pecho en un semicírculo de grandes letras rojas. Nicholas se lo había comprado en Cornualles al propietario de un barco de recreo y le había valido un gran éxito entre sus amigos de Cambridge…

—Puedo ponérmelo para ir a la iglesia si quieres —le ofreció el chico con amabilidad.

La señora Pounce deseó con todas sus fuerzas tener presencia de ánimo suficiente para aceptar. Pero no podía. No podía aparecer por primera vez en una congregación extraña acompañada de un hijo con un letrero en el pecho. Tenía que pensar en los niños del coro. Y era inútil aceptar el envite porque sabía que su hijo no iba de farol. El muchacho mostraba la más extraña indiferencia por lo que pensara la gente de bien. Era uno de los nuevos rasgos de carácter que había traído de la universidad y que la señora Pounce sencillamente no era capaz de entender.

De pronto estaba muy enfadada.

—Nicholas —le reprochó—, si no quieres venir a la iglesia, preferiría que me lo dijeras con franqueza. Sería mucho más propio de un hombre.

—De acuerdo —accedió él—. No quiero.

Le dirigió una sonrisa afectuosa, se dio la vuelta y hundió la cara en la hierba. La señora Pounce contempló su espalda desnuda, ya de un moreno rosáceo uniforme, y sintió que la invadía una oleada de desconcierto. Para lo que iba a sacar en claro, lo mismo le daba estar mirándole la espalda que la cara. Pensó en el padre del chico y su desconcierto aumentó.

—Hay que ver —musitó.

Nicholas volvió la cabeza.

—Si tanto te disgusta, puedo ponerme el jersey del revés.

—No —dijo la señora Pounce—. No, cariño. Le preguntaré a Carmen, pero luego debo irme.

Subió a la habitación de la señorita Smith y, frente a la puerta cerrada, se quedó dudando un momento. En realidad no quería que Carmen la acompañase. Tenía la sensación de que su presencia resultaría embarazosa. Sin embargo, también creía que, mucho más que su hijo, mucho más que su cuñado incluso, era la señorita Smith la que necesitaba el influjo de la religión. Llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—¿Le gustaría venir conmigo a la iglesia?

—No, gracias.

Esta vez la señora Pounce no insistió.

2

Mientras paseaba por las tranquilas callejuelas, oyendo cantar a los pájaros y repicar las campanas, la señora Pounce se sintió de pronto muy feliz. Había muchas cosas que la disgustaban, muchas cosas que le preocupaban: no tenía a nadie con quien hablar, todas las camisas de Nicholas estaban sucias —o eso esperaba, ya que de lo contrario el chico le estaría mintiendo— y su cuñado había sido realmente cruel; pero nada de esto la turbaba ahora. Estaba contenta y expectante; esperaba un buen sermón e himnos bonitos, pero, si no era así, no le importaría. Iba a la iglesia. Era el único momento de su angustioso y desconcertado día a día en el que se sentía por completo segura de sí misma. Estaba haciendo algo sin duda correcto. Estaba haciendo la más importante de todas las visitas y vestida adecuadamente para la ocasión. La señora Pounce

no podía entender a esa gente que entraba y salía de las iglesias como si tal cosa y que rezaba diez minutos aquí y allá según les apetecía. Le parecía una falta de respeto y bastante agresivo. Creía con toda sinceridad que el Señor estaba en su casa los domingos y que era entonces cuando quería vernos. Tenía muchos otros mundos de los que ocuparse además de este. La concepción teológica de la señora Pounce era más instintiva que razonada y nunca se había planteado quién atendía sus oraciones matinales y vespertinas; si lo hubiera hecho, tal vez se habría imaginado un secretariado de arcángeles y se habría contentado con ello.

Así que ahora caminaba feliz, con el devocionario en la mano, media corona para el cepillo metida en el guante y el corazón repleto de confianza en sí misma y en su Creador.

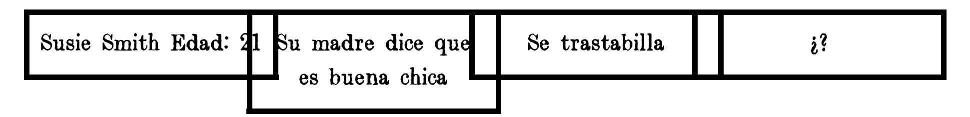
3

No menos feliz estaba el profesor Pounce esa mañana esbozando el ambicioso esquema de su monografía; ambicioso porque su conclusión dependía de un conocimiento en profundidad de la vida sexual de cada sujeto de estudio. Había trazado tres columnas: la primera para nombres y edades, la segunda para comentarios y la tercera para los resultados de la prueba. Lo que el profesor entendía por comentarios puede deducirse del par de ejemplos imaginarios que ya había rellenado:

Nombre y edad	Comentarios	Resultado y puntuación	
Mary Brown Edad: 35	Soltera, dos hijos	Se cae de cabeza	0
Martha Jones Edad: 70	Madre superiora	Cruza a pie enjuto	100

Estos dos ejemplos, desde luego, representaban los dos posibles extremos y eran por completo inequívocos. Sin embargo, era precisamente la posibilidad de ambigüedad lo que preocupaba y fascinaba al profesor Pounce. Volvió a escribir:

Nombre y edad	Comentarios	Resultado y puntuación	



Susie Smith Edad: 21	Su madre dice que es buena chica	Se trastabilla	¿?

Con Susie Smith, el profesor estuvo un buen rato pensativo. No veía cómo podría probarse el hecho de una manera u otra, a menos, claro está, que obtuviese una declaración jurada de la propia muchacha, e incluso él, acostumbrado como estaba a ignorar las manifestaciones más vulgares de la naturaleza humana, se daba cuenta de que un documento así, si respaldaba el veredicto de la piedra, sería difícil de conseguir. Existía, no obstante, el «conocimiento público». El conocimiento público podría servir. Añadió una cuarta columna con ese encabezamiento, entre «Comentarios» y «Resultado», y debajo escribió de un modo bastante injusto: «Ligera de cascos». El caso de Susie Smith parecía ahora mucho más convincente. Tachó «Ligera de cascos» y en su lugar puso: «Recibe diez chelines a la semana de fuente desconocida». Ahora era prácticamente irrefutable. Luego, por puro afán de imparcialidad, rellenó otra línea para una tal Hetty Cook:

Nombre y edad	Comentarios	Conocimiento público	Resultado y puntuación	
Hetty Cook Edad: 26	Casada	Marido de 90 años	Cruza a pie enjuto	100

Incluso pensó que debería darle más de cien, pero pretendía hacer una media al final y eso complicaría demasiado las cosas.

Lo importante ahora era reunir ese conocimiento público y aquí el profesor hizo una pausa. A él se le daba muy bien recopilar el conocimiento menos común, pero pensó que este simple trabajo preliminar podía dejarse sin peligro en manos de una inteligencia menor. En consecuencia, salió a buscar a Nicholas, al que encontró tratando de prepararse un Martini seco sin hielo.

4

Nicholas necesitaba un trago con urgencia porque Carmen Smith acababa de calentarle las orejas. Sucedió de una manera bastante curiosa.

En cuanto su madre se fue a la iglesia, Nicholas se incorporó, sacó de nuevo el papel y el lápiz que había ocultado con su propio cuerpo al verla acercarse y siguió con lo que estaba haciendo. Estaba dibujando un retrato de Carmen, de memoria. Era bastante fácil lograr un parecido razonable: el flequillo grueso y recto y las cejas gruesas y rectas eran inconfundibles y, garabateando un pañuelo en la zona del cuello, evitaba tener que plasmar las líneas más sutiles de la mejilla y la mandíbula. Continuó trabajando en la feliz calma de una absoluta abstracción, pues había descubierto sin pretenderlo el único medio por el que el extraordinario aspecto de Carmen podía volverse sexualmente inocuo. Cuando la propia Carmen salió al jardín, los sentidos no le advirtieron de su presencia. La joven se acercó por detrás sin que la viera, miró por encima del hombro del muchacho y solo su sombra sobre el papel le hizo volver la cabeza.

—¿Qué te parece?, —preguntó Nicholas en tono satisfecho.

Esperaba que se mostrase complacida y halagada, pero Carmen no parecía ni una cosa ni la otra. Sus ojos tenían una expresión pétrea y, antes de que el chico se diera cuenta, sacó la mano y la oreja derecha empezó a zumbarle como una colmena.

—¡Oye!, —protestó—. ¿Qué tiene de malo?

—Es un robo —dijo ella.

Nicholas la miró estupefacto.

—¿Un robo? ¿A quién estoy robando?

—A mí. Yo cobro media corona por hora. O puedes dibujarme durante todo el día los jueves en clase de pintura al natural si has pagado el trimestre.

—¿Quieres decir —le preguntó Nicholas cuando se le encendió la bombilla— que eres modelo profesional?

—Pues claro.

La joven cogió el papel y lo rompió con saña.

—¿Y yo cómo iba a saberlo?

—Soy famosa —repuso Carmen—. Pregúntale a tu tío.

Ella se marchó indignada y Nicholas, como ya se ha dicho, fue a prepararse un Martini seco.

—Yo también tomaré uno —dijo el profesor—. Pero no sobrestimes tu aguante, muchacho, porque esta tarde…

—Tío Isaac —lo interrumpió Nicholas—, no sabía que Carmen fuera modelo.

Impaciente, el profesor le informó de que Carmen era una modelo muy famosa, de hecho. Fue la Deméter de la Academia el año anterior, la Niobe de la fuente de Regent’s Park, la Madonna Moderna cuya exposición había hecho acudir a la policía…

—¿Y qué hace aquí?, —preguntó el joven a bocajarro.

—Siempre se toma unas vacaciones en verano —contestó ambiguo el profesor Pounce.

—Pero ¿no le estaba pagando?

—No por posar, muchacho. Es muy esnob. Solo posa para la Real Academia y creo que para la Escuela de Londres… Y, por supuesto, para uno o dos rebeldes destacados.

—¿Cómo la conoció, señor?

—En un *pub* —repuso el profesor—. Como iba a decir, quiero que esta tarde vayas a la taberna del pueblo, el Grapes, y te quedes allí el tiempo necesario.

Nicholas miró a su tío con suspicacia.

—¿Necesario para qué, señor?

—Quiero que recopiles conocimiento público. Creo que un domingo por la tarde es muy buen momento.

Nicholas miró a su tío con más desconfianza que nunca. El viejo no intentaba cambiar de tema, tenía un objetivo claro.

—¿Qué tipo de conocimiento público? ¿Relacionado con la piedra?

—Obviamente. Quiero que te hagas una idea general de cuáles de las chicas de aquí se cree que son vírgenes y de cuáles, si están casadas, se cree que son fieles a sus maridos. Con las razones, si es posible, y podrías tomar nota, en cada caso, de la fuente de información.

—Ni hablar —se negó Nicholas de inmediato.

—Hazlo con delicadeza, por supuesto —añadió el profesor Pounce al parecer sin haberlo oído.

Nicholas apuró la copa y se sirvió otra.

—Imposible, señor. No se puede hacer una cosa así con delicadeza. Y que me parta un rayo si empiezo a hacer preguntas sobre la vida amorosa de Gillenham en un *pub*.

Su tío lo miró con paciencia.

—No quiero que hagas preguntas. Solo que tengas los oídos abiertos y tal vez que guíes la conversación por el cauce apropiado.

Nicholas se bebió de un trago la copa que tenía en la mano, se sirvió una tercera y repitió la operación.

—Tío Isaac —le dijo con total claridad—, ¿no cree que es bastante sinvergüenza?

—No —repuso tajante el profesor.

—Pues yo sí. Si le valiera, no solo hablaría de sus conquistas de seductor, publicaría un ensayo entero sobre cada beso que le diese a una mujer.

—Yo no haría nada de eso —replicó el otro—. Jamás he seducido a una mujer y nunca he besado a otra que no fuera mi madre.

Esa afirmación, sin duda cierta, hizo que Nicholas recapacitase un momento. Cambió de estrategia.

—Pues eso es peor —argumentó—. Ni siquiera sería su propio trabajo. Tío Isaac, me parece lamentable.

El profesor lo miró inquisitivo y volvió a tapar las botellas de ginebra y vermú.

—No tienes sentido de la economía —comentó de un modo inesperado para su sobrino—. Yo no deseo encontrar pruebas de impureza, pero, si tales pruebas existen, es mucho mejor que sirvan para algo útil y no que se desperdicien. No soy partidario de la práctica de la seducción, de hecho, la deploro, pero si una joven ya ha sido seducida, ¿por qué no habría de aprovechar este hecho para mi monografía? Utilizando, por supuesto, un nombre ficticio para el pueblo y una letra del alfabeto para el sujeto.

Nicholas, en verdad, no veía por qué no.

—El problema —continuó el profesor— es que has pasado por alto una palabra clave: delicadeza. Interrogar en crudo a un aldeano sobre sus amores, animarlo sin cortapisas (como lo has planteado tú) a que hable de sus conquistas, sería en verdad muy poco delicado. Si no puedes llevar a cabo esta tarea con delicadeza, déjalo y me encargaré yo mismo.

La ginebra y la aprensión combinadas hicieron que a Nicholas se le revolvieran las tripas.

—¡Por favor, no, tío Isaac! Por favor, ¡ni lo piense!

—Bueno, o tú o yo —señaló el profesor—. Tu madre no tiene suficiente *nous*, le falta cacumen. Está Carmen, por supuesto…

Nicholas tragó saliva. Carmen debía quedar fuera de aquello a cualquier precio.

—Si no espera que haga preguntas, señor…

—¿No te he dicho ya que no?

—Si solo quiere que vaya a dar una vuelta por el pueblo, lo haré.

—Bien —celebró el profesor—. Me alegro de que hayas entrado en razón.

Destapó las botellas y se sirvió una copa, pero sin ofrecerle otra a Nicholas. Parecía haberle cogido el gusto a la ginebra con vermú de un modo un tanto sorprendente, pues cuando volvió al estudio se llevó las dos botellas consigo y Nicholas oyó con toda claridad cómo se abría y se cerraba la rinconera y cómo luego le echaba la llave.

6

De todos los momentos de la semana, las siete de la tarde del domingo era el que tenía, en Gillenham, el carácter más especial, pues era el momento en el que la donosa juventud del pueblo —con trajes de confección y gorras de paño la mitad masculina y con vestidos de rayón y sombreros de paja la mitad femenina— salía en busca del idilio semanal. El profesor Pounce había elegido bien.

Las primeras fases del ritual se regían por un código estricto: primero aparecían los muchachos, Jack Thirkettle y Jack Uffley y los dos Fletcher, y los jornaleros de la granja de Vander y de Old Farm, y formaban grupitos en la esquina de la calle y frente a la puerta del Grapes. (Sus mayores estaban todos dentro, en la barra). Se quedaban allí, en apariencia indiferentes —fumando, arrastrando los pies de un lado a otro, intercambiando comentarios esporádicos —, durante un cuarto de hora. Eran la presa más que los cazadores. A las siete y cuarto se dejaban ver las primeras jovencitas, cuando

Mabel y Violet Brain aparecían en el puente Bowen. Y no era que las hermanas Brain se adelantasen, es que venían andando desde la granja Vander: desde el puente hasta el Grapes tardaban cinco minutos y sabían que, para cuando llegaran, tendrían suficiente apoyo femenino.

A las siete y veinte, todas las muchachas del pueblo estaban paseándose por allí.

Caminaban en parejas, por recato, y soltaban risitas para llamar la atención.

Había, sin embargo, varias formas aceptadas de perder a tu compañera, como parar a sacarte una piedra del zapato frente al Grapes o dejar caer el bolso en la esquina de la calle, y pronto las gorras se mezclaban con los sombreros de paja, los grupitos se ampliaban y se animaban con las agudezas tradicionales y entonces, de repente, como una figura en un baile coreografiado, la calle volvía a llenarse de parejas. Pero esta vez las parejas eran de chico y chica y el paseo se extendía desde el pueblo hasta los campos colindantes. Los setos se los tragaban y Gillenham era un desierto hasta las diez menos cuarto, hora a la que todo cortejo debía terminar porque el Grapes cerraba a las diez y era impensable renunciar a la última pinta del domingo por quince minutos más de compañía femenina.

Tal era el proceder habitual, diseñado, como se habrá visto, para la conveniencia masculina; tal el espectáculo al que Nicholas, que vagaba tímidamente por la calle, habría asistido en circunstancias normales; pero ese domingo en particular el ritual cambió. Los jóvenes salieron, las muchachas aparecieron a su debido tiempo, pero no se mezclaron y, cada vez que un chico intentaba parar y llevarse a su chica, veía su propósito frustrado. La copia del cuestionario del profesor Pounce que conservaba la joven Sally había tenido ese efecto. Todas las muchachas del pueblo lo habían visto —Mabel Brain incluso lo había copiado— y la sombra del Gobierno (que muchas imaginaban como una fornida mujer policía) ejercía las veces de una carabina invisible. En consecuencia, las chicas se mantenían juntas. Ninguna quería ir a dar un paseo. Querían quedarse allí, a la vista de todos, bajo las ventanas de sus madres…

Aunque se reían tanto como siempre.

De hecho, a medida que la desazón de sus pretendientes se hacía patente, se reían bastante más. El cuestionario del profesor había tenido varios efectos inesperados y uno de ellos fue promover un sindicalismo femenino hasta entonces imposible. Antes, la coquetería había sido algo casi desconocido, pues había demasiadas chicas que se iban con el primer muchacho que se lo pedía y hacerse la difícil podía resultar en quedarse sola; ahora estaban todas en el mismo barco y descubrieron ventajas insospechadas. Tras una prolongada negociación, Violet Brain accedió a dar una vuelta por las casas con Jack Uffley y él la llevó hasta el soto de Bowen, pero entonces descubrió que Joy y Martha Fox iban detrás de ellos. Los seguían, riéndose y dándose codazos, y Violet, en lugar de cantarles las cuarenta, se unió a sus tonterías mirando hacia atrás por encima del hombro, de modo que Jack Uffley tuvo la impresión de que se reían de él. Fue todo de lo más pasmoso y frustrante. A los compañeros de Jack tampoco les fue mejor; los dos Fletcher, reconocidos donjuanes, ni siquiera se movieron del sitio frente al Grapes. Las muchachas se paseaban arriba y abajo, alegres como unas pascuas; los chicos estaban de pie quietos, enfadados y perplejos. En general, fue la tarde de domingo más extraña que Gillenham había visto jamás.

7

—Muy bien, tío Isaac —le comunicó Nicholas con gusto—. Puede continuar.

El profesor, que había estado esperando impaciente el regreso de su sobrino en el jardín delantero, enarcó una ceja.

—Pues claro que voy a continuar —dijo—. ¿A qué te refieres?

—Quiero decir que no encontrará gato encerrado en Gillenham, señor. Es todo de lo más español. Las jovencitas ni siquiera hablan con un hombre a menos que tengan dos carabinas y un testigo. Iban todas vestidas de domingo y ni siquiera se alejaron de la calle principal.

El regocijo del profesor ante esta buena noticia no fue tan evidente como cabría esperar.

—¿Has entrado en el Grapes?, —le preguntó.

—Pues sí —repuso Nicholas—. He entrado con los demás y he sido todo oídos. Pero no he oído nada porque no había nada que oír. Era la multitud más silenciosa que he visto nunca.

—¡Asombroso!, —exclamó el profesor Pounce.

CAPÍTULO 9

1

A la mañana siguiente, el profesor Pounce, por alguna razón, bajó a desayunar de muy mal humor. Su cuñada lo miró con aprensión y deseó que los periódicos llegaran antes. Con un buen periódico, uno sustancioso, como el *Times*, un hombre podía refugiarse como en una especie de tienda de campaña y evitar así un contacto demasiado temprano con sus seres queridos. Nicholas deseaba que siguieran la costumbre, más civilizada, de desayunar por separado, pero esto se consideraba demasiada molestia para la señora Leatherwright. Se sentaron todos algo cabizbajos y el profesor removió sus gachas y cogió la jarra de la nata. Estaba vacía.

—No hay nata —observó—. Maud, ¿dónde está la nata?

—No ha llegado, querido —dijo nerviosa la señora Pounce.

—Entonces pásame la leche.

—La leche tampoco ha llegado.

—¿Y por qué no ha llegado?

—No lo sé —repuso la otra—. No lo han traído.

El profesor se echó hacia atrás con la silla y miró a su cuñada con reservas.

—Tampoco la mantequilla —añadió la mujer para confesarlo todo—. Y no te molestes en preguntarme por qué, Isaac, porque no lo sé. Supongo que la señora Pye se habrá olvidado.

Nicholas se incorporó.

—¿Nos lo traen de la granja Vander?

—Todos los días, cariño. La señora Pye nos envía todas las mañanas leche, nata, mantequilla y huevos. Todavía nos quedan dos huevos. Iré después del desayuno y se lo comentaré.

—¡Tonterías!, —le espetó el profesor—. Nicholas irá ahora mismo y lo traerá todo. Exijo empezar el día con una comida

civilizada.

Nicholas se levantó de mala gana. No se atrevió a protestar, no fuera que a su tío se le ocurriese enviar a Carmen, pero cogió el camino hacia la granja Vander a regañadientes. La cesta que llevaba colgada del brazo, con dos jarras vacías y un plato para la mantequilla —todo bien cubierto con una servilleta blanca— le daba un aspecto de Caperucita Roja del que era vergonzosamente consciente. Estaba convencido de que el lobo lo esperaba. Deseó con todas sus fuerzas que la señora Pye no estuviera despierta, pero, por lo que sabía de su carácter, le parecía muy improbable, y tampoco tenía claro si era menos probable que estuviese en la casa o en el patio. Decidió probar primero en el patio y allí tuvo la suerte de encontrarse con Mabel Brain, que cruzaba desde el establo hacia la puerta trasera.

—Buenos días —dijo Nicholas con bastante seguridad—. Vengo a por nuestra leche, la nata, la mantequilla y los huevos.

Mabel soltó una risita. Le pasaba siempre que alguien se dirigía a ella de improviso, pero Nicholas no lo sabía y se sintió algo menos seguro que antes.

—Para la vieja casa señorial —añadió—. Se les olvidó enviarlo.

El joven sacó las dos jarras, pero Mabel retrocedió.

—Será mejor que hable con la señora —dijo con firmeza.

—No necesito hablar con la señora —repuso él—. Sea tan amable de llenarme estas jarras y de darme una docena de huevos y novecientos gramos de mantequilla…

En la parte trasera de la granja se abrió una ventana de guillotina y, en el vano, apareció la cabeza encapotada de la señora Pye. Con otra risita, Mabel salió pitando. Nicholas se quedó allí parado, boquiabierto, mientras la señora Pye miraba hacia abajo. El tiempo parecía pasar sobre ellos como pasó sobre la Estatua y el Busto de la leyenda florentina. Luego los labios del Busto se movieron en un monosílabo.

—¿Y?

Nicholas dio un respingo y las jarras entrechocaron.

—He venido —repitió— a por nuestra leche, la nata, la mantequilla y los huevos…

—No tenemos —dijo la señora Pye.

En el establo mugía una vaca. De los gallineros llegaba el

cloqueo triunfal de las gallinas. Aquel lugar bullía de posibles huevos, mantequilla, nata y leche.

—Vaya —repuso Nicholas—, pues me cuesta creerlo…

—Inténtelo.

Una gallina volvió a cloquear. El joven se volvió instintivamente hacia el sonido.

—Ponga un pie cerca de mis gallineros —le advirtió la señora Pye— y lo denunciaré por allanamiento. Aquí no hay huevos para la vieja casa señorial, ni leche, ni mantequilla, ni nata. Ni los habrá. ¡Buenos días!

Cerró la ventana de golpe y desapareció. Nicholas esperó un instante, no tanto con la esperanza de que la mujer cediese como por el hecho de que no sabía qué hacer a continuación, pero, cuando se movió, lo hizo deprisa. En uno de los cobertizos se oyó un ruido como de carraca seguido de unos ladridos que sugerían sin lugar a duda que alguien había soltado a un perro de sus cadenas y Nicholas no esperó a ver a qué raza eran aficionados los Pye.

Cinco minutos después, mientras caminaba derrotado por el sendero, se encontró con la pulcra casita de Tom Uffley y su familia. Había gallineros a un lado y un cobertizo que podía o no albergar una vaca. Con renovada esperanza, Nicholas subió por el camino y llamó a la puerta. Abrió la esposa de Tom.

—Buenos días —dijo el joven—. Me preguntaba si podría usted venderme algo de leche o mantequilla… —Las palabras empezaban a sonar como el estribillo de una canción—. ¿O tal vez huevos o nata?

La señora Uffley vaciló.

—¿Viene de la vieja casa señorial?

—Así es —asintió Nicholas—. Resulta que nos hemos quedado sin mantequilla y sin leche…

—Aquí no tenemos.

El muchacho, echando un vistazo por encima del hombro de la mujer a la habitación contigua, vio claramente sobre el aparador una fuente con huevos. De pronto lo asaltó una idea muy desagradable.

—¿Dónde trabaja su marido?, —preguntó.

—En la granja Vander. Es el vaquero del señor Pye.

—Gracias —dijo Nicholas—. Adiós.

2

Después de aquel desayuno mutilado, el humor del profesor era aún peor que antes y Nicholas tampoco estaba demasiado risueño. No conseguía que su tío entendiera el enrevesado hecho de que una investigación científica sobre el renacer de una leyenda nórdica pudiese tener una consecuencia directa sobre el suministro de leche, nata, mantequilla y huevos.

—¡Jamás había oído nada tan absurdo!, —exclamó el profesor.

—Supongo que no —admitió Nicholas con desaliento—, pero es un hecho. La señora Pye ha dado la orden y ninguno de los suyos nos abastecerá.

El profesor reflexionó. Parecía más dispuesto de lo habitual a aceptar la situación, aunque no pudiera entenderla. Un segundo después, Nicholas supo por qué.

—En fin —dijo su tío—. Después de todo, es un inconveniente menor. Tú mismo puedes ir al pueblo todos los días antes del desayuno y comprar allí lo que haga falta. Será un paseo muy agradable.

—¿Y si llueve?, —objetó Nicholas.

—Entonces, en lugar de pasear, tendrás que caminar a paso ligero. Levantas los pies más rápido y los colocas uno delante del otro a un ritmo mayor, y así disminuirás el tiempo de exposición a los elementos. Supongo que reconoces la lluvia cuando la ves, ¿no? No es algo de lo que solo has oído hablar.

Nicholas salió al cenador y empezó a blasfemar.

3

En el salón de la granja Vander, la señora Pye se quedó de pie pensando en el pecado. Había bajado después de su encuentro con Nicholas, henchida de energía por el triunfo, para una rápida inspección de todas las habitaciones, pero ya llevaba allí casi una hora, absorta en su contemplación, mientras el trabajo en la casa y en el patio bajaba lentamente el ritmo y se detenía. Los trances de la señora Pye eran bien conocidos. Daban a todos un respiro muy bienvenido, un descanso de la incesante supervisión de su patrona.

El que primero veía aquella figura rígida y estática se apresuraba a difundir la noticia y una pequeña marea de indolencia y chismorreos empezaba a extenderse por la casa.

—¡La señora vuelve a estar ida!, —informó Violet Brain, asomando la cabeza por la puerta del lavadero—. Y George está en el patio, a ver si nos ayuda a tender las sábanas…

La señora Pye seguía inmóvil. Tenía los ojos clavados en un tarro de cristal lleno de arena jaspeada de la isla de Wight, pero no lo veía. En el fondo de su mente tenía una leve conciencia del paso del tiempo; la apartó. Estaba viviendo, más vívida e intensamente que cualquier hecho de la vida cotidiana, su papel místico de Denunciadora. Era un curioso y elaborado ejercicio de la imaginación: primero construía las imágenes de la codicia y de la lujuria y luego intervenía y las destruía. Creó los aposentos de Jezabel y los amuebló, a partir de los grabados de una antigua Biblia, con cojines y alfombras y añadió enormes jarras rebosantes de vino y fuentes llenas de fruta y a la propia desvergonzada semidesnuda ante los ojos de su amante; y había más mujeres desvergonzadas que bailaban al son de una extraña música y hombres que las agarraban al pasar y les rasgaban los finos velos y todos se reían en su embriaguez. Entonces Jezabel se levantó, se quitó la última prenda de ropa y empezó a bailar ella también y su amante extendió una mano para tentarla y entonces… Y entonces entró la señora Pye, y la música se detuvo, y todos huían acobardados mientras ella los azotaba con su lengua y tiraba las jarras de vino con el pie y Jezabel trataba de ocultarse. Y la señora Pye se impregnó un dedo con el vino derramado y escribió con él en la pared: MENE, MENE, TEKEL, UPHARSIN; y todos se postraron ante ella, suplicando aterrorizados el perdón…

La señora Pye exhaló un largo y tembloroso suspiro. El tarro de arena jaspeada se hizo visible de repente ante sus ojos. Lo cogió, le pasó un dedo por encima con gesto mecánico en busca de polvo y, al encontrarlo limpio, lo volvió a colocar en su sitio. Eso era lo que había ido a hacer al salón. Ahora notaba un extraño cansancio. Necesitó todas sus fuerzas para salir al patio y reprender a las muchachas por hacer perder el tiempo a George.

El cenador, que ahora asociaba tanto con Carmen como con la señorita Hyatt (por la corte de Campanilla), le recordó a Nicholas su propósito de saberlo todo sobre las mujeres. Se alegraba de pensar en algo que solo le concernía a él; tenía la urgente necesidad de vivir un rato su propia vida, cosa que estaba resultando más difícil de lo que pensaba en una casa en la que tenía que convivir con el profesor Pounce.

Empezó pensando en Carmen, pero incluso en eso la figura de su tío también se entrometía. La relación entre Carmen y el profesor seguía envuelta en misterio; lo único que Nicholas sabía con certeza era que se habían conocido en un *pub*. Parecía que todas las relaciones sociales de Carmen se hubieran formado así: había conocido al señor Pye en un *pub*, y al hombre que sabía lo que era enamorarse, y ahora además al profesor; y al parecer los tres habían sido capaces, al contrario que Nicholas, de llegar a algún tipo de entendimiento con la joven. Volvió a invadirle la inquietante sospecha de que, en cierto modo, estaba fuera de su alcance; por desgracia, también lo tenía más fascinado que nunca. Era modelo; conocía la vida bohemia en primera persona y Nicholas deseaba con pasión hacer lo mismo. Se había pasado casi toda la tarde anterior (tras ofrecerle una pródiga disculpa que ella aceptó) haciéndole pregunta tras pregunta, entusiasmado, pero en los hermosos labios de Carmen las historias de la vida bohemia adquirían un grado sorprendente de aburrimiento. Ella no sabía nada de arte salvo su lista de tarifas. Lo que más le gustaba era la escultura porque los escultores te contrataban durante mucho tiempo, tres meses quizá, y sabías a qué atenerte. Despreciaba la escuela de Chelsea porque allí muy pocos estudios tenían calefacción central. Si posaba al aire libre, cobraba el doble…

Le gustaba el profesor Pounce porque le pagaba por adelantado. Pero no dijo por qué.

En suma, era un tema de reflexión muy precario para un joven romántico en un cenador y, con un enorme esfuerzo de voluntad, Nicholas dirigió sus pensamientos hacia Mildred Hyatt. Por suerte, aún no existía ningún vínculo entre la señorita Hyatt y el profesor y por ese motivo su imagen resultaba por lo menos inofensiva. Al cabo de media hora se volvió incluso estimulante: Nicholas decidió que, aunque no estaba en absoluto enamorado de ella —lo cual

hacía todo el asunto más sofisticado y, por consiguiente, más satisfactorio—, era bastante atractiva y merecía que la cortejasen. Habría ido a su casa y se habría puesto manos a la obra de inmediato de no ser por lo temprano de la hora: las once de la mañana de un lunes no era momento para embarcarse en aventuras amorosas. Le vino a la mente una frase en francés: «*Cinq à six, des petites liaisons*
l'heure
»; sí, «de cinco a seis, la hora de los amoríos», parecía expresar justo lo que quería. Con una ligera dificultad, pero con gran sofisticación, siguió pensando en la señorita Hyatt en francés. *Elle était vraiment très gentille; on lui ferait un petit brin de cour, et on prendrait ce offraient les dieux…*
qu'on
(¿O era *offreraient?) Elle avait de très jolies yeux, une jolie petite figure —non, taille—, elle méritait bien un peu*
d'attention…
[1]

¿Dónde estaba ahora el Nicholas moralista, el virtuoso, que hacía solo veinticuatro horas había llamado sinvergüenza a su tío? Se lo llevó el viento… Como el título del libro que la señorita Hyatt dejó a un lado al verlo llegar por el camino de Rose Cottage a última hora de la tarde.

5

Eran más las seis que las cinco, pues el té en la vieja casa señorial se había retrasado, y además estaba lloviendo. Al principio, Nicholas pensó en dejarlo para otro día, cuando hiciese mejor tiempo, pero luego se dio cuenta de que, con tardes tan largas y luminosas, un cielo encapotado era más bien una ventaja, ya que ofrecía una buena excusa para correr las cortinas y aislarse de las inclemencias. Por supuesto, no lo sugirió de inmediato: esperó hasta que la señorita Hyatt hubo admirado sus versos sobre las campanillas de las hadas e interpretado un fragmento de su *Symphonie Moderne*. A Nicholas no le decía nada de nada, ni moderno ni lo contrario, pero

hizo sin dificultad varios comentarios vagamente elogiosos. Mildred Hyatt parecía muy contenta de verlo.

—Con mi trabajo, nunca me siento sola, en absoluto —le explicó —, pero es agradable hablar con alguien que te entiende.

—Desde luego —convino Nicholas en tono comprensivo—. ¿No hace un día espantoso? —Miró hacia la ventana; la lluvia arreciaba con renovada fuerza contra el cristal—. Podemos correr las cortinas para no verlo.

—La lámpara está rota —objetó Mildred.

—Yo se la arreglaré —se ofreció en falso el joven. Pero, para su fastidio, cuando corrieron las cortinas ella sacó el aparato en cuestión, un enorme artilugio victoriano que olía a aceite barato. Le resultaría muy fácil, sin embargo, arreglarlo para que no volviera a encenderse y, cuando se lo devolvió a la señorita Hyatt, sus manos al fin se rozaron. La señorita Hyatt dio un respingo.

—Querrá lavarse —dijo algo nerviosa—. Puede pasar a la cocina, si quiere…

—¿Y su casera?

—No le importará. Ha salido.

Esta información tan útil hizo que Nicholas se dirigiera a la pila más animado y, cuando volvió, el mero hecho de que viniese de la cocina les hizo sentir una repentina intimidad. La señorita Hyatt había servido dos copas de un jerez fuerte y oscuro y beber juntos en la penumbra incrementó aún más esa sensación. Era hora de actuar. Nicholas se levantó de su silla, dejó la copa sobre la mesa y volvió a sentarse, esta vez en el sofá, junto a Mildred. Al cabo de unos instantes, deslizó un brazo por el respaldo de crin y su mano entró en contacto con el hombro de Mildred. La chica llevaba un jersey naranja de cuello alto muy agradable al tacto. Nicholas lo acarició con suavidad.

—¿Ha leído usted *Lo que el viento se llevó*?, —le preguntó la señorita Hyatt en un tono distendido pero con la voz algo entrecortada.

—No —dijo Nicholas. Ella no se había apartado, así que la sujetó con más fuerza y la atrajo un poco hacia sí.

—Es magnífico. Trata sobre la guerra civil americana.

—¿Ah, sí?, —repuso Nicholas. Deseó haber apagado el cigarrillo antes de sentarse; la colilla le estaba quemando los dedos. Decidió

arriesgarse y lo lanzó hacia la chimenea, maniobra que le valió un éxito doble pues no solo la colilla cayó sin contratiempos al otro lado del guardafuego, sino que la sacudida hizo que la señorita Hyatt apoyara al fin la cabeza sobre su pecho.

—Lo cuenta todo sobre Atlanta —continuó la joven desde esta nueva posición— y sobre los demócratas y los políticos oportunistas y la gente corriente. Aunque esa parte me parece menos interesante que la primera.

—No lo he leído —dijo Nicholas, con la mejilla apoyada sobre su pelo. Tenía un pelo bonito, suave y bien cuidado, y no estaba lleno de horquillas ni otras trampas. Movió suavemente la mejilla arriba y abajo y, con aire distraído, como si estuviera demasiado absorta en el aspecto intelectual de la conversación para darse cuenta de cualquier cambio en sus circunstancias físicas, la señorita Hyatt se acomodó más entre sus brazos.

—Hay un pasaje maravilloso sobre un refugio…

Durante unos minutos, Nicholas siguió besando de buena gana el pelo de la señorita Hyatt mientras esta recapitulaba la epopeya de Scarlett
O'Hara.
Pero *Lo que el viento se llevó* es una novela larga y, aunque nunca la había leído, Nicholas había visto a menudo lo que abultaba en los puestos de libros. Además, el jersey de cuello alto era una prenda complicadísima. La señorita Hyatt lo había tejido ella misma y le había puesto tanta lana que, más que ceñirse a su figura, la envolvía.

—¿No tienes un calor espantoso?, —le preguntó.

La señorita Hyatt no interrumpió su resumen para contestar, pero emitió un breve suspiro ahogado. Con el relato de cómo Rhett Butler había burlado un bloqueo, Nicholas le quitó con cuidado el jersey. La voz de la señorita Hyatt se elevó de repente una octava justo cuando se lo sacaba por la cabeza, pero Nicholas no supo si fue por la emoción o por el deseo de hacerse oír. En cualquier caso, la historia se estaba convirtiendo en un mero balbuceo, las palabras se atropellaban, perdían el hilo y quién sabe lo que podría haber ocurrido cuando, en aquel preciso instante, en las profundidades del sofá, sonó un muelle.

Exactamente en si bemol.

—¡Maldita sea!, —exclamó el chico.

Soltó a la señorita Hyatt como si fuera una patata caliente. Fue poco galante, fue imperdonable, pero no pudo evitarlo. El doloroso recuerdo que lo había atormentado durante meses fue como una ducha de agua fría.

—¿Qué ocurre?, —susurró la señorita Hyatt.

—Viene alguien —murmuró Nicholas con ingenio—. Será mejor que me vaya.

Hubo un suave y apresurado forcejeo (¡cómo volvían a repetirse todos los sonidos!) y, cuando la abrazó fugazmente en la puerta, sus manos volvieron a tocar la gruesa lana.

—¡Querido mío!, —murmuró la señorita Hyatt.

Nicholas, como ya se ha dicho, tenía un oído muy fino. Bajo el fervor de su tono detectó (¡cómo se repetían *todos* los sonidos!) una débil, casi imperceptible, nota de alivio.

—Te veré mañana —prometió sin ninguna intención de cumplirlo, y se fue corriendo bajo la lluvia.

6

Muy lejos, al otro lado de Ipswich, tres personas que tienen muy poco que ver con esta historia se sentaban a cenar. Eran sir Peter Sprigg, su esposa Cecile y un diputado que estaba de vacaciones. Era un diputado muy joven, tan joven que aún buscaba sin descanso audiencias a las que dirigirse. Lady Sprigg lo sabía y, como mujer de buen corazón y buena anfitriona, estaba deseando complacerlo. Su marido también tenía buen corazón, pero había oído hablar al joven Coulter en la Cámara y no deseaba someter a sus vecinos a un suplicio semejante. Lady Sprigg, sin embargo, era una mujer de recursos.

—Jimmy —le dijo al señor Coulter—, ¿has hablado alguna vez en Gillenham?

James Coulter soltó de inmediato la cuchara de la sopa. Se le iluminaron los ojos. Casi se le veía aguzar las orejas.

—No, nunca. ¿Dónde está?

—Más allá de Ipswich. Es un lugar bastante pequeño…

—Es una aldea —dijo sir Peter sin rodeos—. Un pueblucho de

mala muerte.

—Eso no me importa —repuso el señor Coulter. No le importaba nada. Una vez había sustituido a una novelista en un club literario universitario. Y no lo hacía solo porque le encantase oír su propia voz, sino por un sincero deseo de beneficiar a sus oyentes. Era un joven muy serio y concienciado.

—Seguro que les encantaría recibirte —continuó lady Sprigg—. Deben de pasarse la vida entera sin que nadie les haga caso. ¿No te parece buena idea, Peter?

Su marido, considerando la relativa distancia que separaba Gillenham de su propia casa, había empezado a creer que era una idea muy buena.

—Excelente —dijo—. Ve allí, Coulter, y háblales del túnel del Canal.

El joven señor Coulter se sonrojó un poco. Igual que una modista, en busca de originalidad, vuelve al polisón o al miriñaque, Coulter, en busca de una seña distintiva, había vuelto al túnel del Canal. Pero ahora lo consideraba un error.

—Prefiero hablar sobre el sistema monetario decimal. He estado preparándolo.

—Pues eso —asintió sir Peter concluyente—. Total, lo mismo da rey que roque…

Su mujer le dio una patada por debajo de la mesa. Por suerte, el señor Coulter no se había enterado.

—¿Quién es su diputado local?, —preguntó—. No quiero pisarle el terreno.

—Es el viejo Muirhead —dijo sir Peter— y no le importará. Los dos sois unionistas. Estará encantado de quitarse trabajo de encima. Llamaré a su delegado esta noche y lo arreglaré todo.

El señor Pomfret, el delegado unionista, pareció más sorprendido que encantado con la propuesta, pero no puso ninguna objeción y, así, se dispuso que el joven señor Coulter fuera a Gillenham el miércoles de la semana siguiente para hablar a sus vecinos del sistema monetario decimal.

CAPÍTULO 10

1

Los inquilinos de la vieja casa señorial llevaban ya una semana instalados y Carmen y el profesor Pounce se lo estaban pasando en grande. Nicholas y su madre no.

La vida amorosa de Nicholas era para entonces un poco caótica. El único resultado de su enredo con la señorita Hyatt fue que ahora rehuía angustiado el encontrarse con ella y a menudo se desviaba más de un kilómetro de su camino para no pasar por Rose Cottage. Por otra parte, le seguía apeteciendo besar a Carmen, y a menudo lo conseguía, pero le costaba tener que estar escabulléndose continuamente de acá para allá entre la casa y el jardín. Nunca se había dado cuenta de que su madre se movía tanto. La veía en el salón, al parecer acomodada para toda la mañana, y cinco minutos después se la encontraba al final del camino. Cinco minutos más tarde, estaba asomada a la ventana de su dormitorio, desde la que se veía todo el jardín. Y también tenía que esquivar al profesor, a la señora Leatherwright y a la asistenta.

No obstante, lo que más le molestaba era que Carmen no colaborase en absoluto. Él se preocupaba de dejar claro dónde iba a estar con antelación, diciendo, por ejemplo, que se quedaría leyendo en el huerto toda la tarde y que nadie lo molestara, pero ella nunca parecía darse por enterada. Si el profesor la mandaba por casualidad a buscar un periódico o un libro, pasaba por allí; si no, se mantenía alejada. Cuando iba, siempre dejaba que Nicholas la besara, pero nunca hacía esperar al profesor.

—No te importo un comino, ¿verdad?, —le preguntó Nicholas una vez, enfadado.

—¡Claro que sí!, —repuso Carmen—. Me pareces un chico estupendo.

—Pues si eso es todo —refunfuñó Nicholas aún más molesto—,

no sé por qué me dejas besarte.

Ella pareció sorprenderse.

—¿No quieres besarme?

—¡Bien sabes que sí!

—Pues ya está —dijo Carmen con aire de dar por concluida una discusión inútil.

—¿A ti no te gusta que te besen?, —insistió el otro.

—Por supuesto. Así que todos contentos. No sé qué quieres.

El problema era que Nicholas tampoco lo sabía. Una parte de él deseaba vivir un amor intenso, aplastante, en cuerpo y alma con ella, y otra parte se moría de miedo con solo pensarlo. Tenía la clara impresión de que entregarse a Carmen sería como darse a la bebida y sabía que no era bastante hombre para ella. Se preguntó qué clase de hombre lo sería y se sorprendió imaginando una especie de cruce entre un domador de leones y un nadador de los que cruzan el canal de la Mancha. El pecho viril cubierto de medallas, los bíceps marcados y con tatuajes…

—¿Qué tipo de hombres te gustan, Carmen?

—Los caballeros —contestó ella.

Sin duda era de lo más vulgar. Y a Nicholas le fastidiaba el hecho de que, a pesar de todo, aún deseaba besarla.

También tenía otros problemas: ahora debía levantarse todas las mañanas a las seis y media para ir andando hasta el pueblo y volver a tiempo para que la señora Leatherwright preparase el desayuno. Aun así, en la vieja casa señorial les habría ido muy mal de no ser por la señora Powley, pues la única tienda que había no estaba abierta a esas horas y ninguno de los vecinos tenía huevos ni leche de sobra para darles. La señora Powley, sin embargo, compraba a los Cockbrow de Old Farm y estaba dispuesta a pedir algo más para los Pounce. Nicholas probó a llevarse dos docenas de huevos una vez, y dos litros de leche, pero con el bochorno la leche se cortó y no le quedó más remedio que reanudar su caminata diaria. Y lo que hacía su situación aún más penosa era el hecho de que él solo desayunaba tostadas y café solo. Era el profesor el único que se sentaba con toda parsimonia a tomar gachas y nata, y té con leche, y pan con mantequilla y un par de huevos pasados por agua.

El problema de la señora Pounce era que no tenía a nadie con quien hablar, nada más, y lo que hacía más penosa su situación era el hecho de que, si tan solo hubiera podido hablar con la señora Crowner, habría estado de lo más contenta. Sus respectivas posiciones sociales —una, la esposa de un vicario; la otra, la viuda de un director de banco— las convertían en aliadas naturales y, además, tenían la misma actitud hacia la vida, es decir, ambas evitaban siempre que les era posible sus aspectos más trascendentales y disfrutaban plenamente de sus placeres menores. Podrían haber ido juntas de compras a Ipswich; podrían haberse visto para tomar el té; la señora Pounce podría haber hablado de su hijo Nicholas y la señora Crowner de su hija Bridget, que era maestra de parvulario en Londres. Es una pena pensar en las horas de franco deleite que estas dos damas se perdieron. Y se las perdieron por muy poco, por una mala suerte de lo más inmerecida, pues la señora Crowner, movida por su caridad cristiana, salió de hecho un día con la intención de visitar a la señora Pounce.

En condiciones normales, habría ido a presentarse en cuanto llegaron; con el escándalo de la piedra, sin embargo, se negó en redondo; más tarde, la aparición de la señora Pounce en el oficio matinal la hizo cambiar de opinión. Observando con discreción por encima de su libro de himnos, reconoció en ella a una experimentada devota. La señora Pounce se levantaba, se sentaba y se arrodillaba sin la menor vacilación. Además, había media corona nueva en el cepillo. La tarde siguiente, la señora Crowner se puso el sombrero y los guantes y partió en dirección a la vieja casa señorial. Por desgracia, se cruzó con el profesor antes de llegar.

Estaba sentado en la escalerilla de una cerca en el camino, absorto en una alegre reflexión sobre el rito del *sati*. La señora Crowner, como es natural, no lo sabía: en apariencia solo estaba admirando inocentemente el paisaje. La señora Crowner se detuvo, parecía un hombre tan anciano y manso… Tal vez se le pasara por la cabeza la descabellada idea de convertirlo, de alejarlo del paganismo. Fuera como fuese, el caso es que se detuvo.

Como por un milagro, el profesor la reconoció. Se levantó y se quitó el sombrero. La señora Crowner se acercó.

—Buenas tardes —le dijo—. ¿No hace un día espléndido?

El profesor asintió. Se preguntaba si, en caso de que la tradición

lo exigiera, estaría dispuesta a inmolarse en la pira funeraria del vicario. Decidió que sí. Con un fascinante salto mental, la imaginó luego con el cuello alargado y ceñido por una docena de aros de metal. Estaba seguro de que, sobre una mujer como la señora Crowner, el poder de las convenciones era absoluto. Todos estos pensamientos le daban un aspecto de estar escuchando con amable atención, lo cual animó mucho a la señora Crowner.

—¿Le gusta la naturaleza?, —preguntó esperanzada.

—No —contestó el profesor—. ¿Y a usted?

—Desde luego que sí —repuso la señora Crowner ligeramente sorprendida.

—Lamento oírlo.

La mujer del vicario, sin duda, debería haberlo dejado ahí y haber seguido su camino. Pero no lo hizo.

—¿Y por qué?, —rugió—. No creo que el amor a la naturaleza…

—¡Amor a la naturaleza, bobadas!, —replicó grosero el profesor —. ¡La gran evasión! El doctor Johnson era más sabio de lo que creía: el patriotismo, el último refugio del canalla; el amor a la tierra, o sea, al campo, a la naturaleza, el último refugio del egoísta. Muéstrame a un hombre que quiera estar a solas con la naturaleza y te mostraré a un hombre demasiado egoísta para llevarse bien con sus semejantes. No tiene por qué subordinar sus placeres a las vistas. A un árbol no le importa cómo deja el baño. Los narcisos no quieren encender la radio cuando él quiere leer. Mi estimada señora, si quiere salvar su alma, deje la naturaleza en paz.

La señora Crowner estaba perpleja. También molesta por la referencia a su alma. Olía al Diablo citando las Escrituras.

—Creo que se equivoca —le dijo con acritud—. Yo siempre he vivido en el campo y sé por experiencia que la naturaleza es una buena influencia, refinadora. La gente viene de las ciudades agotada, nerviosa e irritable y después de unos meses en contacto con la naturaleza…

—Se vuelven poco menos que vegetales —la interrumpió el profesor—. Yo también lo he notado. Pero ¿qué ocurre con la gente que vive en contacto con la naturaleza todo el año? ¿Qué me dice de los habitantes de este pueblo? ¿Le parecen especialmente refinados?

La señora Crowner era una mujer sincera. Tenía sus dudas.

—No creo que la mayoría sean en realidad lo que uno llamaría amantes de la naturaleza…

—¡Claro que no!, —exclamó triunfante el profesor—. ¿Y por qué? Porque la naturaleza con la que están tan en contacto es la real, no una bonita ilustración en el calendario de un tendero. Ellos *sí tienen* que subordinar sus placeres. Tienen que levantarse a horas intempestivas, soportar las inclemencias del tiempo y trabajar horas de más cuando no quieren. Ellos se pelean con la naturaleza, tratan de domarla como a un caballo. Y como resultado no se refinan, sino que se embrutecen. Un pastor, por ejemplo…

—¡Corderitos…!, —clamó la señora Crowner.

—Preciosas criaturas. Seguro que uno obtiene cierto placer al contemplarlas. No entiendo sin embargo cómo puede adquirirse refinamiento, aunque no digo que sea imposible. Pero ¿qué refinamiento obtiene el pastor frotando tinte azul en el vientre de un carnero?

La señora Crowner ahogó un grito.

—Vaya —murmuró—. No sabía…

—Ya me lo imaginaba —repuso el otro alegremente—. La razón, por supuesto…

Pero la señora Crowner no esperó a oírlo. Le dio la espalda y se alejó a toda prisa. Se apresuró a volver a la vicaría, lejos de la vieja casa señorial. Nunca volvió a intentar visitar a la señora Pounce.

No obstante, incluso este frustrado gesto de cortesía podría haber reconfortado a la pobre mujer si a su cuñado se le hubiera ocurrido mencionarlo, pero no lo hizo. Todo aquel incidente, aunque fue el motivo de que llegase tarde a tomar el té, lo cual a su vez hizo que Nicholas saliese más tarde de lo que había previsto a rondar a la señorita Hyatt, desapareció de inmediato y por completo de la ajetreada mente del profesor.

3

El profesor Pounce, absorto en su trabajo, estaba muy contento. Es cierto que, en los registros parroquiales, a los que tuvo acceso tras obsequiar con cinco chelines al señor Noah Uffley (el sacristán), no figuraba ningún Blodgett ni Blodger, ni el nombre aparecía en

ninguna lápida, pero el profesor estaba preparado para los contratiempos. Más bien añadían placer a la búsqueda. El profesor Pounce era sin duda muy feliz.

Lo mismo le ocurría, aunque por motivos diferentes, a Carmen Smith. Se había visto con el señor Pye el sábado por la noche, y el domingo por la noche, en el enorme pajar de la granja Vander, y tenía intención de verlo muchas veces más. Sus encuentros fueron mudos y enteramente satisfactorios. Durante muchos años recordaría luego el olor a heno y tréboles secos, el tacto del rocío en sus pies descalzos y la vista del cielo en la media puerta abierta.

Capítulo 11

1

Cuando Nicholas habló con el joven Arthur el sábado, este le prometió acometer la operación Levantamiento de Piedra el lunes, pero el lunes Nicholas, absorto en su plan respecto a la señorita Hyatt, se olvidó por completo del asunto y, al parecer, lo mismo le pasó al joven Arthur. El martes por la mañana, el profesor Pounce, al ir a visitar por segunda vez a la señora Ada Thirkettle, vio que la piedra seguía aún en su sitio y volvió a la vieja casa señorial con una actitud muy desagradable.

—Supongo que eres consciente —le dijo a Nicholas— de que las clases en la universidad se reanudan en octubre.

—Claro, tío Isaac —repuso incauto el muchacho.

—¿Y de que no tengo la facultad de estar en dos sitios a la vez?

—Por supuesto, tío Isaac…

—¿Y no se te ocurre nada que puedas hacer —continuó el profesor con calma— para que la ausencia de esa facultad en mi persona carezca de importancia?

Nicholas se sonrojó.

—Si se refiere a sacar la piedra, señor…

—Pues sí, la verdad —dijo el otro con un gesto de asentimiento insultante—. Por fin lo has entendido. Haz el favor de zanjar el asunto esta tarde.

El chico fue entonces al pueblo para desquitarse con el joven Arthur. Sin embargo, no contaba con la técnica de su tío y la noble consternación del carretero lo desarmó. El joven Arthur estaba segurísimo de que había dicho el martes y defendió esta errónea convicción con tal elocuencia que el propio Nicholas dudó. No obstante, se quedó allí vigilándolo mientras cogía las herramientas, se cambiaba el saco que llevaba a modo de delantal por otro delantal hecho de saco, se pasaba un peine por el pelo, se calzaba

un par de botas y, quién sabe por qué, depositaba la suma de dos chelines y once peniques en la esquina de la chimenea. (Nicholas estuvo a punto de preguntarle si no iba a hacer testamento. El profesor lo habría hecho, desde luego). Todos estos preparativos, ejecutados con gran lentitud, daban a la empresa un profundo aire de solemnidad, pero por fin el joven Arthur estuvo listo (solo le faltaba un barril de brandi al cuello) y los dos juntos se pusieron en marcha.

El joven Arthur era un personaje extraordinario. Aun irritado como estaba, Nicholas no pudo evitar sentirse orgulloso de que lo vieran con él. Caminar a su lado era como hacerlo en una procesión. Debería haber sido, por lo menos, el alcalde.

—¿Dónde quiere que la lleve?, —preguntó el joven Arthur cuando se detuvieron frente a la puerta de la señora Thirkettle.

Nicholas vaciló. Creía que por treinta chelines debía sacarle al joven Arthur todo el trabajo posible y, además, se ahorraría muchos problemas si la piedra volviera directamente al arroyo Bowen. Pero él no sabía, como sin duda lo sabría su tío, cuál era el lugar preciso.

—¿Cuánto tardará?, —le preguntó.

—Una hora, más o menos —dijo apesadumbrado el carretero. Pero no parecía lamentarse por el hecho de que fuese mucho, sino más bien poco, como si no fuera digno de él aceptar cualquier trabajo de menos de un año.

—Ahora vuelvo —dijo Nicholas.

2

Fue algo de lo más inesperado, pero en aquel trayecto de vuelta —después de haber regresado a la vieja casa señorial, de haber encontrado al profesor Pounce y de que este le mostrara el lugar exacto del arroyo Bowen donde había que restituir la piedra— Nicholas se enamoró.

Fue muy inesperado, en verdad. Él ya se consideraba enamorado de Carmen Smith. La compañía de su tío, que había insistido en volver con él a casa de la señora Thirkettle, lo hacía (o eso hubiera creído uno) particularmente insensible a cualquier sentimiento delicado. Tenía el corazón blindado por partida doble: por un

enamoramiento previo y por un mal humor pasajero. Pero ningún blindaje le sirvió. Cayó de lleno.

—Qué joven tan hermosa —observó el profesor Pounce.

Nicholas miró sombrío a su alrededor. En la puerta de la vicaría había una chica rubia. Era guapa. Era como todas las jóvenes rubias desde que el mundo es mundo.

—Realmente extraordinario —murmuró el profesor—. Debe ser la señorita Crowner, aunque resulta difícil creerlo.

Nicholas no dijo nada. Ahora estaban a solo unos metros de ella y vio que tenía los ojos grises y afables y las manos finas y bronceadas. Se mantenía muy erguida, pero relajada, mientras contemplaba el mundo y disfrutaba de las vistas.

—Buenos días, querida —dijo el profesor Pounce.

La chica le sonrió. También sonrió a Nicholas.

—Usted debe de ser la señorita Crowner —continuó el profesor —. Yo soy el profesor Pounce, una persona muy respetable, aunque tal vez su madre no piense lo mismo. Estaremos encantados de recibirla en la vieja casa señorial siempre que pueda venir.

Si bien lo impetuoso de aquel discurso espantó a Nicholas, no pareció amilanar a Bridget Crowner. La joven siguió sonriendo amablemente.

—Y si alguna vez le apetece dar un paseo —insistió el profesor —, estaré siempre a su disposición. También puedo prestarle libros. O, si le gusta el tenis, tenemos una cuerda en el jardín. Aunque en eso mi sobrino le daría probablemente más juego que yo.

—Seguro que se le da a usted tan bien como a mí —repuso la señorita Crowner.

—¡Espléndido! En ese caso también podríamos hacer un hoyo apropiado e intentarlo con el minigolf. Espero, querida, que tenga suficiente tiempo libre.

—De sobra —asintió la señorita Crowner—. He venido a pasar las vacaciones… Bueno, una parte.

—¿Cuánto?

—Una semana.

—Entonces habrá que aprovecharla. ¿Puede venir esta tarde?

Ella negó con la cabeza, encantadora.

—Esta tarde no. Es mi primer día en casa.

—Pues venga mañana. En cualquier caso, venga en cuanto

pueda. Si le dicen que estoy en mi estudio, no dude en molestarme. Y si su madre pone alguna objeción, dígale que lo considere una misión dirigida a los paganos. Ahora no la entretenemos más. *Au revoir*, querida.

La joven se alejó por el camino. El profesor esperó a que llegase a la puerta y no dejó de sonreírle en ningún momento, con un gesto que Nicholas no pudo evitar considerar algo grotesco. Creía que su tío los había puesto en ridículo a los dos.

—Bueno, tú no tenías mucho que decir —comentó el profesor mientras reanudaban la marcha.

Lo injusto de la observación sacudió a Nicholas con tanta fuerza que no replicó.

—Si yo tuviera tu edad —continuó el otro—, no habría dejado que mi viejo tío hiciera todo el trabajo. Si tuviera tu edad…

—No sé qué más podría haber hecho —contraatacó Nicholas— ni aunque tuviera la mitad.

—En ese caso tendría once años —reflexionó el profesor—. Si tuviera once años, por supuesto, le habría pedido un beso, sin más, y seguro que ella me lo habría dado.

Nicholas miró a su tío con aprensión. No entendía qué le había pasado. Se comportaba como si se hubiera enamorado a primera vista y, como eso era lo que le había sucedido al propio Nicholas, naturalmente le molestaba.

—Es estupendo ser viejo —dijo el profesor.

—Si quiere decir, señor —convino Nicholas con rencor—, que le da a uno el derecho a lanzarse sobre una completa desconocida…

—¿Lanzarse? ¿Quién se ha lanzado?

—Usted.

—En absoluto. Es solo que, teniendo en cuenta la brevedad de la estancia de la señorita Crowner aquí, he dejado clara mi posición sin perder tiempo. Ante lo bello y lo efímero no hay que desperdiciar ni un minuto. Mi atrevimiento, pues veo que así has decidido considerarlo, era en realidad un gran cumplido. Por suerte la señorita Crowner tiene más seso que tú.

—Está bien —repuso Nicholas—. Ya veremos si aparece.

—No me cabe duda de que lo hará. Y me atrevo a decir —añadió el profesor complacido— que encontrará fascinante mi compañía. Es obvio que los ejemplares masculinos más jóvenes no

pueden ofrecerle nada nuevo.

La segunda parte de este comentario era tan acertada que el joven ejemplar masculino que era Nicholas decidió obviar la atroz premisa. Si su tío se consideraba fascinante, muy pronto se desilusionaría; al menos eso esperaba. Porque de todos los viejos pesados y monotemáticos del…

Nicholas se detuvo. Acababa de darse cuenta de algo sin precedentes: durante los últimos veinte minutos, su tío no había mencionado la piedra de la castidad.

—Tío Isaac —le dijo—. ¿Qué pasa con la piedra? La prueba. ¿Va a involucrar a la señorita Crowner?

El profesor Pounce también se paró.

—Por supuesto que no.

—¿Quiere decir que ella está «fuera de concurso»?

—Desde luego. Con casi cualquier otra mujer viviente estoy dispuesto a admitir un resquicio de duda que justifica el experimento. Con la señorita Crowner no. Y debo añadir, Nicholas, que me sorprende y me disgusta que sugieras algo así.

Nicholas cruzó al otro lado de la calle y dio una patada a una piedra. Los sentimientos de su tío volvían a ser parejos a los suyos y de algún modo él había vuelto a quedar en mal lugar. Su adoración por Bridget Crowner había sido tan instantánea y abrumadora que no fue capaz de dirigirse a ella y ahora el profesor, que la había abordado con un descaro poco menos que profano, lo acusaba de falta de respeto…

Incomprendido, amedrentado, enamorado hasta los huesos, Nicholas siguió caminando con aire sombrío. En algún lugar, detrás de un seto, cantó un gallo. Cacareaba socarrón. Nicholas tuvo la impresión de que hablaba con él.

—Si oyes al ruiseñor —dijo de pronto el profesor Pounce—, da gracias a Dios.

3

El pueblo, como de costumbre a mediodía, estaba vacío, pero Tom Thirkettle y uno de los Uffley estaban de pie frente a la puerta de la oficina de correos, mirando algo. Cuando Nicholas y su tío se

acercaron, estos se apartaron y dejaron a la vista un cartelito de unos veinticinco por treinta centímetros. El señor Pomfret, el delegado unionista, no se había tomado muchas molestias: el anuncio de la inminente visita de James Coulter estaba escrito a mano en toscas letras mayúsculas. A las 18:30 horas del miércoles siguiente, en el Grapes, el señor James Coulter, diputado, se dirigiría a los vecinos de Gillenham para hablar del sistema monetario decimal. Moderaría sir Peter Sprigg. Entrada gratuita.

Tanto Nicholas como el profesor lo miraron sin interés y siguieron andando.

4

—De modo que la piedra entra en su tercera fase —observó pensativo el profesor. (Era viejo, sin duda: podía olvidar a Bridget, sacársela de la cabeza, con tanta facilidad como si fuera una Niña Guía cualquiera apenas vista de reojo)—. Me habría gustado hacer algún tipo de ceremonia; no una procesión exactamente, pero un preámbulo, una forma de preparar el camino…

Apenas había expresado en voz alta este deseo cuando le fue concedido. El joven Arthur, cansado de esperar, había salido en busca de su cliente y, como ya se ha dicho, el carretero era una procesión en sí mismo. De hecho, la imagen del joven Arthur caminando majestuoso por Gillenham con la piedra de la castidad bajo el brazo fue algo tan sorprendente, tan lleno de atractivo tanto para la vista como para la imaginación, que tanto Nicholas como su tío se quedaron de piedra.

—¡Sangre nórdica, sin duda!, —musitó el profesor Pounce—. ¡Nicholas, mírame el bigote!

No sin esfuerzo, y con cierta sorpresa, Nicholas apartó la vista de aquel espectáculo e hizo lo que le pedía.

—Ya está —dijo—. ¿Qué pasa?

—He notado un pinchazo —le explicó el profesor—. La misma sensación que cuando descubrí el diario. Como si se me erizaran los pelos uno a uno. ¿Es así?

—No.

—Lástima. Habría sido una nota al pie interesante. Pero vaya…

—Volvió a clavar los ojos en el joven Arthur—. Podría ser un vikingo resucitado. También a la señorita Blodgett, si recuerdas, la describían como una fornida moza rubia. ¡Caramba!

—Bueno, este es el joven Arthur Fox —repuso Nicholas—. Su padre parece una tortuga.

—¿Y su madre?

—No sé nada de ella, señor.

—Me lo imaginaba —dijo el profesor, aunque bastante indulgente—. Debemos averiguarlo.

Nicholas no sospechó de inmediato lo que se le estaba pasando por la cabeza a su tío. El joven Arthur doblaba en tamaño al profesor y tenía unos músculos como pelotas de fútbol. Ni siquiera se le ocurrió que iniciaría la conversación poniendo en duda la legitimidad de nacimiento de su abuelo. Pero el profesor Pounce siempre iba directo al grano.

—Buenos días —le dijo—. ¿Sabe usted por casualidad si su bisabuela era una tal señorita Blodgett?

El joven Arthur lo miró pensativo y cambió ligeramente la forma de agarrar la piedra.

—O tal vez Blodger —añadió el profesor—, pues sospecho que puede haber cierta corrupción en el apellido.

Nicholas se preparó para intervenir. Pero el joven Arthur no iba a romperle la crisma a su tío; solo estaba pensando. O, más bien, calculando.

—Mi madre era una Thirkettle —dijo por fin—. Ya murió, pero mi tío sigue pisando esta tierra.

—¿Era su tío —preguntó Nicholas de pronto— el hombre con el que hablé en la puerta del Grapes?

Aquella enorme cabeza asintió.

—Me sonaba la descripción —se explicó Nicholas.

Fue una salida bastante ingeniosa, la verdad; la frase resumía a la perfección lo único que podía decirse del viejo señor Thirkettle: seguía sobre esta tierra. El joven Arthur, sin embargo, al igual que su padre, ya había terminado con Nicholas. Le había sacado treinta chelines y no esperaba más. Se concentró en el profesor.

—El tío Thirkettle tiene tan buena memoria que pocas cosas hay que no recuerde desde que se inventó la rueda.

—Me gustaría hablar con él —dijo el profesor Pounce con

vehemencia—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

El carretero reflexionó.

—Supongo que podría probar en el Grapes. O tal vez se haya ido a casa. Puede que esté por ahí, deambulando. Pero puede que no lo conozca…

—No tendría por qué —convino el profesor—. Así que debe acompañarme. Si encontramos al señor Thirkettle en el Grapes, aprovecharemos para refrescarnos un poco.

Los ojos del joven Arthur se iluminaron. Pero, como excelente y concienzudo trabajador, pensó primero en su deber. Con la mano libre dio un toquecito a la piedra.

—¿No debería terminar con esto primero, señor?

—No, no —se impacientó el profesor Pounce—. Désela a mi sobrino.

El joven Arthur, aún con aspecto de trabajador excelente y concienzudo, se apresuró a hacer lo que le decían. La piedra pesaba mucho más de lo que parecía mientras otro la llevaba con tanta facilidad y Nicholas, al intentar sostenerla él mismo con un solo brazo, se dio cuenta de que tenía que juntar ambas manos por debajo del borde y sacar tripa para mantener el equilibrio. Aun así, las rodillas le fallaron un poco.

—¿No puedes arreglártelas mejor?, —le preguntó su tío—. Parece que se te va a caer.

Nicholas frunció el ceño. El joven Arthur le dirigió una mirada de reproche.

—¿Y qué hago con ella, señor?

—Pues llevarla al arroyo, por supuesto, y esperarme. No tardaré.

Nicholas se marchó tambaleándose.

5

El arroyo Bowen era un sitio muy agradable: de suave murmullo, orillas verdes, umbroso bajo el arco erosionado del puente nuevo. No podía imaginarse un lugar más delicioso para meditar sobre el amor. Nicholas soltó su carga frente a los bajíos (donde una hilera incompleta de piedras pasaderas rompía la corriente) y se entregó a los pensamientos típicos. O, mejor dicho, no es que se pusiera a

pensar, sino que abrió el corazón y dejó que Bridget Crowner lo colmara. Estaba enamorado. No había dilación, nada de mirar, como Carmen lo había descrito, por la reja del parque: estaba dentro. Enseguida se le aparecieron imágenes, perspectivas; la idea de que Bridget fuese a quedarse tan poco tiempo en el pueblo era angustiosa, pero la dejó atrás y he aquí que ambos estaban juntos en la ladera de una colina y oían cencerros de vaca; o navegaban en una góndola; o contemplaban la luz de la luna sobre el Taj Mahal. Por suerte aún no lo sabía, pero Nicholas nunca volvería a disfrutar tanto de los viajes al extranjero…

Al principio deambulaba por la orilla, luego se sentó. Se sentó en la piedra de la castidad, aunque sin darse cuenta en un primer momento de que lo había hecho. Al cabo de un rato se percató de ello porque estaba muy dura. Entre los pensamientos de Bridget se coló, discordante, la imagen del profesor. Nicholas miró el reloj y vio que eran casi las dos. Una punzada de hambre lo sorprendió y lo irritó. Si no se daba prisa, se perderían el almuerzo: pastel de pichón y panecillos de mermelada. Se levantó de un salto, miró la piedra y se detuvo. Dejar aquella valiosa reliquia sin vigilancia, a merced de la señora Crowner y sus *boy scouts*, era un acto demasiado osado incluso para la osadía del hambre. Su tío nunca se lo perdonaría. Miró nervioso hacia el pueblo y se preguntó dónde demonios estaría el profesor.

No podía imaginarse qué… Lo cual no era de extrañar, pues el profesor y el viejo señor Thirkettle se habían ido a Ipswich, al cine.

6

Tal fue el precio del anciano Thirkettle. A diferencia de su sobrino, él ya había superado el ansia del dinero contante y sonante: lo que quería era un cambio, emoción, *alegría de vivir*. Exigió que lo llevaran al cine.

Había un autobús a la una y el profesor y el señor Thirkettle lo cogieron. (No había que preocuparse por el almuerzo, explicó este último, porque en el cine había una cafetería estupenda). Entraron en la sala justo a tiempo para la atracción principal, una comedia muy sofisticada sobre la vida en Nueva York que el señor Thirkettle

pareció disfrutar mucho, desde luego. Se quitó las botas y le olían los pies. A la comedia siguieron un relato de viajes, una película animada y un noticiario, que, a su vez (en lo que al profesor y al señor Thirkettle se refería), iba seguido por la comedia.

Nada de esto preocupaba al profesor Pounce. Las películas no le molestaban porque se limitó a abstraerse y pensar en tabús polinesios, como tampoco le inquietaba que una acomodadora no dejase de acercarse a ellos para rociarlos con perfume. Se dio cuenta de que a su acompañante no se le podía meter prisa. A mitad del segundo pase de la comedia, la acomodadora volvió acompañada de un conserje, obviamente con la intención de echarlos, pero el aspecto de tortuga del señor Thirkettle la hizo detenerse. Era imposible saber si estaba vivo o muerto. Alumbró con su linterna al profesor Pounce, que en el acto fingió un síncope similar, y la muchacha se marchó.

7

Nicholas, que no había almorzado, consiguió merendar parando a un golfillo que pasaba por allí y enviándolo a la vieja casa señorial con una nota. (El golfillo era un *boy scout* sin uniforme y esta fue su buena acción del día. La señora Crowner se habría enfadado muchísimo). Con la cesta y un termo llegó la señora Pounce, muy agitada por la ausencia de sus dos parientes. Nicholas sugirió cruda y maliciosamente que su tío estaría borracho en alguna zanja y se ofreció, si su madre lo relevaba en la guardia de la piedra, a ir en su busca, pero la señora Pounce se negó. Se negó tan rápido, con una firmeza tan poco natural, que el muchacho se vio asaltado por una extraña sospecha.

A modo de prueba, se levantó y le ofreció su asiento. La señora Pounce retrocedió de inmediato.

—Nicholas —dijo nerviosa—. Nicholas… ¿Tú crees que es cierto?

Él no se sentía muy filial.

—Claro que sí —asintió con rotundidad.

—¡Pero eso sería magia!

—Igual que la radio, para algunas personas…

La señora Pounce era una de ellas. Apenas empezaba a confiar en el teléfono. Miró la piedra con inquietud y retrocedió aún más. Tenía una expresión medio fascinada, medio alarmada. Se quedó así un minuto entero y luego, sin decir palabra, salió corriendo.

Nicholas volvió a sentarse y se tomó el té.

8

El viejo Thirkettle siguió sentado otra media hora. Esperaba la escena de la seducción. La heroína salvó su virtud, pero perdió la atención del señor Thirkettle, que se agachó y buscó sus botas.

Ahora le tocaba al profesor. Con mano firme, condujo al señor Thirkettle a un rincón apartado del gran café y le pidió un brandi doble. El establecimiento no tenía licencia, pero una vez más el aspecto del señor Thirkettle resultó útil. Nadie quería que muriese en el local. El encargado abrió el armarito del botiquín y sacó una botella entera.

—¡Muy bien!, —exclamó el profesor Pounce.

El señor Thirkettle no era un desagradecido. Y además tenía un aguante notable. Cuando por fin habló, lo hizo durante casi dos horas. Para entonces, el profesor Pounce sabía tanto sobre la historia privada de Gillenham como el ángel registrador, o tal vez un poco más.

9

—¡Nicholas, cariño!, —exclamó la señora Pounce.

Tal es el poder del amor materno que se había aventurado de nuevo, y a las nueve de la noche, a acercarse a lo que sin duda consideraba el peligroso entorno de la piedra. Pero se mantuvo a una distancia muy prudente.

—¡Está oscureciendo!, —le dijo.

—Pues será mejor que me hagas llegar el *Anna Karenina* y una linterna —replicó estoicamente su hijo.

—¡Pero no puedes quedarte aquí toda la noche, cielo! Estoy segura de que no es eso lo que querría tu tío.

—Claro que sí —dijo Nicholas—. ¿Aún no ha vuelto?

—No, aún no —le confirmó abatida la señora Pounce—. Es rarísimo, no entiendo nada, pero me he enterado en la oficina de correos de que cogió el autobús de Ipswich esta mañana. Y te lo digo en serio, Nicholas, no pienso quedarme sola toda la noche en ese viejo caserón.

—Está Carmen.

—Quiero decir sin un hombre. Nicholas, ¡tienes que volver conmigo ahora mismo!

Nicholas no era reacio a la idea. Tenía frío y estaba agarrotado, además de aburridísimo, y la perspectiva de pasar toda una noche sentado en la piedra no le atraía en absoluto.

—De acuerdo —cedió—. Será mejor que me lleve esto otra vez.

—¡De eso nada!, —gritó la señora Pounce—. ¡No dejaré que la metas en casa!

—La pondré en el jardín.

—Ni se te ocurra. Déjala donde está.

Esta extraña firmeza, sin precedentes, puso a Nicholas en un brete. No podía llevarse la piedra, no podía dejarla donde estaba, no podía abandonar a su madre viuda. Se preguntó si habría algún sitio donde pudiera conseguir un perro grande: un perro enorme, encadenado a la piedra, satisfaría incluso al profesor Pounce. Pero el único perro grande que conocía era el de los Pye. Pensó en camuflarla, una cubierta de ramas; entonces recordó que el serbal, según decían, sobre todo el serbal de cazadores, tenía ciertas propiedades mágicas en sí mismo: en combinación con la piedra de la castidad, ¿qué poderosos e inimaginables hechizos no podrían desatarse? Debe tenerse en cuenta que ya era casi de noche; en la creciente penumbra, la piedra parecía mucho más grande. Un murciélago pasó aleteando de repente y tanto Nicholas como su madre se sobresaltaron.

—Ponle una papelera encima —susurró la señora Pounce.

—Demasiado chocante —dijo Nicholas, también en voz baja—. Podría llamar la atención.

—Pues una caja. Hay una caja vieja de azúcar en el cobertizo…

A Nicholas le pareció buena idea. Sin dejar de mirar hacia atrás, acompañó a su madre a casa, encontró la caja y se apresuró a volver con ella a las orillas del arroyo Bowen. Encajaba muy bien, pero al tapar la piedra notó una leve punzada de aprensión, como si

estuviera restando dignidad a aquel objeto inanimado. La caja tenía un letrero estampado en grandes caracteres: INSTANTÁNEO PARA DULCES.

Nicholas la encajó a presión y se fue corriendo. Ya era muy tarde.

10

Era aún más tarde cuando regresaron el profesor y el señor Thirkettle. Era casi medianoche. Pero volvieron con estilo, en un coche alquilado y con chófer, porque habían perdido el último autobús. Lo perdieron por varias horas, pues habían asistido sin planearlo a un baile de la Liga Primrose. Se celebraba en el Gran Hotel, donde estaban cenando, y el sonido de la música y la imagen de las mujeres en traje de noche habían entusiasmado de tal forma al señor Thirkettle que el profesor pagó dos entradas. (Hubo algún problemilla para que admitiesen al señor Thirkettle, pero el profesor Pounce lo presentó sin escrúpulos como el miembro más veterano de la Liga Primrose en el Anglia oriental y prometió que no bailaría). Ya habían cenado, pero cenaron otra vez en el baile y el profesor pidió una botella de champán. Fue en conjunto la experiencia más gloriosa de la vida del señor Thirkettle. Durante la última hora, más o menos, fue incluso incapaz de hablar, pero cuando por fin estuvieron en el umbral de su casa, esperando a que su hija les abriese la puerta, se recompuso para hacer un último esfuerzo.

—Esta noche —afirmó el anciano— he vivido la vida.

—Yo también he disfrutado —dijo el profesor con educación.

—¡He vivido la vida!, —repitió el señor Thirkettle, que se tambaleaba un poco. La puerta se abrió detrás de él y el viejo se sentó. Sobre su cabeza apareció el rostro iracundo de una mujer de mediana edad. El señor Thirkettle la ignoró: estaba catalogando sus recuerdos.

—Primero ese cine tan estupendo —musitó— y luego nuestra agradable conversación. Y después una panzada de riqueza entre mujeres con los hombros desnudos y luego volver en automóvil. Ha sido…

—¡Papá!, —gritó enfadada su hija—. ¿Dónde has estado?

—Viviendo la vida —dijo el señor Thirkettle—. Buenas noches, criatura.

—Buenas noches —contestó el profesor—. Buenas noches, señora.

Por encima del carcamal desorejado que era su padre, la señorita Thirkettle le dirigió una mirada furiosa.

—Si ha sido usted el que lo ha arrastrado a esto —dijo con acritud—, debería avergonzarse. Podría haberlo matado.

Y en realidad, aunque esto no se supo hasta el día siguiente, parecía muy probable que lo hubiera hecho.

CAPÍTULO 12

1

El viejo señor Thirkettle yacía inmóvil en un estado de semicoma, aferrado con fuerza a un corcho de champán. Todo el mundo dio por hecho que estaba a punto de morir y que, si moría, el profesor Pounce lo habría matado. Mucha gente pensaba que Sarah Thirkettle debía recibir una indemnización; un grupo más reducido pensaba que el profesor debía recibir una medalla. La emoción que dominaba al propio profesor puede deducirse de una breve conversación que mantuvo con Nicholas el miércoles por la mañana.

—¡Tío Isaac!, —lo llamó Nicholas al volver, pálido, de su periplo a por la leche. Corrió escaleras arriba y llamó a la puerta de su tío —. ¡Tío Isaac! Ha ocurrido algo terrible.

El profesor salió como un resorte.

—¿Con la piedra? ¿Es que alguien la ha… mutilado?

—No, señor. Al viejo señor Thirkettle. Creen que se está muriendo.

Pounce dejó escapar un largo suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios que he llegado a tiempo!, —exclamó con reverencia—. Creo que tengo anotada hasta la última palabra de nuestra conversación.

Nicholas se agarró a la barandilla.

—Espero, señor, que sea capaz de ver las cosas con la misma distancia cuando le encierren por asesinato. No sé qué le haría ayer al anciano, pero su hija quiere que le arresten.

—Entonces será mejor que pases mis notas a máquina esta mañana.

Por un momento, Nicholas se representó la vívida y gratificante imagen de su tío en el banquillo de Old Bailey. Le estaría bien empleado. No es que quisiera que lo ahorcasen, pero le daba la

impresión de que solo la inminente posibilidad de tal destino podría hacer que el profesor Pounce adquiriera un sentido proporcionado de su propia y relativa importancia entre una población mundial de dos mil y pico millones de personas.

2

El día fue pasando nublado por rumores y temores. Un médico del sistema público local, al que hicieron acudir a toda prisa, confirmó que el viejo señor Thirkettle estaba en efecto a las puertas de la muerte. La casa de los Thirkettle empezó a recibir un constante goteo de visitas de posibles dolientes. El señor Thirkettle les mostraba a todos su corcho sin decir nada: era su premio, su trofeo, el símbolo de la vida que con tanta avidez había vivido y que parecía tan probable que abandonase en breve. Causó una honda impresión, ya que en Gillenham nunca se había visto, ni mucho menos tocado, un objeto semejante; y hubo cierta rivalidad en cuanto a quién debía ser, en este sentido, su legatario. El anciano no tenía nada más que dejar en herencia. La pensión se la había gastado con regularidad en el Grapes, su guardarropa era insignificante; pero valía la pena tener un corcho de champán.

—Déjamelo a mí —le instó el joven Arthur— y lo pondré en la chimenea para que todos lo vean. Lo meteré en la vieja taza de afeitar del abuelo y será un recuerdo, como un homenaje a los dos.

El anciano Thirkettle pestañeó, hasta los párpados los tenía callosos, pero no dijo nada. Aunque no podía hablar, había algo en su actitud que sugería que estaba abierto a recibir ofertas.

—Si me lo dejas a mí —dijo el viejo señor Uffley—, tendrás una corona de flores traída de Ipswich que despertará la envidia en tu entierro…

La posible detención del profesor Pounce también suscitó mucho interés. Era el responsable directo del estado del señor Thirkettle, pero Sarah Thirkettle, al hacer demasiado hincapié en ello, perdía simpatías más que lo contrario. A medida que salían a la luz más y más detalles de su calaverada, crecía el sentimiento, sobre todo entre la parte masculina de la comunidad, de que por una noche de juerga como aquella un hombre de la edad del señor Thirkettle bien

podría estar dispuesto a arriesgar la vida. Era una lástima, dijo con franqueza el viejo señor Fox, que no hubiera podido estar también con una mujer, pero por lo demás la generosidad del profesor Pounce fue distinguida con el mayor reconocimiento y en la barra del Grapes, donde se decidían finalmente todas esas cuestiones, se acordó que no había por qué detenerlo hasta que su agasajado estuviera muerto de verdad.

3

Entonces comenzó un periodo extraño, un periodo de dicha, muy distinto a cualquier otro de la estancia de los Pounce en Gillenham. Sobre el pueblo se cernía la sombra de la muerte, sobre la vieja casa señorial la amenaza de una acusación de asesinato y, sin embargo, una curiosa felicidad, un hechizo de buen clima moral y emocional, aligeraba el aire. Y esto se debía a la presencia de Bridget Crowner.

Recibieron su primera visita el mismo miércoles por la tarde. Sabía lo del señor Thirkettle y, con una exquisita compasión (hacia la persona equivocada, a juicio de Nicholas), solo habló del inmenso disfrute que con tanta generosidad le había proporcionado el profesor Pounce. A la señora Pounce la encandiló por completo y sin esfuerzo y entró en la cocina de la señora Leatherwright sin que esta la reprendiera. El efecto más interesante, sin embargo, fue el que tuvo sobre Carmen: esta última simplemente se retrajo, no en su presencia física, sino, por así decirlo, en la espiritual; de algún modo logró atenuar la fuerza de su personalidad. Ahora podías mirarla sin pestañear. Bridget la miraba mucho, con franca admiración, y le comentó a Nicholas que le encantaría hacer un retrato de la señorita Smith. «Le costaría media corona por hora», respondió Nicholas con desgana, tras lo cual Bridget, enterada así de la fama de la señorita Smith, empezó a tratarla con una ingenua deferencia. Y eso era, con mucho, lo mejor que podía haber hecho, ya que impedía, de la forma más natural e incluso halagadora, cualquier tentativa de intimidad.

Por lo demás, su conversación demostraba que era inteligente, pero no demasiado entendida; nunca decía nada ingenioso ni fuera de lo común, pero sabía escuchar. Tenía una mente ágil y positiva;

cuando el profesor la obsequió con algunas de sus leyendas nórdicas más selectas, enseguida pensó en adaptarlas a versiones más sencillas para los niños del parvulario y tomó nota de los libros de referencia. Era evidente que se tomaba muy en serio la enseñanza y también que la disfrutaba; apreciaba tanto su importancia fundamental como la diversión de los detalles. Le hizo al profesor una cajita y un pájaro de papel, riéndose de sí misma por su destreza con las manualidades, y luego, por pura fuerza de la costumbre (según dijo), hizo otra cajita y otro pájaro para Nicholas, para que no hubiera favoritismos…

—Así se ve —observó el profesor mientras la señora Pounce se llevaba a Bridget arriba para enseñarle fotografías familiares— cómo debieron acuñarse ciertas frases ahora tan trilladas. «Un rayo de sol», por ejemplo, «un rayo de sol en la casa». Hoy apenas se pueden utilizar si no es en tono de burla, pero ¡qué felices, qué asombrosamente apropiadas, debían sonar en otro tiempo!

Nicholas asintió. Esperaba, aunque sin mucho optimismo, que su madre no hubiera traído consigo su fotografía favorita, una de él con tres años.

—No se les puede proteger —dijo el profesor con tristeza.

—¿Proteger a quién, tío Isaac?

—A los jóvenes. «La flor de la edad», ahí tienes otra frase. No la eflorescencia, por supuesto, sino esa fina y delicada capa de gracia. No se puede conservar. Tiene que desaparecer. Pero cuando uno ve a tantos jóvenes como veo yo en proceso de perderla, se entristece. Hay que curtirse. Me atrevo a decir que es eso lo que me ha convertido en el viejo cascarrabias que soy.

Esta dulcificación del profesor Pounce no fue el efecto menos notable de la influencia de la señorita Crowner. Sin embargo, fue muy breve. El viejo se quedó pensativo unos segundos más y luego se espabiló y señaló que no había necesidad de que Nicholas acompañara a Bridget a la vicaría; lo haría él mismo. Y así lo hizo en cuanto ella bajó las escaleras, dejando a Nicholas y a Carmen observándolos desde la puerta.

—Bueno —dijo Nicholas cuando los perdieron de vista—, ¿qué te parece?

Carmen le dirigió una larga mirada despectiva. Su personalidad había vuelto a expandirse al máximo.

—No deberías preguntar —repuso—. No deberías *preguntarme a mí* por *ella*. Si no lo sabes, ya te lo digo. Es de esas que son demasiado buenas para cualquier hombre sobre la faz de la tierra y demasiado buena para que yo hable de ella. Es como… —Hizo una pausa, para pensar—. Como el Ave María, llena de gracia…

Nicholas nunca se había sentido sermoneado con tanta razón.

4

—Con una paloma de porcelana encima —regateó el viejo señor Uffley—. De metal pintado de Ipswich, con agujeros para poner flores, y una paloma de porcelana encima…

Se refería a la corona que debía adornar, si se daban las circunstancias, la tumba de su amigo. El señor Thirkettle no dijo nada. Tenía que ser muy prudente. Su viejo mecanismo aún funcionaba, pero por los pelos. Rechazaba en silencio todas las medicinas (y desde luego el médico no lo presionaba) y se alimentaba a base de gachas mezcladas con brandi, obsequio de la señora Powley. Parecía un milagro que siguiera respirando. Dos veces ya su hija, temiéndose lo peor, había hecho llamar al señor Crowner, pero cuando el vicario se acercaba, el parpadeo de unos ojos burlones aliviaba y desconcertaba a la vez a los dolientes. El señor Thirkettle seguía vivo y aún tenía su corcho de champán.

5

Si el profesor estaba ahora alegre y francamente enamorado de la señorita Crowner, la señorita Crowner no proclamaba con menos franqueza su afecto por el profesor. Salían a pasear juntos, iban a buscar setas y jugaban al tenis en el jardín. Bridget jugaba tan bien como Carmen, pero no dejaba en ridículo al profesor. Ganaba con alegría y se lamentaba en voz alta las raras veces que lo hacía él. Acordaron volver a reunirse una vez al año, durante la primera semana de agosto, y el profesor Pounce la invitó a todas las veladas anuales de la Sociedad Folclórica de Gran Bretaña e Irlanda del Norte.

Nicholas los miraba con envidia. A veces, al observar la plena felicidad de su relación, casi deseaba cambiar su propia juventud y vigor por la plácida edad de su tío. Para él, el amor tenía poco de feliz; solo sabía que estaba ahí, que había llegado, y que tendría que encontrar la forma de vivir con ello. En cierto sentido, era como descubrir que sufría una enfermedad, que tenía el corazón débil o alguna alergia. Cuando Bridget no estaba, se pasaba las horas imaginando largas conversaciones íntimas con ella —de un ingenio deslumbrante y un patetismo conmovedor— y oportunidades para hacer gala de heroísmo. Hasta se vio rescatándola de un incendio. En su presencia, se quedaba mudo con una sonrisa absurda o con la mirada sombría. Si al pasarle una taza de té sus manos se rozaban, la suya se estremecía. Al parecer, ella no lo notaba. Conservó con todo cuidado la cajita de papel y la llevaba siempre en el bolsillo de la pechera. También se volvió muy consciente del paso del tiempo y, en cualquier momento, habría podido decir con exactitud cuántos días y horas quedaban para que la joven se fuera de Gillenham.

Pero lo más importante de todo era que ya no deseaba besar a Carmen.

Aquella ardiente y desasosegada pasión se había apagado y necesitó echar mano de toda su sofisticación para convencerse de que no se avergonzaba de ello. Quería confesarse y recibir la absolución. ¿Pero confesarse a quién? ¿A Bridget? ¿A su tío? ¿A la mejor amiga de un muchacho, su madre? Nicholas reculaba ante cualquiera de ellos, pero la necesidad persistía y al final, por extraño que parezca, se confesó con la señora Powley.

No era su intención, pero estaban solos en el *pub* justo después de abrir y fue ella quien mencionó primero el nombre de Carmen al comentar que la señorita Smith había estado allí la noche anterior.

—¿Con el señor Pye?, —preguntó nervioso Nicholas.

—Ella sola. Se pagó su copa y volvió a irse. Esa mujer es un misterio.

—Es muy atractiva —repuso Nicholas.

—Eso también —asintió la otra.

—En cierto modo, claro. De hecho, cuando llegamos aquí, yo mismo me sentí un poco atraído por ella.

—No le culpo —dijo la señora Powley.

Nicholas tenía los ojos clavados en el vaso.

—En realidad, supongo que fui un poco imbécil.

La señora Powley lo miraba con amabilidad.

—Es como meter los dedos en el tarro de la mermelada, ¿no? Luego se te revuelve un poco el estómago.

—Eso es, exactamente. Sobre todo…

—Sobre todo —terminó la mujer del tabernero— cuando ya los han metido otros muchos.

Lo cierto es que Nicholas sí tenía el estómago revuelto.

—Y no entiendes cómo has podido —dijo—. Luego, cuando deseas no haberlo hecho.

—Yo no me preocuparía tanto —le aconsejó la señora Powley—. No creo que fuera más que algún beso a hurtadillas detrás de una puerta y, donde hay una puerta a mano y un ejemplar como ella detrás, no se puede culpar a ningún muchacho. La mermelada es la mermelada.

Nicholas esbozó una débil sonrisa.

—Y la dulzura abre muchas puertas —bromeó.

—Así me gusta, mucho mejor. Ahora olvídese de todo eso, criatura, y tómese otro trago, que yo le invito.

Bebieron con gran cordialidad y Nicholas hizo otros chistes malos, pero la señora Powley se rio, generosa, con todos ellos. Dudaba si estaría bien dejar que el joven señor Pounce se emborrachase de verdad y terminase de vomitarlo todo, pero decidió que ya había tenido purga suficiente y lo despachó aún bastante locuaz, pero caminando derecho.

6

En el camino de vuelta le ocurrieron dos cosas bastante interesantes. En primer lugar, se cruzó con Carmen.

—¡Hola, desconocido!, —lo saludó ella.

—¡Hola, tarro de mermelada!, —dijo Nicholas.

La mirada de Carmen se endureció.

—Has estado bebiendo.

—Sí —asintió Nicholas—, pero no mucho. Se te está deshaciendo el moño por detrás.

Con una mano, le acomodó el cabello leonado. Una semana

antes, ese contacto lo habría hecho estremecerse de arriba abajo. Una hora antes no se habría atrevido a tocarla. Ahora le recogía los mechones sueltos sin la menor emoción. Estaba curado.

Carmen lo miró pensativa y se alejó.

7

Nicholas también siguió su camino, pero en dirección contraria. Se sentía bastante satisfecho de sí mismo. Un minuto después, sin embargo, su nuevo aplomo recibió un duro golpe. Como si todo su pasado amoroso se empeñara en ajustar cuentas a la vez, se encontró de pronto frente a Mildred Hyatt.

Era en verdad sorprendente que no se hubieran cruzado antes porque si Nicholas, desde la charla interrumpida sobre *Lo que el viento se llevó*, se había desviado sistemáticamente de su camino para evitar a la señorita Hyatt, también la señorita Hyatt se había desviado del suyo para evitar a Nicholas. Pero así fue y, ahora, se reencontraron por primera vez cara a cara en la escalerilla de un cercado y sin ninguna otra alma a la vista.

—¡Ah, hola!, —dijo Nicholas.

—Hola.

Los dos estaban abochornados. Ambos revivían con exactitud, en su mente, las circunstancias de su último encuentro.

La señorita Hyatt llevaba el mismo jersey naranja de cuello alto y Nicholas no podía dejar de mirarlo. Con la misma idea de alejarse el uno del otro lo antes posible, hicieron un intento simultáneo de cruzar la cerca y se encontraron prácticamente mejilla con mejilla.

—Lo siento —dijo Nicholas al tiempo que retrocedía—. Deje que la ayude.

—No, gracias —repuso la otra.

Ella cruzó desde su lado y luego Nicholas cruzó desde el suyo. Sintió que tenía que decir algo más, así que le preguntó por su trabajo. La señorita Hyatt respondió que iba bien.

—¿Y la corte de Campanilla?

—Sí, también. Aunque me temo que no podré utilizar sus versos. Son un poco… —Y sonrió de oreja a oreja—. Demasiado tontos. Adiós.

Nicholas llegó a la vieja casa señorial completamente sobrio.

8

—¡Al infierno las palomas!, —dijo el señor Thirkettle.

Eran las primeras palabras articuladas que pronunciaba desde hacía días y no fueron en absoluto lo que esperaban aquellos que lo velaban. El viejo señor Fox, el viejo señor Uffley, el joven Arthur y el médico, sentados alrededor del lecho de muerte, intercambiaron miradas de asombro.

—Está divagando —dijo el joven Arthur.

—De eso nada —replicó el señor Thirkettle, débil pero firme—. Estoy hablando con James Uffley, que me ha ofrecido una elegante corona de metal de Ipswich con una paloma de porcelana arriba…

El señor Uffley asintió con entusiasmo.

—Pues al infierno las palomas —reiteró el señor Thirkettle—. Que me invite a un par de pintas todos los días si las pido y se podrá quedar con mi elegante corcho de champán, el que me traje de aquel gran festín.

Se hizo un breve silencio, un silencio lleno de intensos y frenéticos cálculos. Por su aspecto, parecía evidente que el señor Thirkettle no aguantaría otras veinticuatro horas, pero ya había aguantado, contra toda expectativa, casi una semana. El señor Uffley alargó la mano y tiró al doctor de una manga.

—Acompáñeme fuera —murmuró— y díganos qué probabilidades…

Capítulo 13

1

Con la primera reaparición del señor Thirkettle en el Grapes terminó aquel extraño interludio idílico. Salió arrastrándose a la luz del sol, bien envuelto en un viejo mantón, con más aspecto de tortuga que nunca, y exigió triunfante sus dos pintas. El médico había fallado al señor Uffley: había dado una probabilidad de treinta a uno contra la recuperación de su paciente y el señor Uffley había cerrado el trato. El corcho de champán ya estaba en su poder, pero ahora, mientras observaba a su amigo beberse pensativo la cerveza, lo asaltaban las dudas. Con cada trago el señor Thirkettle parecía recobrar fuerzas y su primer brindis no fue en absoluto tranquilizador.

—¡Por mi buena salud!, —dijo el viejo.

Y todos bebieron a su salud. Qué menos podían hacer cuando hacía tan poco que lo habían dado por muerto.

—Dos pintas siempre que las pida —continuó soñador el señor Thirkettle. Y dirigió al señor Uffley una mirada afable pero traviesa —. Creías que ya estaba en el hoyo, criatura, y no te culpo. Pero ahora seré el saco de huesos más viejo que esta parroquia haya visto jamás. ¿Y por qué? Porque ahora —recalcó— tengo algo por lo que vivir.

2

El día de la resurrección del señor Thirkettle fue el día de la partida de Bridget y, por tanto, un día de extrema agonía para Nicholas Pounce. Se pasó la mañana vagando infeliz y la tarde como el desdichado carabina de las alegres y afectuosas despedidas de Bridget y su tío, pero después del té salió y se apostó con descaro en la cancela de la vicaría. Había tomado una decisión desesperada:

iba a declararse.

Era la primera vez en su vida que se planteaba siquiera algo así y no era muy optimista. De hecho, su única esperanza —¡y qué remota!— residía en su total ignorancia respecto a los sentimientos que Bridget albergaba hacia él. La joven siempre lo había tratado con mucha simpatía, pero trataba así a todo el mundo; si ocultaba una pasión más profunda, lo hacía con mucha astucia. Era evidente, sin embargo, que se cuidaría de no revelar sus propios sentimientos hasta estar segura de los de él, una teoría victoriana a la que Nicholas se adhería ahora por instinto sin darse cuenta siquiera de que era victoriana. Bajo su influencia, había concebido una ensoñación especialmente preciada para él, en la que la respuesta de la señorita Crowner a su declaración era un simple: «¡Ay, Nicholas, por fin!», tras lo cual las nubes de gloria lo abrumaban de tal manera que nunca podía ir más allá. Creía que, por oír a Bridget decir «¡Por fin!», daría de buena gana diez años de vida, solo que no sabía quién podría quererlos… Debería existir, pensó en un arrebato, algún tipo de publicación con anuncios clasificados sobrenaturales en los que se pudieran arreglar estas transacciones: un año de la vida de un joven por una palabra amable, cinco años por un beso, diez —¡o veinte o treinta!— por oír a Bridget decir «¡Por fin!».

La puerta de la vicaría se abrió y la vio salir. Nicholas se aferró con fuerza al poste de la cancela. Llevaba un abrigo azul oscuro con el cuello blanco y zapatos de tacón, su atuendo de ciudad, sin duda, pero la cabeza descubierta.

—¡Bridget!, —la llamó con voz ronca.

Ella miró hacia donde estaba y sonrió.

—¿Qué ocurre? ¿Me he dejado algo en su casa?

Solo mi corazón, pensó Nicholas. Habría sido una respuesta bonita y muy romántica, además de precisa, pero no le salió. Durante mucho tiempo, después, se preguntó si habría cambiado algo.

—No —dijo—. No, nada. Bridget, vamos a dar un paseo.

—¿Ahora? ¡Pero si me voy dentro de diez minutos!

—Uno corto —insistió Nicholas con obstinación—. Solo hasta el final del camino. Una última vez.

Abrió la cancela y esperó. La miraba, aunque no lo sabía,

aunque no era su intención, con esa muda e implacable actitud suplicante del perro que se morirá si no lo sacan a pasear. Bridget se acercó despacio y salió junto a él.

—Solo hasta el final del camino, entonces —repitió—. Una última vez.

Los setos a ambos lados del sendero formaban como un túnel verde e íntimo. Dos personas, de tan estrecho que era, no podían caminar por allí sin rozarse las manos de vez en cuando. Nicholas avanzaba con los ojos clavados en el suelo, la respiración entrecortada y un extraño zumbido en los oídos, como si estuviera bajo el agua. Tenía que hablar ya, era su última oportunidad, pero se vio obligado a humedecerse los labios dos veces antes de poder hacerlo.

—Bridget…

—¿Sí?

Volvió a humedecerse los labios.

—Supongo que no consideraría la posibilidad de casarse conmigo, ¿verdad?

No podía mirarla, pero advirtió su consternación. «¡Diez años!, —rogó desesperado para sus adentros—. ¡Veinte, treinta años!». Pero fue inútil.

—Nicholas, querido…

—Da igual —dijo él con voz apagada—. No tiene que darme explicaciones.

—Pero quiero hacerlo.

—No esperaba otra cosa, en realidad. Pero me parecía absurdo no preguntárselo mientras tuviera la oportunidad. No pasa nada.

Siguieron caminando en silencio un poco más y Nicholas notó que Bridget lo cogía por el brazo. Qué idiotez, pensó con rabia, rechazar una propuesta de matrimonio y luego ir y tocarlo. No era justo. Luego la miró, en respuesta a su gesto, y toda ira se desvaneció.

—Lo siento mucho —dijo Bridget—. No es por… No tiene nada que ver *con usted*. Pasará un tiempo hasta que me plantee casarme con alguien.

—Puedo esperar, si sirve de algo.

—No lo creo, mi querido Nicholas. Es demasiado joven.

—No seré tan joven si esperamos.

—Demasiado joven comparado conmigo, quiero decir. Espero que no lo esté pasando mal.

—Bueno, no puedo dormir.

Bridget pareció afligirse ante aquello.

—¿Ha probado a tomarse un vaso de leche caliente antes de acostarse?

Una auténtica compasión le dulcificaba la voz. Nicholas observó la encantadora sinceridad de su rostro, sus dulces ojos inocentes, y de repente se volvió y arrancó de un tirón una ramita del seto. Era inútil intentar explicárselo. Sería como tratar de abrir una flor antes de tiempo. Simplemente, no tenía ni la menor idea de lo que era estar enamorado.

—Muy bien, probaré con la leche.

No estaba enfadado con ella. De pronto solo quería protegerla. Quería aconsejarla.

—Supongo que los hombres se enamoran de usted constantemente.

Bridget pensó en ello con seriedad.

—Muchos sí. O eso dicen. A veces es bastante molesto.

—Espero que tenga cuidado —dijo inquieto Nicholas.

—No me refiero a los hombres que me pueda cruzar en un tren.

No, pensó Nicholas observándola, un hombre de esa especie no se atrevería a molestarla. A menos, claro, que fuera borracho. La idea lo llevó a pensar en otra cosa.

—Supongo que tendrá cuidado al pasar por delante de los *pubs* y sitios así. Quiero decir que, si hay una parada de autobús a las puertas de un *pub* y otra un poco más adelante, debería esperar siempre en la otra.

Ella asintió muy seria.

—Lo sé. A veces me hablan por la calle, de noche, pero solo me dicen: «Hola, Ricitos de Oro» o alguna tontería por el estilo. La mayoría son obreros, mensajeros y tipos así. Creo que se quedarían de piedra si les contestara. Últimamente —añadió frunciendo el ceño— les ha dado por decir: «Hola, muñeca». Creo que es por las películas americanas.

Nicholas se estremeció. La idea de que Bridget reflexionara sobre las frases de galanteo de la metrópoli le provocaba un sudor frío.

—Prométame —le pidió con vehemencia— que *nunca* contestará a esa gente.

—Nunca lo hago. Pero si quiere, se lo prometo.

—Y si alguno la importuna de verdad, dígale lo que me ha dicho a mí. Que prueben a tomarse un vaso de leche caliente. Ha tenido un efecto muy apaciguador.

Bridget se volvió y lo miró a los ojos.

—Cree que soy una niña, ¿verdad? ¿Cree que, cuando menciona la palabra «amor», no sé de qué está hablando?

Nicholas guardó silencio.

—No lo sé —siguió ella—. Es cierto. Pero me lo puedo imaginar.

No, no puede, pensó Nicholas. No la agitación ni la pasión, ni los sueños y deseos que no te dejan dormir solo en una cama fría. No puedes imaginarte eso, amor mío…

—No es que lo evite porque le tenga miedo —dijo Bridget—. Solo estoy esperando.

Habían vuelto a la valla de la vicaría. Ella se detuvo, le tendió la mano y dejó que Nicholas la tomara entre las suyas mientras le decía cuánto deseaba volver a verla. No había nada más que decir. No lo estaba esperando a él. Quería creer que estuviera esperando a un héroe médico, a un distinguido artista, incluso a algún noble millonario, sin más, para que sus fotografías pudiesen adornar y refinar la prensa ilustrada. Pero mucho se temía que estuviera esperando a algún viejo canalla con el corazón débil.

—Carmen tenía razón —musitó—. No hay ninguno.

Y antes de que Bridget pudiera preguntar, dio media vuelta y se marchó.

3

De modo que el interludio acabó. Bridget se había ido.

Una vez más, la edad demostró ser un grado. Nicholas siguió deambulando toda la tarde, visitando de nuevo cada uno de los lugares que la joven había santificado con su presencia, y de cada seto o prado arrancaba una flor. La mayoría eran dientes de león, lo único que encontraba. No se estaba comportando en absoluto como el Nicky Pounce del

John’s,
al que le gustaban las mujeres maduras. Se comportaba como un ternero enamorado, pero le daba igual. El profesor, sin embargo, se retiró a su estudio y enseguida se olvidó por completo de la señorita Crowner para esbozar una invitación dirigida a las mujeres de Gillenham que quisieran acudir a poner a prueba su castidad el sábado a mediodía.

Lo redactó en forma de aviso público, tal y como sigue:

PRUEBA DE CASTIDAD

> El próximo sábado, a las doce del mediodía, tendrá lugar una prueba de castidad en el arroyo Bowen. Cualquier dama que desee participar puede anotar su nombre a continuación. La colaboración es gratuita. Cabe destacar que todas las participantes estarán contribuyendo a un valioso experimento científico y su cooperación es muy bienvenida.
> •Dios salve al rey
> (Firmado) ISAAC
> POUNCE
>
> La vieja casa señorial

Luego salió en busca de Nicholas, al que encontró volviendo por el camino con un ramillete de hierbas mustias.

—¿Qué es eso?, —le preguntó el profesor distraído por un momento—. ¿Para una ensalada?

—No —repuso Nicholas.

—Los dientes de león son bastante sabrosos —comentó el otro en tono informativo—. Al menos las hojas. Con aceite y vinagre, por supuesto.

Nicholas se metió el desvencijado ramo en el bolsillo. Se sentía herido y maltratado. Bridget se había ido, y con ella la luz de su vida, y él ni siquiera podía llevarse a casa un patético recuerdo sin que su tío quisiera comérselo…

—Lo que necesitas —le dijo el profesor sin ningún tacto— es mantenerte ocupado. ¿Se te da bien la caligrafía?

—Bastante, señor. ¿De qué tipo?

—Gótica. —Su tío sacó el borrador que había preparado—. Quiero que escribas esto sin demora, en tamaño cartel.

Nicholas cogió el papel. Hasta ese momento había creído que

jamás podría volver a sentir nada que no estuviera relacionado con la señorita Crowner; ahora descubrió que, en lo que se refería a su tío, aún podía sentir aprensión.

—¿Qué piensa hacer con ello, señor?

—Colgarlo, por supuesto.

—¿En el pueblo?

—Obviamente. En la puerta de la iglesia.

—Yo que usted no lo haría —dijo Nicholas.

—¿Por qué no?

—Bueno, señor, puede que al vicario no le guste. A la señora Crowner seguro que no. Y la iglesia es más bien su territorio.

—¡Menuda tontería!, —exclamó el profesor Pounce—. Las puertas de las iglesias han sido desde los tiempos más remotos un tablón de anuncios admitido por todas las comunidades rurales. Y yo haré uso de ello.

—Como quiera —cedió Nicholas sin fuerzas—, supongo que no durará mucho.

—No tiene por qué, si lo haces bien. Soy tan consciente como tú de las susceptibilidades del señor Crowner. Por eso —le explicó el profesor complacido— he dicho «gótica». Si no sabes cómo es, coge el devocionario de tu madre y averígualo.

4

Esa misma tarde, el coche que se llevó a Bridget se cruzó con otro más grande en el que viajaban dos personas que (como ya se ha dicho) tienen muy poco que ver con esta historia. Eran el delegado unionista, el señor Pomfret, y James Coulter, diputado. Ya era miércoles, el día acordado para el discurso del joven señor Coulter sobre el sistema monetario decimal. Los dos Sprigg se habían echado atrás a última hora: lady Sprigg porque tenía una buena gripe y sir Peter porque la indisposición de su esposa le daba una excusa tan providencial que pensó que sería nefasto ignorarla. De modo que el señor Coulter y el señor Pomfret llegaron solos a Gillenham.

—Me temo —dijo este último— que no podré hacer más que presentarle y desaparecer. Tenemos invitados a cenar y le he

prometido a la señora Pomfret que estaría de vuelta a las siete en punto.

—Es muy amable por su parte haber venido —repuso el señor Coulter.

El delegado no lo contradijo. Los diputados no tenían ningún encanto para él. Pensó que este, en concreto, habría hecho mucho mejor quedándose tranquilamente en casa hasta que su partido lo convocara.

—Puede que no tenga mucho público —le advirtió—. No diría yo que Gillenham sea un pueblo muy inclinado a la política.

—No voy a hablarles de política. Les hablaré de…

—Claro —lo cortó el señor Pomfret. No tenía ningún interés en oír el discurso de antemano. Esperaba, con suerte, no tener que oírlo en absoluto—. Hemos llegado. Nos han cedido la habitación que hay detrás del Grapes, una casa muy respetable. Hablaré con la señora Powley antes de subir.

El señor Coulter, con idea de no hacer una aparición demasiado corriente, esperó fuera hasta que el delegado reapareció y lo hizo pasar por una puerta lateral. Subieron un tramo de escaleras, cruzaron una segunda puerta y salieron a una pequeña tarima al final de un largo y estrecho desván. Detrás de ellos había una especie de telón pintado con palmeras, cortinas rojas y un medallón con el retrato de la reina Victoria; delante, unos cuantos bancos ocupados por unas treinta personas, en su mayoría hombres. Al ver al delegado arrastraron mecánicamente los pies; al ver al señor Coulter, se limitaron a mirarlo. En la tarima había dos sillas, una mesa de bambú y una pila de sombrereras viejas que la señora Powley había olvidado recoger.

No era un escenario muy estimulante, pero el señor Coulter, como el veterano de guerra que dice «¡Ja!», se aclaró la garganta y sonrió a todo el mundo y, con atención especial, al señor Pomfret. Los dos se sentaron y luego el señor Pomfret volvió a levantarse.

—Señoras y señores —dijo—, es para mí un gran honor traer aquí esta tarde al señor James Coulter, diputado, que les hablará del sistema monetario decimal. No les robaré más tiempo, pues sé que están deseando escucharlo. Señor James Coulter.

Hubo otro mecánico arrastrar de pies cuando el señor Coulter se levantó y avanzó al frente de la tarima. Llevaba corbata blanca y

frac, y ahora se preguntaba si no habría sido un error. Al contemplar aquellas filas de aldeanos impasibles se sintió un poco como su compatriota de la leyenda, el que todas las noches se ponía una camisa almidonada para comer mono asado en la selva. Pero no había tiempo para esas reflexiones; los pies volvían a arrastrarse.

—Buenas tardes a todos —dijo en tono jovial.

Siempre se mostraba jovial con el público de las zonas rurales. Le habría gustado decir «Buenas tardes, amigos», pero le parecía un americanismo excesivo. Debía tener mucho cuidado.

—Buenas tardes a todos —dijo por tanto el señor Coulter—. Ustedes no me conocen, no soy su diputado local. Su diputado local es el señor Muirhead, a quien sí conocen muy bien…

—No lo he visto en mi vida —comentó una voz con aire coloquial.

El señor Coulter miró hacia las últimas filas y se cruzó con la diminuta mirada escéptica del viejo Fox. Decidió ignorarlo.

—… Y que ha tenido la amabilidad de permitirme venir aquí hoy —continuó— para hablarles del sistema monetario decimal. No diré que es un tema que les preocupe en exceso, porque supongo que hasta ahora no han pensado mucho en ello, pero después de esta noche espero que lo hagan.

»También supongo que todos ustedes, en la escuela, pasaron por las mismas dificultades que yo con los cuatro cuartos por penique, los doce peniques por chelín y los veinte chelines por libra. Por no hablar de las medias coronas y los florines o de ese demonio de moneda de tres peniques. Es un milagro que no sigamos lidiando con las monedas medievales. Pero pensemos en los niños estadounidenses, en los niños franceses. ¿Tienen ellos que pelearse con estas peculiares fracciones y subfracciones? No, ellos no. Cien centavos hacen un dólar, cien céntimos hacen un franco. Ya está. Eso es literalmente lo único que tienen que aprender. Lo han aprendido ustedes ahora, en cinco segundos. Y en lo que respecta a las medidas de peso… ¿Tienen que preocuparse los niños americanos, por ejemplo, de lo que es una “piedra”?

Por algún motivo, los asistentes, hasta entonces apáticos como borregos, se incorporaron en sus asientos. El señor Coulter se animó.

—¡No, ellos no!, —exclamó alzando la voz y más jovial que

nunca—. Ellos dicen «catorce libras», que es lo que pesa. Nosotros, por alguna extraña razón, insistimos en usar la «piedra». No sé de qué nos sirve…

Desde algún punto del fondo llegó una segunda voz, esta vez femenina.

—¿Y la piedra de la castidad?

—¿Disculpe?, —dijo el señor Coulter.

—Digo que qué pasa con la piedra de la castidad.

El diputado, vacilante, hizo una breve pausa.

—¿La piedra *de qué*?

—¡De la castidad!, —gritaron una docena de voces a la vez.

El señor Coulter, ya del todo perdido, buscó al moderador. Pero el señor Pomfret, fiel a su palabra, había abandonado el estrado en silencio unos minutos antes.

—Mi hija Violet —continuó la señora Brain (pues era ella la que había hablado)— dice que es cosa del Gobierno. Y *yo* digo: ¿qué van a hacer?

—Me temo —se disculpó el señor Coulter— que no tengo ni la menor idea de lo que quiere decir.

—¿No está usted en el Parlamento?

—Por supuesto, sí.

—Entonces debería saber en qué andan. Mi hija Violet dice que van a tomar cartas en el asunto…

—¿Tomar cartas en qué asunto?

—¡El de la castidad!, —gritó el coro.

El señor Coulter buscó un pañuelo y se secó la frente. El calor era agobiante. No había ni agua en la mesa de bambú…

—El sistema decimal —comenzó de nuevo— tiene al menos una ventaja fundamental: la simplicidad. Y qué mayor mérito…

—No le estamos preguntando por la simplicidad —señaló paciente el señor Fox.

—¿Y sobre qué me están preguntando entonces?

—Ya se lo hemos dicho, señor. Sobre la piedra de la castidad.

—Este no sabe nada de castidad —observó otra voz con cierto hartazgo—. Es de Londres.

—¡Muy señor mío…!

—«¡Muyyy señorrr míooo!» —se burló Tom Fletcher.

—Si tienen alguna pregunta razonable…

—¡No cree que la castidad sea razonable!, —explicó el de la voz cansada.

El señor Coulter volvió a enjugarse la frente. Se estaba volviendo loco.

—¡He venido aquí —gritó— para hablarles del sistema decimal! Si no quieren escucharme…

—A nosotros nos importa un bledo el sistema ese —admitió el señor Fletcher con franqueza—. Lo que queremos saber es qué pasa con la piedra de la castidad.

La puerta que daba al pasillo estaba muy a mano. El señor Pomfret incluso la había dejado entreabierta. James Coulter la miraba anhelante. Nunca había dejado una reunión a mitad del discurso, ni siquiera cuando volaban los huevos, pero empezaba a pensar que su salud mental era aún más importante que sus principios. Abrió la boca para hacer un último esfuerzo y, en ese momento, el público empezó a cantar. En un susurro al principio, luego con creciente brío, la vieja melodía de *El cuerpo de John Brown* se fue abriendo paso. Solo que la letra era distinta.

> El cuerpo de la abuela yace pudriéndose en la tumba,
> el cuerpo de la abuela yace pudriéndose en la tumba,
> el cuerpo de la ABUELA yace pudriéndose en la tumba,
> ¡pero su ALMA sigue marchando!

Ante la fuerza de aquel último rugido, el instinto del señor Coulter lo hizo retroceder. Miró hacia atrás, por encima del hombro, y vio dibujada la mirada de pez de la reina Victoria. Por un efecto de los pigmentos, también ella parecía mirarlo con hostilidad. «¡Venga, venga, señor Coulter!, —parecía decirle—. ¡Lord Beaconsfield habría sabido manejarlos!».

Aquello fue la gota que colmó el vaso. No podía soportar un público enloquecido por la castidad delante y a la reina Victoria detrás. Con una tímida y casi cadavérica sonrisa, el señor Coulter salió huyendo.

5

El momento de arrancar a su chófer de la barra fue algo

bochornoso; el hombre parecía sorprendido de que la reunión hubiera acabado tan pronto. También la señora Powley. Al igual que el resto de los parroquianos, uno de los cuales le explicó con educación que no había asistido a la charla porque ya se lo contarían todo los que sí habían estado. «¡Santo cielo!», pensó el señor Coulter. Le habría gustado tomarse un *whisky* bien cargado con soda, pero no había tiempo; estaba demasiado impaciente por marcharse de allí antes de que la sala de arriba se vaciara. El chófer se bebió la cerveza de un trago y lo siguió a regañadientes.

—La última reunión a la que fuimos —observó fríamente— no terminó hasta la hora del cierre.

—¿Ah, no?, —dijo el señor Coulter.

—No. Pero fue con el señor Muirhead.

El señor Coulter no contestó. Tenía a Muirhead por un viejo pomposo, pero por supuesto no podía decirlo. No dijo nada en todo el camino de vuelta. Se limitó a intentar descansar. Tenía la esperanza de que sir Peter se hubiera ido ya a la cama, pero incluso cuando llegaron aún era muy temprano.

—Vuelves pronto —le dijo su anfitrión—. ¿Una buena reunión?

—Excelente —repuso el señor Coulter—. Pero he preferido ser breve. No hay que cansar al público.

Había decidido no comentar nada en absoluto sobre su extraña experiencia. Era demasiado estrafalario, demasiado incomprensible. Además, corría el riesgo de que a sir Peter (hombre de un humor tosco) le pareciera gracioso.

—¿Qué clase de gente vive en Gillenham?, —le preguntó en cambio.

—Pues los típicos hijos de la tierra —dijo sir Peter—. No tienen nada de especial.

El señor Coulter decidió que, en el futuro, se mantendría alejado de la Inglaterra rural. Era demasiado para él.

Se fue a la cama todavía perplejo. Su carrera posterior en el Parlamento fue fructífera y feliz, empañada solo por una peculiaridad. Nunca quiso tener nada que ver con la agricultura.

En la barra del Grapes, el cuerpo de la abuela Powley se pudría y su alma seguía marchando. Jim y su mujer, que se lo tomaron como un cumplido, ofrecieron una ronda gratis. El viejo señor Fox entonaba alto y claro, las notas de pecho del joven Arthur, como de un órgano, enriquecían los bajos y la señora Powley dejó que su voz se desgarrara en una impresionante coloratura. La melodía fue elevándose *in crescendo* y sacudió el techo. Llegó hasta el final de la calle y a las casas de ambos lados, donde las mujeres que limpiaban la cocina la oyeron y empezaron a tararear. Muy pronto todo Gillenham estaba cantando, la marea de armonías emergía gloriosa de sus callejuelas y callejones, lamía los umbrales de las puertas, salpicaba de espuma las ventanas y retrocedía solo ante dos rocas inexpugnables: la vicaría y la granja Vander.

—Charles —dijo la señora Crowner—, ¿oyes cómo cantan?

El vicario asintió.

—Una fiestecilla en casa de los Powley, supongo…

Suspiró; el hombre tenía un carácter sociable, pero también un arraigado sentido de su deber como clérigo de la Iglesia de Inglaterra.

—Están cantando *El cuerpo de John Brown* —dijo su esposa.

—Y es una buena canción —repuso él—. Si tuviéramos unos cuantos himnos con esa cadencia, ese ritmo…

—Pero no cantan la letra como es, Charles. —La señora Crowner dejó a un lado su labor y entrelazó las manos con fuerza sobre el regazo—. No sé cómo expresarlo, pero es… Tiene algo que ver con ese espantoso señor Pounce. Charles, ¿cuándo vas a hablar con él?

—Pues parece que nunca —dijo su marido con pesar—. Si no me dejas.

—Ya sabes lo que quiero decir. Eres demasiado indulgente, querido. Permitiste que Bridget se pasara la mitad del tiempo con ese hombre…

—No le ha hecho ningún mal.

—Nada podría hacer mal a Bridget —declaró orgullosa la mujer —. Pero Charles, ¡escucha!

Una ráfaga de viento a favor hizo que la melodía sonase de repente más cerca y, como flotando por la ventana abierta, les llegó la clara afirmación, casi desafiante, de la inmortalidad del alma de la abuela Powley.

—¿No suena como… *impetuoso*, Charles? ¿Como si algo fuera a suceder?

—Pues deja que suceda —dijo el vicario.

Sin duda era casi un santo, pero había veces que a su mujer le daban ganas de atizarle.

7

—¡Escucha!, —dijo de pronto la señora Pye.

El señor Pye volvió la cabeza.

—Es George, que vuelve del Grapes.

—Está cantando…

—Sí.

La señora Pye se levantó y abrió la puerta, de modo que su larga sombra negra, recortada contra la luz de la lámpara, cayó como un monstruo sobre el patio.

El canto se detuvo.

8

A la vieja casa señorial no llegó ni una nota, ni un solo compás, pues el viento soplaba en dirección contraria; pero el alma del profesor Pounce, no menos que el alma de la abuela Powley, seguía marchando. Su breve descanso en compañía de la señorita Crowner había recargado una reserva ya de por sí suficiente de energía combativa: pensó en la inminente prueba de la castidad, pensó en las débiles objeciones de su sobrino y soltó una estrepitosa carcajada. Su cuñada lo oyó, Nicholas lo oyó, y para ambos fue un sonido sin duda de mal agüero.

—Nicholas, cariño —dijo nerviosa la señora Pounce—, ¿sabes de qué se ríe tu tío?

—No —dijo el joven, no del todo sincero—. Pero que se ría mientras pueda…

—¿Qué quieres decir, cielo?

—Creo que se la va a ganar. Que todos nos la vamos a ganar. Yo que tú, madre, me volvería de inmediato a la ciudad.

En alguna de las granjas cantó un gallo. Desde la habitación del

profesor llegó en respuesta un aullido de dicha primitiva.

—Nicholas —le dijo su madre—. Cariño, ¡cuánto me alegro de que estés aquí!

—Yo no —repuso él.

Capítulo 14

1

La mañana siguiente hubo mucha actividad. El profesor salió temprano y contrató los servicios del joven Arthur para que lo ayudara a colocar la piedra en su lugar original. Nicholas, con cierto entusiasmo vengativo, se puso manos a la obra con el cartel. Consiguió tinta roja y negra y una hoja grande de papel de dibujo y le dio al conjunto el aspecto más sagrado posible, enmarcando la tipografía en gruesas líneas negras con las esquinas cruzadas. Esperaba que los Crowner olieran la blasfemia y lo quitaran. El profesor Pounce, sin embargo, que regresaba acalorado, feliz y con los bajos de los pantalones mojados, quedó bastante impresionado.

—Ya ves lo que eres capaz de hacer cuando lo intentas —dijo en tono alentador—. Dame las chinchetas e iré a colgarlo antes de comer.

Nicholas le dio las chinchetas y sonrió de mala gana. Luego despidió al profesor y subió a mirar melancólico sus dientes de león. Los había dispuesto, con mucho cuidado, entre las hojas del libro más gordo que pudo encontrar, que resultó ser un volumen encuadernado con los números del *Own Paper*
Boy's
de 1880 que descubrió en el fondo de su armario. Pero en cuanto las flores estuvieran bien prensadas, pensaba trasladarlas a las páginas, más apropiadas que una revista juvenil ilustrada, del *Endimión* de Keats.

2

A las dos de la tarde había diecinueve nombres en la lista del profesor: los de la señora Powley, la señora Ada Thirkettle, Sally

Thirkettle, Grace Uffley, Violet y Mabel Brain, la señora de Jack Fletcher (todos con la letra de la primera) y doce *boy scouts*.

A las tres ya habían arrancado el cartel. No había pruebas de quién lo había hecho, aunque era el día en que la señora Crowner limpiaba los bronces de la iglesia. Por suerte, el profesor ya se había pasado a comprobarlo una vez y había tomado nota de las siete primeras firmas. (A la docena de *boy scouts* los ignoró con razón). Volvió muy animado y Nicholas lo encontró más tarde en su estudio bebiendo ginebra con vermú y trazando columnas perfectas en un práctico cuaderno de notas. Estaban encabezadas, según su plan, por las siguientes rúbricas: «Nombre y edad», «Comentarios», «Conocimiento público», «Resultado y puntuación». Nicholas no pudo evitar sentir cierto interés; miró la lista de nombres y comentó con sorpresa que era un número bastante elevado.

—Y estos no serán todos —dijo contento el profesor—. Ni mucho menos.

—¿A quién más tiene, señor?

—Bueno, está Carmen, para empezar.

—¿Carmen, señor? ¿Quiere decir que va a hacer la prueba?

—Por supuesto. Para eso está aquí. Aunque no esperaba tan buena fortuna, desde luego no he venido sin preparar. Debía asegurarme al menos un sujeto.

Nicholas se quedó boquiabierto.

—¿Quiere decir que…? O sea… En fin, señor, ¿en qué sentido?

—Si Carmen no tropieza, todo el asunto quedará desacreditado. Y es una prueba muy justa. Justísima, desde luego —le explicó el profesor Pounce, cada vez más entusiasmado—, porque su autocontrol físico es excelente. No resbalará por nerviosismo, ni por falta de equilibrio ni nada parecido. De hecho, si la leyenda es cierta, ninguna mujer decente podría tropezar, al igual que ninguna mujer fácil podría mantener el equilibrio; pero yo quería asegurarme de que la prueba fuese totalmente justa.

Con discreción, Nicholas se sirvió una copa. Estaba anonadado. Por fin se había aclarado el misterio de la presencia de Carmen allí: era ni más ni menos que una cobaya. Asombroso. Y también, si pensaba en la agonía que le había hecho pasar, un poco insultante para él. Aquello, pensó con rabia, era el colmo. Pero se equivocaba. Su tío aún no había llegado al límite.

—Y luego está tu madre —continuó el profesor como si tal cosa.

Nicholas se recompuso.

—¿Ha hablado ya con ella, señor?

—No, aún no, pero debe asistir, claro. Y…

—Yo no creo que esté dispuesta. De verdad que no, señor.

—¿Y por qué diablos no?, —preguntó el profesor—. No tiene nada que temer. Yo mismo fui testigo de su boda.

—Pero no tiene muy buen equilibrio —señaló Nicholas inquieto —. Tendría que verla en las escaleras mecánicas. Además, ¿no está asumiendo, señor, que la piedra funciona? Suponga que no es más que una piedra ordinaria y madre resbala…

—En ese caso, Carmen se habrá mantenido en pie y todo quedará invalidado. Es muy sencillo.

—Y entonces, ¿por qué no puede probarlo solo con Carmen? Como ha dicho, es el sujeto perfecto.

Por primera vez, el profesor se mostró algo avergonzado.

—En cierto sentido —admitió—, es verdad. De hecho, es totalmente verdad. No debo andarme por las ramas. Pero en mi monografía… Bueno, un conjunto de datos mayor sería más impresionante.

Nicholas se sintió conmovido. No había sospechado una debilidad así en su tío, tan humana. Se imaginó al viejo levantándose, papel en mano, para dirigirse a una reunión de colegas folcloristas: «Y ahora llegamos a una serie de pruebas muy interesantes…».

—¿No pondrá los nombres reales?

—Por supuesto que no —aseguró el profesor Pounce, quizá con demasiada premura—. Solo A,

B y C.

O mejor Alfa, Beta, Gamma. Tu madre será Alfa.

—De acuerdo. Dígaselo y yo le apoyaré. Siempre puede ponerse unos zapatos planos.

El profesor añadió enseguida el nombre de su cuñada, poniéndolo con deferencia a la cabeza de la lista. Luego se paró a pensar.

—¿Qué hay de esa joven de Rose Cottage? La señorita Hyatt, ¿no?

Nicholas no sabía muy bien qué pasaba con la señorita Hyatt.

Sus experiencias personales le habían dejado muchas dudas. Se inclinaba a considerarla un caso límite, pero no podía describírsela así a su tío. La caballerosidad se lo impedía.

—Es muy tímida —dijo—. No creo que le gustase la… publicidad.

—No habrá ninguna publicidad. Para una joven medio bien educada este experimento debería ser muy interesante. Doy por hecho, desde luego, que es virgen.

—Nunca se lo he preguntado —repuso Nicholas sombrío—. Y ni por asomo soy quién para hacerlo.

El profesor Pounce asintió.

—Creo que tienes razón. Recibiría la pregunta mucho mejor si viniese de otra mujer. Tu madre…

La idea aterrorizó tanto a Nicholas que tuvo que tomarse otra copa. Una pregunta así, hecha por la señora Pounce, después del episodio de la semana anterior, sería el colmo del insulto. Y lo expondría a las peores sospechas. Ni pensarlo.

—Mire, señor —protestó agitado—, si hace que la señorita Hyatt sea interrogada de esa manera, por mi madre o por cualquier otro…

—¡No me grites, señorito!

—¡No estoy gritando, señor! —Consciente de que sí lo hacía, Nicholas bajó la voz—. Solo pretendo señalar, tío Isaac, que el que sepa usted un par de cosas sobre los nórdicos no le da derecho a ir por ahí importunando a muchachas respetables.

—¡Válgame el cielo!, —exclamó el profesor.

El propio Nicholas pensó que se había excedido un poco.

—Lo único que quiero decir, señor…

—Mejor no digas nada. Presentar un argumento de forma racional es una cosa, apoyar tus ineptas opiniones en un vulgar insulto es muy distinto.

—Lo siento, tío Isaac.

En áspero silencio, el profesor recogió sus papeles y se levantó.

—Voy a ver los hurones —anunció con voz gélida—. Su compañía será un descanso y un alivio.

—¿Puedo acompañarle, tío Isaac?

—No, no puedes —dijo el profesor, pasando de largo. En la puerta se volvió—. ¡Un par de cosas sobre los nórdicos!, —repitió —. ¡Santo Dios!

CAPÍTULO 15

1

Una de las cosas que más molestaba a Nicholas de su tío era la habilidad de este último para sacar conclusiones acertadas de premisas erróneas y atribuirse después el mérito por su perspicacia. Este rasgo se hizo patente en especial con Mildred Hyatt, que fue a visitarlos la mañana siguiente con el expreso propósito de ofrecer sus servicios a la causa del folclore.

—¡Mi querida señorita!, —exclamó encantado el profesor Pounce—, estaba a punto de ir a verla para pedírselo yo mismo. Como le dije a mi sobrino, que pensaba que usted no estaría dispuesta…

La señorita Hyatt miró a Nicholas con frialdad.

—¿Y eso por qué?, —le preguntó.

Nicholas se revolvió, incómodo.

—Supuse que estaría muy ocupada.

—Eso no es lo que me dijiste a mí —observó el profesor Pounce —. En cualquier caso, yo le dije que era de esperar que una joven bien educada como usted se interesara por este asunto.

Aquello no era del todo cierto: «medio bien educada» habían sido las palabras del profesor. A Nicholas le habría gustado mirar a los ojos a su tío, pero temía demasiado cruzarse con la mirada de la señorita Hyatt.

—Pues claro que ayudaré —asintió la joven—. Con mucho gusto. Supongo que lo único que necesita, profesor, es que cruce el arroyo por las pasaderas sin caerme.

El profesor asintió. En el fondo de su corazón deseaba que la señorita Hyatt se mantuviese en pie solo si lo merecía y si él podía demostrarlo. En el fondo de su corazón habría sacrificado de buena gana la reputación de la muchacha por una impactante nota a pie de página en su monografía. Pero no podía decirlo.

—Por supuesto que no se caerá —repuso Nicholas con impaciencia—. Todo esto es una bobada.

Enseguida se dio cuenta de que no fue un comentario muy delicado. Mildred Hyatt le dio la espalda y empezó a hablar muy animada con su tío.

—Verá, yo no estoy tan segura —dijo—. No creo en la parte sobrenatural, desde luego, pero sí creo que, psicológicamente, puede haber algo. Como pasaba en tantas de esas viejas ordalías. Es decir, supongamos que una pobre desdichada tuviera cargo de conciencia por algo, ¿no podría eso afectar a sus reacciones motoras? Sobre una piedra resbaladiza, con todo el mundo mirando, ¿no podría caerse fácilmente por puro nerviosismo? Y ahí tiene usted su prueba mágica.

El profesor sonrió radiante.

—Mi querida jovencita, ha expuesto mi teoría mejor que yo mismo. Y estoy seguro de que es la teoría correcta.

—En ese caso —añadió la señorita Hyatt con toda intención—, la prueba sigue siendo válida. —Se volvió entonces hacia Nicholas—. ¿No está de acuerdo, señor Pounce?

—En cierto sentido, supongo que sí —murmuró este.

—Pues estaré encantada de ir y ayudar —concluyó la señorita Hyatt, volviendo a dirigirse al profesor—. Si hubiera sido una simple farsa teatral, no me despertaría ningún interés. Si quiere usar mi nombre, puede hacerlo.

—Gracias —dijo el profesor de todo corazón—, sin duda lo haré.

—Mildred Mabel Hyatt, número 17 de Fraser Mansions, en Bloomsbury. Se lo anotaré.

Lo apuntó en un papelito. El profesor, entusiasmado, le ofreció una copa de jerez, pero ella la rechazó. También rechazó uno de los cigarrillos de Nicholas. Era evidente que no deseaba permanecer en la misma habitación que él más tiempo del necesario, como si contaminase el aire. Sin embargo, se despidió del profesor con gran cordialidad y este volvió, tras acompañarla a la puerta, aún radiante de satisfacción.

—¿Qué te dije, eh?

—Me dijo que era una joven «medio bien educada» —replicó Nicholas con amargura— y también expresó ciertas dudas de que fuera virgen.

—Pues ahora no tengo ninguna —dijo su tío.

—Yo tampoco.

—Siempre he creído en la educación femenina —continuó complacido el profesor Pounce— y lo que acabamos de ver es uno de los mejores resultados.

Nicholas tuvo que hacer un gran esfuerzo para no contestar.

—Y también te equivocaste con tu madre —añadió el profesor —. Acabo de hablar con ella y no solo está dispuesta a ayudar, lo está deseando.

—Sorprendente —repuso Nicholas.

—Para ti, quizá. No para mí. Claro que tú no sabes tanto de mujeres como yo…

Nicholas no recordaba haber estado nunca tan enfadado con su tío.

2

Muchas otras personas estaban molestas con el profesor Pounce, pero este tampoco se daba cuenta. Estaba demasiado absorto en sus planes para el día siguiente y en sus sueños respecto a la monografía. Era capaz incluso de cruzarse con la señora Pye, como le ocurrió más tarde aquella mañana, y saludarla quitándose el sombrero sin advertir el destello de fanatismo en la mirada esquiva de la mujer. Instantes después se encontró con la señora Crowner y esta también le negó el saludo. El profesor volvió a levantarse el sombrero y siguió como si nada. En el bolsillo llevaba un nuevo cartelito para reemplazar el que habían arrancado de la puerta de la iglesia; esta vez tenía intención de ponerlo en la oficina de correos. Nicholas ni siquiera habría intentado semejante cosa, pero el profesor entró despreocupado en el establecimiento, lo encontró vacío y colgó su aviso en la celosía donde ponía «Sellos». No es que pretendiese evitar problemas, pero recordó que a esa hora la encargada estaría comiendo y se abstuvo de molestarla. De camino a casa se cruzó con la joven Sally, que, ante su amistoso saludo, bajó nerviosa la mirada y retrocedió de espaldas hasta refugiarse en la puerta más cercana; el profesor Pounce lo consideró un ejemplo muy significativo de la simpleza rústica. En el camino de la vieja

casa señorial adelantó a un carro de estiércol dirigido por uno de los jóvenes Fletcher; apenas lo había rebasado cuando algo blando le cayó en la espalda.

—¿Qué ha sido eso?, —preguntó al tiempo que se daba la vuelta.

—¡Una bendición de Cromwell!, —gritó el joven Fletcher con una sonrisa.

El profesor estaba encantado. Miró al suelo, al terrón de excrementos desmenuzado, y recordó que los hindúes ungían los umbrales de sus puertas con orina para atraer la buena suerte, mientras que el resurgir del nombre del Gran Protector en una expresión coloquial le proporcionó materia para una deliciosa reflexión durante todo el camino de vuelta. El profesor Pounce regresó a la vieja casa señorial tan feliz e ignorante como se había marchado.

3

Frente a la puerta había un pequeño automóvil biplaza de apariencia poco respetable. El profesor lo miró con atención, vio un caballete que sobresalía del estrapontín y dedujo que pertenecería a un amigo de Carmen y que este sería algún destacado rebelde más que un miembro de la Academia. Ambas deducciones se vieron confirmadas segundos después por la aparición de la propia Carmen y de un hombre alto de mediana edad con manchas de pintura en los puños de la camisa. Justo detrás de ellos llegó Nicholas con dos botellas de cerveza.

—Hola —dijo Carmen—. Este es el señor Alexander. ¿Me necesita esta tarde?

—No —contestó el profesor—. Espero que el señor Alexander se quede a almorzar con nosotros.

—Ya he comido, gracias —repuso el artista.

—Carmen no —señaló Nicholas con clara intención.

—Llevo bocadillos en el coche —dijo el señor Alexander—. La luz es perfecta ahora mismo, ¿lista?

Le quitó la cerveza de las manos a Nicholas, guardó las botellas con cuidado en la capota, con menos cuidado ayudó a Carmen a

subir al coche y se marcharon. Sin duda, era un hombre tan resuelto como el propio profesor.

—Ha estado aquí diez minutos exactos —observó Nicholas cuando desaparecieron de su vista—. Me parece una grosería.

—¿Por qué?, —le preguntó su tío.

—Aparece de repente, nos birla dos botellas de cerveza, se lleva a Carmen…

—Ella me ha pedido permiso.

—… Y no tiene tiempo de cortesías.

—Te sientes ignorado —comentó el profesor—. Pero el señor Alexander tenía cosas que hacer. Supongo que querrá retratar a Carmen.

—¡Y la luz era perfecta!

—Y la luz era perfecta —convino el otro con seriedad—. Cuando eso ocurre, no hay que perder tiempo. Cuando la luz es la adecuada para el trabajo de uno, todo lo demás debe ignorarse. Tú aún no lo sabes, por supuesto.

—¿Por qué «por supuesto»?, —preguntó Nicholas receloso.

—Porque nunca has trabajado. No digo que sea del todo culpa tuya, no tienes ninguna inclinación natural lo bastante fuerte.

Nicholas se sentó en el escalón más alto de la puerta. Aunque la conversación no era muy halagüeña, deseaba seguir porque era sobre él mismo. Hacía tiempo que sentía que su tío no se interesaba lo suficiente por él.

—Se me da bastante bien la poesía humorística —aventuró.

—¡Pche!

En un arranque de honestidad, Nicholas se dio cuenta de que la observación era justa. No había sentido ninguna necesidad real de escribir aquellos versos sobre la corte de Campanilla. Lo había hecho en parte para conseguir dinero, en parte como un primer paso en la seducción de Mildred Hyatt… Y ni siquiera lo había conseguido.

—Eres un diletante —dijo el profesor, coincidiendo sin ser consciente con su misma idea—. Cuando pienso en tu padre…

—Probablemente sea por eso —replicó Nicholas cabizbajo—. Como reacción.

Su tío ladeó la cabeza.

—Interesante tendencia moderna —musitó—. En lugar de cargar

los pecados de los padres sobre los hijos, se cargan los pecados de los hijos sobre los padres. Como mi hermano Ephraim era un hombre de excepcional rectitud y muy trabajador, tú, su hijo, te consideras con derecho a ir por la vida holgazaneando como un lagarto al sol. ¿Por qué no te buscas algo que hacer?

—No es tan fácil —murmuró el joven.

—¿Has ofrecido tus servicios al banco de tu padre?

—¡Por Dios, no!

—¿Y tu tutor no te hizo ninguna sugerencia cuando acabaste la universidad?

Nicholas no contestó de inmediato. Su tutor, un hombre en cierto modo parecido al profesor Pounce, se había despedido sin ninguna emoción con el único comentario de que una temporada en alguna de las prisiones de su majestad podría ayudar a Nicholas a adquirir el hábito del trabajo regular.

—Ninguna en absoluto, señor.

—Entonces lo haré yo —repuso su tío con vehemencia—. Se me acaba de ocurrir algo. Sé que el profesor Mostyn busca un preceptor para sus tres hijos. Tienen entre cinco y ocho años, por lo que no te resultará difícil ir un paso por delante de ellos. Le escribiré esta noche recomendándote para el puesto.

—Pero… ¡Por Dios, señor!

El profesor hizo caso omiso de cualquier protesta.

—No lo tengo en demasiada estima —le explicó—. Es un intelectual poco preciso, con un estilo detestable y vegetariano. Le valdrás de sobra.

—De verdad, tío Isaac…

—No discutas. Ya te he dedicado bastante tiempo. Puedes seguir escribiendo poesía humorística en tus ratos libres. Después de acostar a los niños, por ejemplo.

Nicholas tragó saliva.

—¿Pero quiere un preceptor, señor, o una niñera?

—Las dos cosas —admitió el otro con franqueza—. Entendiendo «querer», claro, en el sentido de «necesitar». Pero solo puede permitirse una. Y con toda razón, da prioridad a la educación. Cuando le escribas…

—No tengo intención de escribirle —dijo Nicholas cortante.

—Puede que lleves razón. Tu letra podría desanimarlo. Déjamelo

todo a mí.

—Mire, tío Isaac…

—Ahora vamos a comer —concluyó su tío.

4

Fue una comida insatisfactoria, en parte porque el pollo que habían encargado en el pueblo no había llegado y en parte porque el profesor no tardó ni un segundo en informar a su cuñada de que la cuestión del futuro de Nicholas ya estaba decidida.

—Puede que no sea brillante —admitió—, pero será una carrera de una discreta utilidad.

La señora Pounce miró cariñosa a su hijo.

—Estoy segura de que eso es justo lo que Nicholas quiere. ¿Verdad, cielo?

Nicholas le devolvió la mirada y se preguntó cómo demonios, después de vivir veintidós años con él, tenía el valor de hacer semejante afirmación. Casi prefería las pullas de su tío, que al menos eran realistas. Pero sabía que no podría discutir aquello con su madre sin despertar, por así decirlo, el fantasma de su padre: un fantasma inmaculado que apuntaba con severidad a la casa plagada de mocosos de Mostyn el vegetariano.

—Ya he terminado —dijo el chico al tiempo que echaba la silla hacia atrás—. Si me disculpas, madre, creo que daré un largo paseo.

—No te canses mucho, cariño —le advirtió con ternura la señora Pounce.

—Si ves a alguno de nuestros amigos del pueblo —dijo el profesor—, podrías recordarles lo de mañana.

5

El almuerzo, o más bien el banquete, en la granja Vander era muy distinto al que se había servido en la vieja casa señorial. Tenían dos patos, uno caliente y otro frío, y un enorme redondo de ternera especiada, patatas, col, queso, pepinillos y un pastel de manzana. El señor Pye estuvo comiendo metódicamente durante media hora, sin prisas y sin decir una sola palabra. Frente a él, su esposa mostraba

el mismo apetito. La comida era su único placer sensual y, sin embargo, su cuerpo, como si lo desaprobara, se negaba a engordar ni un gramo.

—Pye —le dijo a su marido cuando terminaron—, ¿con qué estarán los hombres mañana?

—Con el carro —repuso el señor Pye sin más explicaciones.

—Necesitaré llevarme a un par de ellos a mediodía.

—Pues espera sentada.

—Te he dicho que los necesito.

—Y yo te he dicho que estarán con el carro.

—El carro puede esperar.

El señor Pye la miró con desconfianza. Su mujer se inmiscuía a diario en su aseo, su religión y su moral, pero nunca se había inmiscuido en su granja.

—¿Ahora vas a enseñarme el oficio?

—Esto no tiene que ver contigo, a menos que te quieras meter.

—¿Para qué quieres a mis hombres?

—Para que cumplan mis órdenes.

—Pues cumplirán las mías.

El granjero se levantó. Su mujer también. Su rostro sombrío, casi descarnado, parecía una máscara.

—Quiero que George y Tom vengan al arroyo Bowen conmigo. Si no, será peor para tu nueva ramera.

Era la primera vez que se refería abiertamente a Carmen Smith, pero su marido no se molestó en fingir no entenderla.

—¿Peor un chapuzón?

—No es a ella a quien quiero que le pongan las manos encima. No le pediría a ningún hombre decente que la tocara. Es al viejo. Al que empezó todo esto.

—Entonces eres más tonta de lo que pensaba. El señor Pounce es un burgués.

—El agua lo mojará igual.

—Y presentará una demanda contra dos de mis hombres, con la cosecha a las puertas. ¿Por qué no puedes dejarlo estar?

La voz de la señora Pye se alzó de repente.

—¡Porque soy una mujer cristiana y es mi deber luchar contra los impíos! Porque no puedo quedarme de brazos cruzados ante el mal sin levantar la mano y señalarlo. ¡Porque el Señor me ha

encomendado su obra y no puedo ignorarlo!

—Pues no les ha encomendado su obra a mis hombres —replicó el señor Pye—. Deja al pastor el trabajo del pastor y déjame a mí hacer el mío.

El hombre se fue como un nublado. Durante unos minutos, su mujer se quedó allí de pie, furiosa; luego, con gesto mecánico, cogió los platos y empezó a recoger la mesa. Sus pensamientos se arrastraban lentamente en el profundo surco trillado por días de amargas conspiraciones y salían a la luz una y otra vez al chocar con la terquedad de su marido. Era terco y duro de mollera, como todos los hombres: solo pensaba en los bienes terrenales y no le importaban las polillas ni el óxido. Ya estaba consumido por ellos: el óxido de los malos pensamientos, las polillas de la lujuria; enormes polillas zalameras cuyos blandos cuerpos ella aplastaba cada noche cuando se acercaban a su lámpara.

La señora Pye se sacudió tales ideas. Sabía por experiencia que, si dejaba que su mente se detuviera en la maldad, a veces perdía hasta una hora del día. Y no había ni un minuto que perder; se acercaba la noche en la que ningún hombre podría hacer nada, ninguna mujer. ¿Qué sabían los hombres de la obra del Señor? Eran las mujeres las que lo hacían todo, las mujeres rectas, uncidas al yugo de los impíos pero luchando contra el mal a pesar de todo…

Eran las mujeres las que ahora debían asumir esa tarea. La señora Pye dejó la mesa a medias de recoger y fue al cuartito de la parte de atrás donde su aduladora permanente, la señora Fletcher, estaba remendando sábanas.

—Sarah —le dijo—, deja eso y acompáñame.

La señora Fletcher la miró y enseguida dejó las sábanas a un lado.

—¿Ha llegado el momento?

—Sí. Aunque no como estaba planeado, pues tendremos que hacerlo solas.

—¿Sigues decidida?

—Estoy decidida a acabar con esta iniquidad pagana que acecha Gillenham. Estoy decidida a impedir las depravadas acciones que ese diablo de hombre piensa llevar a cabo mañana.

—Entonces, ¿vamos a la vieja casa señorial?

—Aún no —dijo sombría la señora Pye—. Primero vamos al

pueblo. A despertar a las mujeres…

CAPÍTULO 16

1

Que en cinco minutos le resuelvan a uno su futuro, como si tal cosa, en el umbral de una puerta, basta para enfadar a cualquier joven, y si el joven resulta ser uno tan distinguido como Nicky Pounce, el del
John's,
lo enfurece sobremanera. Nicholas iba deambulando por los caminos, ofendido y furioso. Su tío se había limitado a meterlo —o eso se creía— en el casillero libre más cercano, como si él, Nicholas, no fuera más que un vulgar parado molesto, un estorbo. Como si sus únicas necesidades fueran comida, alojamiento y dinero para comprar cigarrillos. Como si sus amplias y diversas capacidades pudieran encontrar el estímulo adecuado en una casa con tres mocosos y un profesor de segunda…

«¡Intolerable!», pensó Nicholas Pounce.

No sabía muy bien qué esperaba que su tío hiciera con él, salvo que debería llevarle más tiempo. No sabía muy bien qué esperaba que hiciera el mundo con respecto a él. A veces pensaba que su función (la del mundo) era permanecer pasivo, servirle de concha, de hecho; otras sentía que debería espabilar y moverse. El mundo en general, a diferencia del mundo de Cambridge, no se había fijado en él hasta el momento: ningún editor literario, tras destacar aquellos versos realmente excepcionales en *Granta*, lo había llamado para que se uniera a su equipo; ningún distinguido parlamentario invitado a los encuentros de la Sociedad de Debate de su universidad le había ofrecido una secretaría privada. Como tantos otros jóvenes que se habían licenciado con él, Nicholas, aunque en realidad no esperaba que ocurriese nada de eso, en el fondo seguía contemplando la posibilidad y aquello le hacía bastante daño. Había hecho imposible, por ejemplo, que se

planteara seguir los pasos de su padre en el Banco Nacional y Comarcal y ahora hacía aún más abismal el descenso a la condición de preceptor. Hacía que la actitud del profesor Pounce fuera algo ridícula y del todo inválida.

La pregunta, entonces, era: ¿qué iba a hacer en lugar de eso?

Nicholas decidió, muy a su pesar, empezar por pedir prestadas cien libras a su madre, alquilar una habitación en la ciudad y relacionarse con gente útil.

Le daba la impresión de que a esa gente útil la encontraría con mayor probabilidad en el Savoy.

Es bastante triste tener que decir todo esto de Nicholas, pero incluso llegó a pensar que muchas personas útiles tenían hijas. (¿Dónde estaba ahora la encantadora imagen de Bridget Crowner?). Con toda frialdad, consideró la idea de engatusar a una de estas «hijas de», con intenciones, por supuesto, estricta y cínicamente honorables. (Pobre señorita Hyatt, ¿dónde estaba?). Ni siquiera se molestó en visualizar a su futura esposa: en lo que a él respectaba, podía parecerse a la trasera de un taxi. (Seductora, excitante figura de Carmen Smith, tabernera minoica, ¿dónde está ahora?).

De hecho, la figura de Carmen Smith estaba en ese momento sorprendentemente visible. Nicholas había llegado a una cerca en el límite de la propiedad de los Pye y no pudo evitar ver la pradera que se extendía más allá. Era una pradera encantadora, llana y verde, adornada por un solo árbol y, bajo el árbol, estaba Carmen tal como vino al mundo.

2

Por un momento, Nicholas no la reconoció. Junto con su ropa había desaparecido su vulgaridad: era una figura noble. Permanecía inmóvil, con la cabeza un poco girada, un brazo levantado y la mano apoyada en una rama cuya sombra proyectaba una máscara sobre la parte superior de su rostro. Por un momento, Nicholas la miró como a un cielo nublado o una rama al viento; luego vio que era Carmen y, aun así, pudo contemplarla sin otra emoción que la de la belleza impersonal.

Sonó una voz masculina.

—Descansa —dijo el señor Alexander.

Carmen bajó el brazo, se estiró y se agachó para recoger algo que tenía a los pies. Era su abrigo de *tweed*; se lo puso, se ató el cinturón y, al instante, sus piernas desnudas y su garganta se volvieron deshonrosas. Sin otro pensamiento que el de evitar un escándalo, Nicholas saltó la valla.

—¡Carmen!, —gritó—. ¡Vuelve a casa!

Ella se dio la vuelta y lo miró. El artista también se volvió, con las cejas enarcadas.

—Le aseguro… —empezó a justificarse.

—Ya lo sé —dijo Nicholas, que se sentía algo avergonzado por su acaloramiento—. A mí no me importa en absoluto, pero es que aquí, si pasara alguien, podría ser un poco incómodo.

El artista se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrado a incomodar. No es nada importante. Lo importante es esa fina sombra que cruza la línea del hombro.

—Para usted sí —convino Nicholas—. Y para mí —añadió, recordando su reputación de esteta—. Pero Carmen…

Carmen no dejó lugar a duda sobre lo que era importante para ella.

—Son cinco chelines la hora en exteriores —repuso sin más.

Nicholas maldijo entre dientes.

—Te pagaré siete con seis por el resto del tiempo.

Pero Carmen negó con la cabeza. Como siempre que se trataba de dinero, su peculiar vena de honestidad se imponía.

—Ya me han pagado para dos horas y aún falta la mitad. —Luego se volvió hacia el artista—. Quieres que siga, ¿no?

—Si ya has descansado… —dijo distraído el señor Alexander—. Puedes tomarte cinco minutos más.

A modo de respuesta, Carmen se levantó y se desató el cinturón del abrigo. En ese momento, Nicholas oyó voces en el camino que quedaba tras él: se volvió y vio dos sombreros femeninos bamboleándose por encima del seto. Ambos eran de fieltro negro, atravesados por sendos alfileres —sin duda sombreros del pueblo— y estaban a pocos metros de la puerta.

—¡Carmen!, —gritó Nicholas.

Fue lo peor que podía haber hecho. Llamó su atención. Los sombreros se detuvieron, se acercaron más al seto y volvieron a

avanzar a paso acelerado. Carmen, desafiante y tozuda, se quitó el abrigo de los hombros y volvió a su sitio bajo el árbol. Se colocó justo cuando la señora Pye y la señora Fletcher llegaban a la valla y, así, se dejó ver en todo su esplendor.

La señora Pye gritó.

Fue un grito espantoso lleno de odio. También de sorpresa e ira, pero era el odio lo que revolvió a Nicholas. Miró la negra y enjuta figura pegada a la puerta de la valla y le pareció indecente; era indecente porque creaba indecencia donde no la había. También tuvo miedo, pues jamás había visto ese odio y su juventud se horrorizó ante él. Corrió por instinto hacia Carmen y la protegió con su propio cuerpo como lo habría hecho de una bala, pero el artista se había adelantado y ya estaba poniéndole el abrigo por encima. Él también lo había visto y su rostro, mientras le hablaba por encima del hombro, se retorcía como si tuviera un sabor amargo en la boca.

—Se acabó —dijo—. Lo siento, joven. ¿Intento explicárselo o lo dejo estar?

—Déjelo —contestó Nicholas con voz ronca.

—Entonces lleve a Carmen al coche mientras yo recojo mis bártulos.

Manteniéndose en todo momento entre la joven y la puerta, Nicholas la acompañó por la pradera. De los tres, ella era la menos alterada y su actitud seguía siendo puramente profesional.

—No quiero mirones —dijo malhumorada—. Con algo se quedan, te guste o no. ¿Y por qué van a tener derecho si no han pagado?

Nicholas estaba seguro de que la señora Pye se había quedado con mucho. Incluso deseó que su propio recuerdo de todo el incidente no fuera tan claro. No hizo comentario alguno, sin embargo, como tampoco dijo nada el artista mientras los conducía de vuelta a la vieja casa señorial. Pero sí que observó varias veces el rostro preocupado de Nicholas y, antes de dejarlos en la puerta, sacó de pronto su cuaderno de bocetos y arrancó una hoja.

—Quédese con esto, amigo —le dijo—. Y recuerde que es la única verdad.

Nicholas miró y vio un esbozo de los brazos y la cabeza levantados y los nobles pechos de Carmen. Belleza que perdura para

siempre… Entró en la casa aún intranquilo, pero algo más reconfortado.

3

Pasó el resto del día en un estado de extrema desazón que, desde luego, no se disipó con la breve conversación que mantuvo, hacia las cinco, con la señora Powley. Se la encontró en uno de los caminos, tan lejos de su órbita habitual que tuvo la certeza de que no había sido una casualidad y, tras los primeros saludos de cortesía, se hizo un silencio bastante forzado.

—Oiga —dijo al fin Nicholas—, ¿se ha oído algo en el pueblo sobre… lo de esta tarde?

La señora Powley asintió con aquella cabeza suya, rubia y profusamente ensombrerada. Los sombreros decían mucho, pensó Nicholas de repente: el de la señora Powley no era de fieltro negro polvoriento, sino de paja azul y coronado de rosas. Era un sombrero generoso, un sombrero sociable, un sombrero en el que se podía confiar…

—Todo el mundo lo ha oído —dijo con pesar la esposa de Jim.

—Pero ¿qué?

—No me lo pregunte porque no se lo diré. Esa mujer tiene la mente como un estercolero y la lengua como un rastrillo. Pero era algo… ¿*había* dos hombres y una mujer desnuda, criatura?

Nicholas hizo una mueca.

—En cierto modo sí, pero…

—No hace falta que me lo explique. Yo he vivido en Londres, créame, conozco las costumbres de esos pintores. A menudo no hay ninguna maldad en el mundo donde más nos lo parece. Yo le creo, criatura. Pero para el resto es solo Sodoma y Gomorra, desnudo y desvergüenza. De hecho —concluyó la señora Powley, que no tenía sentido alguno del anticlímax—, hay como una sensación de…

—Me temía que la hubiera.

—Mal ambiente. La señora Pye ha estado yendo de puerta en puerta y, no sabría decir qué se le pasa por la cabeza porque a mí ni se me ha acercado, pero ha estado yendo de puerta en puerta y ahora iba como un nublado en dirección a Old Farm. La verdad, si

me perdona que se lo diga, y sabe que yo no soy de las que se entrometen, creo que el señor Pounce debería renunciar a su travesura de mañana.

—No lo hará —repuso Nicholas abatido—. Usted no lo conoce.

La señora Powley movió la cabeza de un lado a otro hasta que las rosas de su sombrero bailaron sin ton ni son.

—¿Usted también le fallará?, —le preguntó Nicholas.

—El dueño de un *pub* es como un vicario —dijo ella muy seria —. Debe llevarse bien con todo el mundo. Y a mí me toca lo mismo, como a la señora Crowner. Lo siento, criatura. Si no fuese por mi Jim, apoyaría al señor Pounce contra todo el pueblo. Pero mi Jim… —En ese momento se interrumpió, era evidente que se había acordado de algo desagradable—. Me ha pedido que le dijera —continuó luego despacio— que si tenía pensado ir al Grapes esta noche…

—En absoluto —dijo enseguida Nicholas.

—Entonces no pasa nada. Jim y yo detestamos los problemas.

Volvió a negar con la cabeza, pero esta vez con aire casi distraído. Miraba a su alrededor mientras caminaban y Nicholas vio que, sin darse cuenta, la mujer los había guiado al lugar del incidente de esa tarde.

—¿Ha sido aquí?, —le preguntó.

Nicholas asintió. Ella miró por encima de la valla con franca curiosidad, sin duda para comprobar algún tipo de información. Luego repitió el mismo gesto de rechazo por tercera vez.

—Tal y como me imaginaba, criatura. ¿Quién iba a elegir un sitio así para esos jueguecitos? ¡Ni un conejo tendría dónde esconderse!

—¿Le ha dicho eso a la señora Pye?, —preguntó angustiado el otro.

—No. No he tenido oportunidad, aunque tampoco lo habría hecho. Cuando una llega a mi edad, hay pensamientos que se guarda para sí misma. Hay pensamientos que hasta se evita una a sí misma, porque la juventud ya pasó y nada te la devolverá. Y tampoco es que una cama —añadió en tono filosófico— tenga muchos rivales.

Echó un último vistazo antes de darse la vuelta: a la hierba que crecía verde, al árbol recto y radiante, al patrón de sombras sobre el

tronco y el suelo.

—Debía de ser una imagen bonita —dijo al fin.

4

Pero si bien de la señora Powley, así como del artista, Nicholas recibió cierto consuelo, seguía pensando que eran aliados psicológicos más que físicos: lo habían ayudado a deshacerse del recuerdo de la señora Pye, pero aún lo dejaban solo sosteniendo, por así decirlo, al bebé que era su tío Isaac. Una acalorada discusión después de la cena no hizo al profesor cambiar de opinión: la ceremonia del día siguiente debía seguir adelante pese a cualquier resistencia. No es que el profesor esperara resistencia alguna; no llegó a reírse de los temores de su sobrino, pero los ignoró sin más. No podía quitarse de la cabeza la idea de que el pueblo de Gillenham estaría más encantado que otra cosa con todo el proceso. Ni siquiera la deserción de la señora Powley consiguió alterarlo; dijo que acudiría corriendo cuando viera a todas las demás.

—Pero no habrá más —intentó explicarle Nicholas desesperado —. Si la señora Powley no va, no irá ninguna.

—Tonterías —replicó el profesor.

Nicholas jamás se había topado con un ejemplo tan tremendo de lo que era vivir de ilusiones.

Nada más cenar salió a deambular por los campos hasta que el cansancio lo llevó a sentarse en la escalerilla de una cerca. Estaba demasiado inquieto para volver, demasiado temeroso. No sabía muy bien de qué tenía miedo: sin duda, a juzgar por las vagas indicaciones de la señora Powley, se estaba cociendo algún problema, pero ¿en forma de qué? ¿Qué había tramado la señora Pye? Si se hubiese presentado esa noche en la barra del Grapes, es muy probable que lo hubieran echado; la imagen de la brea y las plumas volvió a pasársele por la cabeza. Si el profesor persistía en lo que la señora Powley —otra vez de un modo muy vago— llamaba su «travesura de mañana», ¿lo cubrirían de brea y plumas? Nicholas se imaginó por un momento a su tío negro y emplumado; eso ya sería bastante malo si es que el viejo se sometía dócilmente. Pero no iba a hacerlo. Él no. No tenía sentido de…

Un ruido de pies lo sacó de pronto de estas infelices reflexiones. El ruido de muchos pies, no exactamente marchando, pero sí avanzando al unísono. Se levantó en la escalerilla y desde ahí pudo ver, por encima de los setos, el siguiente recodo del camino. Estaba repleto de mujeres. A los ojos sorprendidos de Nicholas, parecían un ejército: al frente iba la señora Pye y la retaguardia se perdía en la oscuridad creciente, mientras que aquí y allá, por encima de la enmarañada masa, se alzaba la silueta más nítida de las armas. Solo eran paraguas, pero a Nicholas le parecieron horcas. Por un momento se quedó boquiabierto e inmóvil; luego, una súbita comprensión de lo que ocurría lo hizo saltar de su atalaya. La línea de avance de aquella temible cohorte iba derechita y sin más posibilidades a la vieja casa señorial.

El joven echó a correr.

CAPÍTULO 17

1

Tío Isaac!, —jadeó Nicholas al tiempo que irrumpía por la puerta—. ¿Dónde está?

La señora Pounce, que bajaba las escaleras, miró a su hijo con tierna sorpresa.

—En su habitación, cielo. Acaba de subir a acostarse, así que intenta no hacer tanto ruido.

Nicholas pasó junto a ella de un par de saltos. En el rellano se volvió.

—¡Atranca la puerta principal!, —le gritó—. ¡Atranca todas las puertas! ¡Y las ventanas!

Y se fue corriendo por el pasillo hacia la habitación de su tío. El profesor, ya en pijama, se estaba lavando los dientes.

—¡Tío Isaac!, —gritó Nicholas—. ¡Ya vienen!

Con una exasperante parsimonia, el profesor se enjuagó la boca.

—¡Tío Isaac, *que ya vienen*!, —repitió desesperado—. ¡Estarán a punto de llegar!

—¿Quiénes?, —preguntó el profesor.

—¡Las mujeres! ¡La señora Pye, señor, y varias decenas más! Acabo de verlas en el camino…

—Querrán ver a tu madre —repuso su tío con calma—. Aunque es tarde para visitas…

—No vienen de visita, señor. Y no buscan a mi madre. Lo buscan a usted.

—A ver si lo he entendido —comenzó el profesor, que dejó el vaso en el alféizar de la ventana—. Dices que has visto a la señora Pye, que entiendo que será la esposa del señor Pye, de la granja Vander…

Nicholas cruzó la habitación de una zancada y agarró a su tío por los hombros. Casi lo sacudió.

—No lo entiende, señor… Nunca va a entender lo que ha despertado esta investigación suya. La mitad de las mujeres están furiosas. Se sienten insultadas. Y quieren su cabeza. Ya. Tienen horcas…

En ese momento, como el primer trueno que no augura nada bueno, sonaron los primeros golpes en la puerta. El profesor Pounce aguzó el oído.

—Ahí están —terminó Nicholas como si fuera una sombría victoria—. Ya han llegado.

Los golpes se hicieron entonces más fuertes por la insistencia percusiva de tres paraguas.

—Parecen un poco impacientes —admitió el profesor—. ¿La puerta está…?

—Atrancada —dijo Nicholas—. Pero pueden romper una ventana. Debe esconderse enseguida.

El profesor Pounce resopló burlón.

—¡Esconderme! ¿De un puñado de mujeres?

—Usted no las ha visto, señor. Yo sí. Parecen… la Revolución francesa.

—En ese caso, y según las películas —repuso jocoso el profesor Pounce—, el protocolo exige recibirlas en lo alto de la escalera. Tú te pondrás a mi derecha, tu madre se encogerá a mi izquierda…

—¡Tío Isaac!, —gritó descontrolado el joven—. ¡Esto es serio!

—Las películas también. O eso pretendían. ¿Dónde está tu madre? Hay que darle instrucciones.

En ese momento apareció la señora Pounce. Al igual que su hijo, no estaba de humor para bromas ni juegos.

—Isaac —le dijo nerviosa—, ahí fuera hay decenas de mujeres. Están gritando por la ranura del buzón. ¿Qué quieres que haga?

—¿Qué están diciendo?, —quiso saber el profesor.

—No soy capaz de entenderlo. Gritan todas a la vez. Pero dicen algo de un *chapuzón*…

—Bajaré a hablar con ellas.

Nicholas y su madre se plantaron de inmediato delante de la puerta.

—Yo que tú no lo haría, de veras —dijo la señora Pounce—. Parecen bastante disgustadas por algo.

—Entonces llevaré a Carmen de guardaespaldas. Es tan robusta

como cualquiera de ellas.

Nicholas y su madre intercambiaron una mirada de aprensión.

—Yo que tú no lo haría, de veras —repitió ella—. No creo que le tengan mucha *simpatía* a la señorita Smith. De hecho, les ha gritado algo desde su ventana y creo que le han tirado una piedra.

—Eso sí que no —dijo muy serio el profesor—. ¡Quitaos de ahí!

Avanzó hacia la puerta y echó a su cuñada a un lado. Un segundo después habría marchado para enfrentarse a la turba, pero la turba ya no estaba delante de él, sino detrás. Un ruido de mal agüero procedente del jardín hizo que Nicholas se asomara enseguida a la ventana.

—¡Están dando la vuelta!, —exclamó—. ¡Tío Isaac, váyase!

—¡Y un cuerno!, —maldijo el profesor.

Con ademán de prepararse para la batalla, sacó de allí a la señora Pounce, cerró la puerta con llave y regresó junto a su sobrino.

2

La escena que contemplaron no era nada baladí. Todavía bajo el liderazgo de la señora Pye, las mujeres habían efectuado un doble movimiento envolvente y ahora rodeaban la casa por ambos lados. Aquellas siluetas negras —pues todas iban vestidas con el sombrío tono de su respetabilidad— se movían como brujas en la oscuridad: dos de los gatos de la señora Leatherwright, que entraban y salían en su ronda nocturna, completaban el efecto. Era un aquelarre de brujas no conformistas.

—¡Válgame Dios!, —exclamó como solía el profesor. Bien su voz o la ventana iluminada llamaron de inmediato la atención de las congregadas abajo. En las filas de mujeres, ahora apiñadas, hubo un breve revuelo y al fin salió al frente la figura más demacrada y brujeril de todas.

—¡Ahí está el villano!, —gritó la señora Pye.

—Ese es usted, tío —dijo Nicholas.

El profesor pareció sorprenderse y es que, en efecto, allí de pie con su pijama blanco y azul, el pelo cepillado para la noche y los dientes recién lavados, habría hecho falta una mirada más que

suspicaz para detectar en él rasgos de villanía. Así era, sin embargo, la mirada de la señora Pye y así era la mirada de sus secuaces.

—Perdonen mi atuendo —les dijo el profesor en tono afable—. Señoras, ¿en qué puedo ayudarlas?

—Puede marcharse —contestó la señora Pye con toda claridad —. Puede olvidar sus maldades paganas y marcharse antes de convertir este lugar en un escarnio y una burla en boca de los impíos.

Blandía el paraguas contra él. Era largo y anticuado y llegaba casi hasta el alféizar de la ventana. Varias mujeres más blandieron también los suyos. Pero el profesor no se inmutó.

—Si se refiere a mi investigación sobre su leyenda local —dijo —, puedo asegurarle que se han hecho ustedes una idea equivocada. La piedra de la castidad…

—¡Es una imagen pagana!, —clamó la señora Pye.

—No lo es —replicó el profesor Pounce algo irritado—. No es una imagen en absoluto. La prueba de la castidad…

—¿Y quién le ha mandado poner a prueba nuestra castidad?, —gritó una voz chillona desde la retaguardia—. ¡Eso es lo que me gustaría saber!

Era lo que todas querían saber. Del creciente barullo de amenazas, imprecaciones y vituperios, emergió esa única pregunta. Tal y como Nicholas se había temido, las mujeres de Gillenham no tenían ningún tipo de mentalidad científica. Haciendo caso omiso de cualquier consideración sobre sus motivos, llamaron al profesor, literalmente, viejo verde. Se acercaron a la ventana; las más rezagadas, que habían pasado bajo el manzano, iban armadas con algo más que palabras groseras. Una primera salva de manzanas aún verdes les sirvió para calcular la distancia; la segunda hizo dos blancos, ambos en la persona del profesor Pounce. Nicholas trató de apartar a su tío, pero él no se dejó arrastrar. Se agarró al alféizar y gritó en griego antiguo.

Aquellos extraños sonidos surtieron efecto. A muchas de sus agresoras les pareció sin duda que se había vuelto loco de repente. En cualquier caso, se hizo un silencio inmediato.

—Ahora voy a dirigirme a ustedes —exclamó el profesor Pounce alzando la voz—. Hay seis manzanas en esta habitación y, en caso de que me interrumpan, mi sobrino aquí presente, que es lanzador

en el Club de Críquet de Marylebone, no dudará en devolvérselas.

Hizo una pausa que invitaba a la réplica, pero no hubo ninguna.

—Bien —continuó luego en un tono más normal—. Se abre la sesión. Señoras y… señora. Señora presidenta y demás damas eminentes…

—¡Nos ha llamado «dementes»!, —gritó una voz.

El profesor se asomó y se inclinó con cortesía.

—La señora Pye —dijo— me exonerará al menos de esa sospecha. Como presidenta de la Asociación de Mujeres reconocerá tal forma aceptada de dirigirse a un auditorio.

Fue una jugada muy astuta. De un plumazo se había puesto a sí mismo y a la señora Pye, si no en el mismo barco, al menos en el mismo plano de educación superior. Esta se dio la vuelta y lanzó una mirada de reproche en dirección a la voz, y el profesor Pounce aprovechó el momento para volver a meter baza.

—¡Señoras!, —dijo en voz alta—. Solo les pido tres minutos. Si después de ese tiempo su actitud hacia mí no cambia, prometo bajar y seguir con la discusión más cara a cara. Pero, de momento, creo que tengo más posibilidades de hacerme oír desde una posición elevada.

Hizo una pausa. El silencio, no absoluto, pero roto solo por el ruido de los pies de aquellas que se movían para cambiar de postura, le dio permiso para continuar. Nicholas recordó, intranquilo, una historia sobre un domador de leones; los leones no eran peligrosos, decía el autor, mientras rugieran, pero cuidado con el león que dejaba de rugir para pensar…

El profesor se aclaró la garganta.

—Vine a Gillenham, como ya saben, para llevar a cabo una investigación científica. Al hacerlo, he tenido la desgracia de granjearme la hostilidad del sector más inteligente de la comunidad, es decir, ustedes. La culpa es solo mía. En lugar de pedir su colaboración, en lugar de ir desde el principio a la Asociación de Mujeres y buscar a su presidenta, la señora Pye, me contenté con… La palabra puede parecer ingrata, pero no hay otra: me contenté con la morralla.

Ingrata o no, la palabra cayó muy bien. Oír que alguien se refería a la señora Powley como «morralla» sin duda colmó un ansia que venía de lejos. De las filas de mujeres se elevó un débil y

siniestro murmullo de satisfacción.

—Con miembros más vulgares —se explayó pensativo el profesor— del populacho.

El murmullo iba en aumento. Curtido en las artes de la cátedra, el profesor Pounce cogió el vaso de lavarse los dientes y dio un sorbo al antiséptico.

—¿Y por qué —se preguntó retóricamente— me contenté con la morralla, con miembros más vulgares del populacho? Porque, señoras, no me creía con derecho a molestar con mis asuntillos a los miembros más dignos de la comunidad. Todas ustedes son mujeres ocupadas: excelentes amas de casa, madres esmeradas, entregadas a buenas obras; no tienen, o eso di por hecho, tiempo para nimiedades. Pero mi suposición era errónea; es la mujer ocupada la que sabe encontrar tiempo para todo. Si hubiera acudido directamente a la señora Pye, en diez minutos me habría enmendado. Me habría informado, de un modo cortés pero firme, que todo este asunto repugnaba a su natural delicadeza…

—¡Puede estar seguro!, —exclamó la señora Pye.

El profesor le sonrió.

—Gracias. Lo sé. Me habría dedicado diez minutos de su valioso tiempo y me habría ahorrado semanas de trabajo inútil. Y lo lamento tanto más cuanto que he oído que hace un mosto de jengibre excelente.

—¡No para usted!, —replicó la señora Pye.

—Eso es lo que lamento —dijo el profesor—. Se llevó el primer premio, ¿verdad?, en la feria de Ipswich.

Hubo un instante de vacilación silenciosa, pero ganó el orgullo natural.

—Cinco años seguidos —dijo la mujer.

—¡Mi hija se llevó el segundo!, —gritó una voz cerca del cenador—. ¡Y le dará un trago, señor, con mucho gusto! Ella no teme que nadie pruebe sus brebajes.

—Gracias —contestó efusivo el profesor—. La señora Fox, ¿verdad? ¿Y su hija es la señora de Alfred Uffley? Iré a visitarla en cuanto tenga oportunidad. Veamos, ¿por dónde íbamos?

Parecía haber algunas dudas. Una segunda voz desde la retaguardia dijo que su padre sabía hacer aguamiel. Un grupito (concentrado alrededor del cenador) parecía opinar que la señora

Pye había ganado el primer premio no cinco años seguidos, sino cuatro.

—Divide y vencerás —murmuró alegremente el profesor Pounce.

Y la misma idea, quizá expresada de otra manera, debió de rondar también por la cabeza de la señora Pye, que dio la espalda a la ventana y se enfrentó imperativa a sus tropas.

—¡Ya basta!, —gritó—. ¡Dejaos de cháchara! No hemos venido aquí a parlotear sobre el mosto de jengibre.

—¿Ah, no?, —replicó la señora Fox.

—¿Quién fue —chilló la señora Fletcher, errando por lealtad— el que casi mata al padre de Sarah Thirkettle? ¡Fue él!

—¡Sí!, —la secundó la señorita Thirkettle—. ¡Fue él!

—¡Lástima que no lo rematara!, —terció la señora Uffley—. ¡Ahora el viejo está como unas pascuas porque le roba dos pintas de cerveza al mío todos los días!

—Le ha dado a ese vejestorio más años de vida —añadió la señora Fox—. Sarah debería estar agradecida.

La señora Pye golpeó la pared de ladrillo con su paraguas.

—¡Os diré a qué hemos venido!, —gritó—. ¡Hemos venido a impedir que este vil canalla haga un espectáculo pagano de todo el pueblo! ¡Hemos venido a impedir que su concubina vague desnuda por los campos de gente decente! ¡Hemos venido a decirle que, si sigue con sus pecaminosas obras, será él quien se dé un chapuzón en el Bowen! Hace ya tiempo que han pasado sus tres minutos y ¿ha dicho algo de que nosotras tengamos razón y él esté equivocado? No. Solo os ha dorado la píldora con vuestros mostos de jengibre y vosotras, pobres necias —terminó la señora Pye en tono despectivo —, solo sabéis tragárosla.

Y calló. Su oratoria era casi tan buena como la del profesor, pero cometió dos errores fundamentales: mostrar su desprecio por el público y volver a mencionar un tema irrelevante.

—Mi hija… —empezó con toda intención la señora Fox.

—En el treinta y cinco —dijo una segunda voz— ganó la señora Bassett. Lo recuerdo como si fuera ayer…

El profesor aprovechó la oportunidad.

—Todas las comparaciones son ingratas —proclamó con mucha labia—. *Fiat justitia, ruat cælum…*

Nicholas, que hasta entonces creía que su tío estaba utilizando

un lenguaje demasiado académico, de pronto cayó en la cuenta de su propio error. En la mente de la Asociación de Mujeres, ese era un lenguaje asociado solo a los sermones y la coletilla en latín completó el efecto púlpito. Al instante, todas las cabezas se volvieron hacia la ventana.

—Por lo tanto, participar en cualquier concurso, someterse a cualquier prueba —continuó el profesor—, implica cierto grado de valor moral o físico. A veces implica ambas cosas, como en la prueba que me propongo dirigir mañana. Por eso, señoras, me niego a que me aparten. He hablado de morralla, de populacho, pero entre esa morralla, entre ese populacho, he encontrado el valor físico necesario para cruzar un arroyo de aguas rápidas por piedras resbaladizas y el valor moral que no teme el desafío al tesoro más preciado de la mujer. Puede sentirse cierta contrariedad natural al recibir un segundo premio por el mosto de jengibre: ¿quién se arriesgaría a recibir un segundo premio en cuestión de castidad? Las damas que me ayudarán mañana corren ese riesgo porque para ellas el riesgo no existe: están seguras de su propia virtud. Y yo no voy a insultarlas quitándoles ahora la oportunidad de demostrarlo.

El silencio se hizo más profundo. Luego un leve murmullo, como el primer zumbido de una colmena cuando la perturban, se elevó por todo el jardín. El profesor se apoyó despreocupado en el marco de la ventana y contempló su obra, y Nicholas miró a su tío. La opinión que tenía del viejo estaba cambiando por completo.

—¡Señor!

La voz era indecisa, pero expectante. El profesor Pounce se asomó y escudriñó la oscuridad. Una figura más delgada y juvenil se había adelantado. Era la joven Sally.

—¡Señor Pounce!, —dijo la chica—. ¡Yo no tengo miedo!

La señora Pye se rio con sorna. Sally giró sobre sí misma.

—¡No lo tengo!, —chilló—. Sé lo que piensa todo el mundo…

—Lo que sabe todo el mundo —corrigió la señora Pye—. Tú y ese joven Cockbrow…

—¡No es verdad!, —gritó la muchacha—. ¡Es una cochina mentira! Y por eso voy a hacer la prueba como quiere el señor Pounce, ¡solo para demostrarlo! ¡No tengo miedo!

—¡Ni yo tampoco!, —se sumó la señora Fox—. ¡Ni mi hija!

El grito fue recogido por más de una voz. Parecía que ninguna

tenía miedo. La señora Pye tuvo que elevar el tono al máximo para que se la oyera por encima del tumulto.

—¡Idiotas!, —gritó—. ¡Dejaros embaucar por un viejo pecador! El que deja que su concubina vaya desnuda…

—¡No querrá que nos desnudemos!, —exclamó Sally.

—Por supuesto que no —dijo el profesor—. De hecho, preferiría que todas las candidatas llevaran su atuendo dominical. Las que no tengan ropa de domingo…

—¡Yo tengo ropa de domingo!, —dijo la señora Fletcher, traicionándose al fin.

Todas tenían ropa de domingo. El deseo de exhibirla en una competición les henchía el pecho. Fue el golpe más astuto del profesor hasta el momento.

—Señoras —dijo—, no voy a presionarlas. Solo quiero decirles lo encantado y lo agradecido que estaría si vinieran mañana. No les estoy pidiendo que vengan; de hecho, si alguna de ustedes siente el más mínimo nerviosismo, preferiría que no lo hiciera, pero puedo añadir que, después de la mera formalidad de nuestra pequeña ceremonia, habrá café y pasteles aquí en la casa señorial. Y a propósito de esto, mi cuñada, la señora Pounce, me ha pedido que les traslade que, aunque todas serán bienvenidas, le gustaría hacerse una idea aproximada del número de asistentes. Levanten la mano, por favor.

Se levantaron todas menos una. Solo la mano de la señora Pye siguió pegada a su regazo.

—Gracias —dijo el profesor—. Cuento treinta y nueve. Solo una cosa más: me he enterado de que la señorita Smith, la joven que ha venido de Londres para ayudarme, ha sufrido una afrenta intolerable por parte de una de ustedes. Quién arrojó esa piedra, quién arrojó esa primera piedra, no lo sé. Pero debe haber una disculpa.

Nicholas contuvo el aliento. Había una cosa que ni siquiera su tío podía conseguir y eso era obligar a ninguna de las mujeres del pueblo a disculparse en persona con Carmen Smith. Pero el profesor se detuvo solo un instante.

—Entiendo, entonces, que puedo transmitir yo mismo esa disculpa a la señorita Smith sin demora. Gracias —concluyó enseguida el profesor Pounce—. Aprobado por unanimidad; se

levanta la sesión; buenas noches.

CAPÍTULO 18

1

La fatídica mañana amaneció brumosa, amenazando con calor. A las diez, la niebla se había deshilachado en finas hebras. A mediodía, el cielo era una cúpula azul, cristalina y sin nubes. Era un día perfecto para poner a prueba la castidad.

El agua del arroyo Bowen, serena pues no había ni un ápice de brisa que la turbase, discurría por su cauce con total tranquilidad. Ni siquiera la hilera de piedras pasaderas perturbaba la corriente: el suave elemento se abría y se deslizaba entre ellas sin formar apenas una onda. Nada podía resultar más tranquilizador. La superficie de las propias piedras estaba lisa y seca; solo sobre la piedra de la castidad, pulida por el largo uso doméstico en el fregadero de los Thirkettle, corría de vez en cuando una fina lengua mojada. El espacio entre piedra y piedra variaba entre los sesenta y los noventa centímetros. La profundidad del lecho entre ellas no llegaba al medio metro. A ambos lados, la orilla tenía un ángulo de inclinación no superior al cuatro por ciento. (Estas cifras, tomadas del cuaderno del profesor Pounce, apoyan la teoría de la señorita Hyatt de que la prueba era una cuestión casi psicológica). Bajo la sombra del puente nuevo, a unos veinte metros río arriba, dormitaba un gran lucio, pero no por mucho tiempo.

2

—Es una pena —dijo Nicholas pensativo— que no tengamos una cámara de cine.

Fue una verdadera lástima, desde luego. Aparte del interés humano, aquella reunión habría proporcionado material de sobra para un corto documental sonoro sobre el vestido de la mujer desde 1860. La señora Thirkettle llevaba un chal de Paisley adquirido en

la Gran Exposición y la señora Uffley, la chaqueta ribeteada de abalorios con la que se había casado su madre; la brecha entre tales hitos históricos y las sedas producidas en serie de la generación más joven se salvaba con muchos corpiños, gorritos y puntillas extrañas. Una figura interesante era la de la señorita Hyatt, que con un fino sentido de lo pintoresco se había puesto un vestido estampado, medias blancas y zapatos negros. (Nicholas se moría de ganas por saber si también llevaba ligas verdes, pero, teniendo en cuenta el punto en el que estaba su relación, no se le ocurrió forma alguna de averiguarlo). Todas las mujeres del pueblo estaban presentes —salvo la señora Pye, que se había quedado en casa con las persianas bajadas, y la señora Crowner, que se había llevado al vicario a Ipswich para pasar el día— y también todos los hombres que pudieron ausentarse de su trabajo. Los *boy scouts* habían acudido en masa y, esperanzados, llevaban consigo la camilla. En medio de la multitud estaba el profesor Pounce, con su cuaderno de notas y un lápiz indeleble; un poco apartados, Nicholas acompañaba a su madre y a Carmen Smith. Tenía instrucciones de mantener a esta última en un segundo plano en la medida de lo posible y, por suerte, la conciencia financiera de Carmen le facilitó la tarea. Estaba concentrada en su trabajo y no dirigió ni una sola mirada a los hombres.

—¡Atención!, —exclamó el profesor Pounce—. Para empezar, que todos los hombres vayan a la orilla opuesta.

Tom Uffley se adelantó con una sonrisa.

—¿Qué, nos van a juzgar a nosotros también, señor?

—No —replicó el profesor Pounce—. Ustedes cruzarán por el puente.

Hubo un estallido de estridentes risas burlonas cuando los hombres subieron a regañadientes por la orilla y, dispersos, fueron cruzando al otro lado. Su forma de andar, y las risas, rompieron el hielo y animaron a la muchedumbre. El profesor Pounce recorría las filas femeninas anotando nombres en su cuaderno. Un vendedor de helados ambulante, que pasaba por allí pedaleando sin mucho espíritu, se convirtió empujado por la masa de gente en un agresivo comerciante.

—¡Nombre, por favor!, —instaba el profesor.

—¡Cucuruchos, de un penique y de dos!, —gritaba el vendedor

de helados.

—¡Mira por dónde pisas, mujer!, —exclamaban los hombres al cruzar el puente. O bien «¡Te estaré vigilando!» y muchas otras lindezas similares.

Era una escena de lo más animada.

—¿Estás bien, madre?, —preguntó Nicholas nervioso.

La señora Pounce asintió. Ella también llevaba su vestido de los domingos, un pañuelo de lunares muy bonito y sus mejores zapatos para andar. Había rechazado de plano la sugerencia de su hijo de ponerse unos con suela de goma.

—Si no quieres hacerlo, el tío ya tiene gente de sobra.

—Quiero hacerlo —dijo la señora Pounce—. Debo hacerlo.

—De acuerdo. Tú tómatelo con calma y no te mojes los pies.

Fue un comentario absurdo, como se dio cuenta más tarde. Su madre lo miró de un modo extraño y se volvió hacia el profesor Pounce.

—¿No crees que es hora de empezar, Isaac?

—Sí, claro —convino el profesor—. ¿Alguien tiene un sonajero?

Nadie tenía. Miró a su alrededor, se dirigió al carro de los helados y tocó la campana. Para Nicholas, aquella fue la incongruencia más divertida de todas: un juicio de castidad al estilo nórdico iniciado por la campana de un vendedor ambulante de helados. ¿O había después de todo una curiosa y extraña adecuación? Los nórdicos habían descubierto América y los americanos el helado y, para ambos pueblos, la virtud de sus mujeres siempre había sido muy importante… Pero no tuvo tiempo de seguir esta fascinante línea de pensamiento. En el repentino silencio, su tío volvió a hablar.

—Veamos —dijo el profesor, abriendo el cuaderno—, ¿quién será la primera?

—¡Yo!, —gritó la señora Powley.

Se adelantó orgullosa y dejó que todos la vieran bien. Estaba magnífica. Llevaba un vestido de seda floreada, de vivos colores en rojo, blanco y azul, y por encima un abrigo azul claro y una boa de plumas. En la cabeza, un sombrero nuevo adornado con llamativos lazos. Se había puesto guantes amarillos y un par de zapatos de fiesta con los tacones más altos jamás vistos en Gillenham.

—Mi querida señora —sonrió el profesor—, no sé qué elogiar

primero: su aspecto o su espíritu. Permítame.

Con mucha ceremonia, la condujo a la orilla del arroyo. La multitud los siguió de cerca. La señora Powley puso el pie derecho en la primera piedra, el izquierdo en la segunda, el derecho de nuevo en la piedra de la castidad y así marchó triunfante hasta los brazos de Jim en la orilla contraria. Allí se dio la vuelta y, con una mano en la de su marido, sonrió radiante a la multitud que la aplaudía.

—¿Qué os parece, granujas?, —preguntó la mujer del tabernero.

Aquello fue suficiente para provocar una estampida. El profesor, que se apresuró a tomar nota de que la señora Powley era casta al cien por cien, se plantó al borde del agua y trató heroicamente de contener a la muchedumbre.

—¡De una en una, señoras!, —gritaba—. ¡De una en una, por favor! Todas tendrán cumplida oportunidad de cruzar.

Pero las mujeres siguieron avanzando; la joven Sally se le coló por debajo de un brazo, llegó a la primera piedra y cruzó corriendo. Media docena de las chicas más jóvenes y ágiles la siguieron. El profesor Pounce se aferró a su cuaderno e intentó tomar notas a la desesperada mientras los hombres del puente gritaban para darle ánimos.

—¡Nosotros le llevamos la cuenta, señor!, —decían—. ¡Grace ha cruzado! ¡Violet ha cruzado! ¡Mabel lo ha conseguido!

El lápiz del profesor no podía seguirles el ritmo, la situación se le escapaba rápidamente de las manos; miró a su alrededor y vio a su cuñada.

—¡Señora Pounce!, —la llamó—. ¡Siguiente candidata, la señora Pounce!

Fue una buena jugada. La señora Pounce imponía respeto. Nadie la empujaba. A medida que avanzaba, las mujeres dejaban de darse codazos y le dejaban el camino libre.

—Gracias, Maud —dijo el profesor agradecido.

La señora Pounce no lo miró. Tenía los ojos clavados en la fila de piedras. Nicholas la siguió hasta el borde y vio que plantaba un pie con firmeza en la primera piedra. Puso el otro pie a su lado y se detuvo. Entre las mujeres mayores corrió un murmullo de aprobación. *Esa* era la forma de cruzar, despacio, con dignidad, no saltando como una cabra; la señora Pounce era una dama, sabía

cómo hacerlo, y el ejemplo, sobre todo para aquellas que sufrían de reuma, era muy bienvenido. De este modo, la señora Pounce se trasladó con seguridad de la primera piedra a la segunda, de la segunda a la tercera, y así llegó a la piedra de la castidad.

Llegó y se atascó.

—¡No puedo!, —se lamentó la mujer.

Los murmullos de aprobación se convirtieron en gritos de ánimo. Le decían que no mirase hacia abajo, que no mirase hacia arriba, que no mirase hacia atrás. Nicholas se adelantó de un salto al tiempo que proclamaba, por instinto, que a su madre siempre le habían aterrorizado las corrientes de agua. Desde el otro lado, la señora Powley le gritó que corriera. La señora Pounce, sin embargo, se quedó donde estaba, con los piececillos regordetes pegados, las manos agarradas a las rodillas y la cara desencajada por la consternación.

—¡Tranquila, madre!, —le dijo Nicholas—. ¡Voy a por ti!

Ya estaba sobre la primera piedra, con la mano extendida. Pero llegó demasiado tarde. Al oír su voz, su madre había mirado a su alrededor, se había dado media vuelta y había perdido el equilibrio. Delante de todo Gillenham… ¡plas, la señora Pounce se cayó al agua!

3

Media docena de manos voluntariosas —las de Jim, la señora Powley y el propio Nicholas— la sacaron de allí. Solo estaba mojada hasta la cintura, y solo por detrás, pues había aterrizado de lleno sobre el trasero, pero los gritos pidiendo brandi y mantas se elevaron de inmediato desde ambas orillas. Los *boy scouts* desplegaron esperanzados la camilla, pero el profesor Pounce los hizo retroceder con un gesto: la señora Pounce aún podía caminar. Sostenida con cariño por Nicholas, pero con cierta urgencia, salió de entre la multitud.

—¡Siguiente!, —gritó el profesor.

Nicholas, que rodeaba a su madre con un brazo, consiguió ver de reojo el cuaderno. Junto al nombre de su cuñada, el profesor había anotado un gran cero.

Era un hombre de lo más terco.

4

Al final no hubo fiesta en la vieja casa señorial ese día. Con suma delicadeza, los invitados se mantuvieron alejados, pues sin duda les pareció que mal podían hacer alarde de sus excelentes notas en castidad delante de una anfitriona que había suspendido con un cero. La señora Leatherwright llevó las bandejas con los bollos y las jarras de café al campo que había más allá del huerto y allí ofrecieron un almuerzo al aire libre. Para sorpresa de Nicholas, el profesor también salió; desde el banco de una de las ventanas de arriba lo vio dando discursos, al parecer, brindando y, en general, siendo el alma de la fiesta. Parecía una actitud cruel, con la ropa interior de su cuñada aún secándose frente al fuego de la cocina, pero era obvio que la popularidad se le había subido a la cabeza.

Nicholas bajó de su observatorio y se dirigió con paso lento a la habitación de su madre. No la había visto desde que se retiró para secarse y apenas había intercambiado una palabra con ella mientras volvían chorreando a la casa. No se moría de ganas por hacerlo ahora, pero sabía que la mujer necesitaría consuelo. También era probable que le apeteciese una taza de té, así que el joven, en parte por pura bondad y en parte para aplazar el momento decisivo, se dio la vuelta en la escalera y bajó a la cocina con la idea de preparársela.

La cocina, sin embargo, no estaba vacía. La señora Leatherwright, cargada con una pila de platos, acababa de entrar por la puerta del jardín.

—Ah, hola —dijo Nicholas. No sabía mucho de la señora Leatherwright, pero siempre se había mantenido obedientemente alejado de su cocina y así se había ganado su aprobación en la distancia. Ahora, de pronto, ya no quiso pedir una taza de té para la señora Pounce. No quería mencionar a su madre en absoluto. Por otra parte, estaba deseando saber cómo les había ido a las demás mujeres en la prueba, en particular a Carmen.

—Hola —dijo pues—. ¿Ya han terminado?

—El señor Pounce sigue dando discursos —le informó la señora

Leatherwright sin entusiasmo—. Yo diría que tiene cuerda para rato.

—¿Cómo ha ido todo después… después de que me fuera?

—Sorprendentemente bien —repuso el ama de llaves.

Nicholas se quedó pensativo.

—¿Han cruzado todas sin incidentes?

Una extraña sonrisa iluminó el semblante de la señora Leatherwright.

—Todas —asintió—. Todas excepto Carmen Smith.

Nicholas silbó.

—Esa se ha dado un buen batacazo —añadió la otra encantada —. Tan desvergonzada que iba paseándose, con el mentón levantado como la reina de Egipto. —(Nicholas se la imaginó: Carmen con la cabeza alta bajo el sol)—. Abran paso a su alteza real, debía de pensar… Y tanto que lo hemos hecho, ¿quién querría rozarse con alguien como ella? —(Nicholas se lo imaginaba: las filas de mujeres ojipláticas y celosas, los hombres boquiabiertos en el puente)—. Ha empezado como si nada: uno, dos y luego la piedra. Habrá pisado de lado en el borde, sin mirar siquiera por dónde iba, porque se ha resbalado y, con un tremendo chapoteo, ¡allí estaba su majestad en el agua!

—¿Se ha hecho daño?, —le preguntó Nicholas preocupado.

—Ninguno. Se ha levantado sola, tan descarada como siempre. Ha subido por el arroyo, metida en el agua hasta las rodillas, y ha pasado por debajo del puente con los hombres encima. Ellos la miraban y ella les ha puesto una cara que no le han dicho ni una palabra. Luego ha salido del arroyo más allá del puente y se ha marchado como indignada por los campos de Vander.

Como una princesa cisne, pensó Nicholas, como una criatura acuática, como un ser de otro elemento. ¿Qué habían visto los hombres del puente en esos ojos extraordinarios? ¿El reflejo de sus propios deseos masculinos, pero tan desnudos, tan poco adulterados por las convenciones y la moral aceptada que ellos mismos se avergonzaron? En cualquier caso, habían visto lo suficiente para callarse.

—Me habría gustado estar allí —dijo Nicholas. Un viejo sentimiento lo embargaba de nuevo. Si hubiera estado allí, Carmen no habría tenido que hacer sola aquel gesto desafiante. Él se habría

acercado, la habría protegido, habría impuesto el respeto que ella misma había tenido que imponer para sí…

—Ha sido todo un espectáculo —coincidió la señora Leatherwright—. No voy a olvidarlo mientras viva.

La puerta se abrió y entró Carmen.

5

Aún estaba mojada; la ropa, que el sol le había medio secado de forma irregular, se le pegaba al cuerpo con precisión. La señora Leatherwright la miró y se marchó.

Sobre la mesa había una barra de pan y algo de queso. Carmen se cortó un buen trozo de cada y se preparó para volver a salir.

—¡Carmen!, —la llamó Nicholas.

La joven se detuvo. Tenía una mano en la puerta y con la otra se llevaba el pan y el queso a la boca.

—Ahora no puedo hablar, quiero cambiarme de ropa.

—No quiero que hables. Solo quiero decirte…

—Dímelo arriba —repuso ella al tiempo que abría la puerta.

Nicholas la siguió. Era muy difícil hablar con palabras bonitas y poéticas, como él deseaba, a una persona que insistía en comer pan y queso mientras subía las escaleras corriendo dos pasos por delante de uno.

—Carmen —jadeó el chico en el rellano—, quiero decirte que siento mucho no haber estado allí cuando… Cuando te has…

—Cuando me he caído. No pasa nada.

—Seguro que has estado maravillosa. Excepcional. Pero claro, tú eres maravillosa. Habrá sido un espanto, después de esa caída…

—No pasa nada —repitió ella—. No te preocupes. Me lo han pagado.

Terminó de subir y se fue a su habitación. Nicholas se sentó en el último escalón y apoyó la cabeza en las rodillas. Las últimas palabras de Carmen habían vuelto a sacarlo de sus casillas. Esperaba que no le hubiera dicho nada parecido al profesor Pounce. Nunca había estado muy seguro de cuánta fe tenía su tío en el poder de la piedra, pero desde luego daba mucha importancia a su monografía y cualquier duda sobre la buena fe de Carmen echaría

por tierra todas las pruebas. ¿O eso ya lo había hecho la señora Pounce?

Aquello recordó a Nicholas su propósito original. Pero tenía calor y hambre. Decidió que primero se lavaría y comería algo. Después de todo, uno tenía que sentirse fuerte antes de ofrecer consuelo a una madre que acababa de sacar un cero en castidad. Se levantó y recorrió el pasillo en dirección al cuarto de baño. Al pasar por la puerta de la señora Pounce, no obstante, la voz de la mujer sonó dentro.

—¿Eres tú, Nicholas?

—Sí, madre.

—Pasa, cariño. Quiero hablar contigo.

CAPÍTULO 19

1

La señora Pounce estaba haciendo el equipaje. Casi había terminado. Al entrar su hijo, se volvió, se sentó sobre una maleta a punto de reventar y lo miró a los ojos con expresión desesperada.

—Me voy —le dijo—. Mañana.

Estaba mucho más tranquila de lo que Nicholas esperaba, aunque jamás la había visto hacer las maletas tan rápido.

—Si crees que tienes que hacerlo…

—Por supuesto que tengo que hacerlo. No puedo volver a poner un pie en este pueblo, fuera de esta casa.

—Pero madre, todo el mundo sabe que ha sido un accidente…

—No ha sido un accidente —repuso ella.

Nicholas se quedó mirándola.

—Es cierto —insistió la señora Pounce. Estaba perdiendo la compostura rápidamente. Sacó un pañuelo y lo estrujó nerviosa entre los dedos. Aquellos piececillos, ahora en zapatillas de estar por casa, se revolvían inquietos en el suelo—. ¡Es cierto!

—¿El qué es cierto, madre?

—Lo de la piedra. En cuanto la he tocado he sentido… una especie de poder que no me dejaba moverme. Y cuando lo he intentado, ya sabes lo que ha ocurrido. Es todo verdad y, ¡ay, Nicholas!, tu madre no es una mujer honesta.

Muy alterado por este despliegue de histeria, Nicholas fue a sentarse junto a ella sobre la maleta y le rodeó los hombros con los brazos.

—Escucha, mamá —dijo angustiado—, te has llevado un susto tremendo…

—Nada comparado con el que te vas a llevar tú —replicó la señora Pounce con inesperada gravedad.

Se apartó un poco para poder girarse y mirarlo a la cara y, por

primera vez desde que tenía uso de razón, Nicholas esperó con verdadera impaciencia lo que su madre iba a decir a continuación.

—Tu padre, Nicholas…

—Ya lo sé —dijo este como un resorte—. Era el mejor hombre…

—¡Nada de eso!, —exclamó ella.

Nicholas no podía creer lo que oía.

—Si vuelves a decir eso —siguió la señora Pounce—, me pondré a gritar. Es lo único que habéis dicho, tu tío y tú, cada vez que he intentado contároslo. Y no tenía valor para destruir la imagen que tenéis de él. No podía hablar con nadie, nadie ha mostrado ni un poquito de comprensión. Pero ya he aguantado bastante y tú también tienes que saberlo. Nicholas, tu padre no era lo que parecía.

—¡Caray! —El chico sintió una repentina oleada de interés, de esperanza, de afecto—. ¿Qué hizo?

—Me engañó.

—Pero ¿cómo?

—En realidad —se desahogó por fin la señora Pounce—, nunca estuve casada con él.

Nicholas casi se cae de la maleta.

—Y la piedra lo sabía —dijo su madre.

2

Su historia era tan simple, una historia de irresponsabilidad tan humana, que de inmediato se hizo creíble. En 1909, cuando el difunto Ephraim Pounce tenía veinticuatro años, el banco lo envió a la sucursal de Mánchester y, en esa ciudad, se enamoró de una hermosa camarera. Con una imprudencia más sorprendente en ella que en él, se casaron en secreto; en secreto, porque el banco no aprobaba el matrimonio de empleados subalternos. La señorita Lovell conservó su apellido de soltera y su trabajo y el joven Pounce siguió llevando una vida aparentemente célibe. No tuvieron descendencia que bendijera su unión. Al cabo de un año, el joven Pounce fue trasladado a Brístol y se vio obligado a dejar atrás a su esposa. Tiempo después, la señorita Lovell consiguió un trabajo mejor en Sheffield. La chica no era, cuando menos, una escritora

consumada, el hotel de Mánchester se cansó de reenviarle las cartas de Ephraim y la correspondencia se interrumpió por completo. Ambos estaban prosperando en el mundo: la señorita Lovell, floreciente detrás de una sucesión de barras cada vez más suntuosas, no tenía ningún deseo de convertirse en ama de casa; a Ephraim Pounce, que se tomaba su trabajo cada vez más en serio, todo aquel episodio de su vida matrimonial debió de parecerle un sueño increíble. En 1914, la guerra lo separó aún más de su antigua vida y un año más tarde, con toda discreción, cometió un delito de bigamia al casarse con la futura madre de Nicholas. Desde entonces y hasta su muerte en 1930, su vida fue un modelo de rectitud, abnegación y todas las virtudes cívicas.

La señorita Lovell, en cambio, siguió siendo oficialmente la señorita Lovell. Tal vez su primera experiencia con el matrimonio le había infundido cierta desconfianza hacia tal estado, tal vez era más escrupulosa que su marido; sus muchos atractivos le valieron un número igual de honrados pretendientes, pero a todos les dijo que no. Y luego, en 1938, apareció en escena el ideal de la camarera: un caballero con casa propia en Brighton. La señorita Lovell tenía para entonces cuarenta y ocho años: era una mujer magnífica con muchos otoños prometedores aún por delante, pero ya en edad de considerar seriamente su futuro. Se lo pensó mucho, de hecho, y como resultado de sus reflexiones puso un anuncio en todos los periódicos británicos solicitando noticias del señor Ephraim Pounce.

Su hermano, el profesor, que no leía nada que no tuviese que ver con su trabajo, nunca lo vio. La señora Pounce, que leía la columna del *Telegraph* todas las mañanas, sí. Con una agradable sensación de secretismo e importancia, no dijo nada ni a su hijo ni a su cuñado, sino que escribió al número de apartado de correos que se indicaba. Esperaba un pequeño legado; lo que obtuvo fue la visita de la primera y única señora Pounce.

La señora Pounce, de soltera Lovell, trajo consigo sus certificados matrimoniales, pero no era en absoluto una chantajista. Dejó caer alguna lágrima por cortesía, pero era obvio que estaba encantada de que le confirmasen el fallecimiento de su marido y regresó a Brighton con la promesa de no decir nunca una palabra sobre aquel asunto que ya era agua pasada. En muchos sentidos era una mujer simpatiquísima, pero dejó a la actual señora Pounce en

un estado rayano en la locura.

3

—Es… —sollozó la señora Pounce al terminar el relato— como si nunca lo hubiera *conocido* de verdad…

—Lo mismo digo —asintió Nicholas—. ¡Caray!

El joven tuvo una abrumadora sensación de libertad. Saber que su intachable progenitor había cometido un desliz (más que un desliz, un delito grave) fue como quitarse un gran peso de encima. Deseó haberse enterado antes, cuando el viejo aún vivía. Pensó que podría haber sido mucho más respetuoso con su padre si hubiera sabido que era bígamo.

—¿Cómo era esa mujer?, —preguntó con curiosidad.

—Un poco como Carmen —dijo la señora Pounce—. Como será Carmen. Ay, Nicholas, ¿cómo *pudo*?

Nicholas sabía muy bien cómo pudo hacerlo. También le pareció oír una voz de advertencia, aunque comprensiva, desde la tumba.

—Me he intentado convencer —continuó la señora Pounce—, me he dicho a mí misma una y otra vez que no era verdad. Que no podía ser verdad. Que, a pesar de todo, tenía que haber un error. Otro hombre con el mismo nombre y apellido… Pero hoy, delante de esa piedra, lo he sabido.

Nicholas le dio una suave palmadita en la espalda.

—En cualquier caso —trató de consolarla—, nadie más lo sabe. Nadie lo sabrá nunca. Todo ha terminado. No entiendo por qué te preocupas tanto.

—¡Mi pobre niño!, —exclamó la señora Pounce.

—No estoy disgustado, de verdad.

Su madre lo miró.

—No te das cuenta de lo que esto significa, Nicholas. De lo que significa para *ti*. Mi pobre muchacho, eres un… ¡No naciste dentro del matrimonio!

Eso era, en efecto, una perspectiva nueva sobre el asunto. Nicholas lo consideró un momento y se dio cuenta de que no le importaba en absoluto. En todo caso, creía que el hecho de no haber nacido dentro del matrimonio le daba un toque de glamur, de

romanticismo, que antes le faltaba. De repente se sintió mucho más ambicioso, mucho más emprendedor. Pero era demasiado pronto para exponer este punto de vista delante de la señora Pounce.

—Mamá, querida —le dijo—, pasara lo que pasara en 1909, o en 1915, sigo pensando lo mismo: mi padre fue el mejor hombre que haya existido jamás.

4

Fue algo después, cuando la señora Pounce hubo recobrado cierta tranquilidad, cuando se planteó la cuestión de si debían o no contar la historia de Ephraim Pounce a su hermano. No cabía duda de que el profesor estaría encantado de oírla; era un testimonio de lo más sólido y convincente. De hecho, era justo lo que el profesor quería y Nicholas estaba dispuesto a dárselo, pero la señora Pounce se mantuvo firme.

—No me escuchó cuando quise contárselo y ahora nunca lo sabrá. ¡No me escuchó, Nicholas!

—Yo tampoco —repuso él incómodo.

—Tú sí me escuchabas, cariño. Solo que siempre decías algo tan bonito de tu padre que yo no podía seguir. Tu tío no me ha escuchado.

En fin, que nos sirva de advertencia, pensó Nicholas. No le importaba demasiado. Estaba de acuerdo en que el profesor Pounce debía pagar, aunque fuera de manera inconsciente, por su falta de sensibilidad. No obstante, pasó un mal rato cuando bajó las escaleras y se encontró con su tío en el vestíbulo.

5

—¿Cómo está tu madre?, —le preguntó el profesor.

—Está haciendo las maletas. Quiere irse mañana.

Su tío parecía preocupado.

—Ha sido extraño —dijo—. Muy extraño, la verdad. Como sabes, yo mismo fui testigo de su boda.

—Lo sé, señor.

—Y tengo el absoluto convencimiento moral de que no ha

cometido… ningún «desliz» desde entonces. Jamás.

—Estoy seguro de que no, señor.

—De no ser por ese único incidente, podría haber presentado un conjunto de datos muy convincente. Si tu madre…

—¿Y no podría dejarla fuera, sin más?

El profesor Pounce negó con la cabeza.

—La conciencia no me lo permitiría. Debo aceptar los hechos sin trampa y sin queja.

Por un momento, Nicholas vaciló. Ojalá pudiera contarle la verdad a su tío bajo voto de silencio. Pero sabía muy bien que tal juramento no obligaría al profesor. Su conciencia podía ser científicamente estricta, pero también era, en interés de la ciencia, peculiarmente elástica. El profesor Pounce no dudaría lo más mínimo en exponer toda la historia de su hermano y la señorita Lovell ante la asamblea en pleno de los folcloristas de Reino Unido.

—Lo siento, tío Isaac —dijo Nicholas con sinceridad.

—No es culpa tuya, muchacho. ¿Dices que tu madre está haciendo las maletas?

—Quiere irse por la mañana, señor.

—Es normal —suspiró el profesor—. ¿Y tú?

—Creo que será mejor que la acompañe.

—Nos iremos todos —concluyó el profesor Pounce—. Tu madre, tú, Carmen y yo. Aquí ya no hacemos nada útil.

A Nicholas le pareció una forma extraña de plantearlo, pero estaba demasiado apenado por él como para desilusionarlo.

—Hay que decírselo a la señora Leatherwright —añadió el profesor. Luego hizo una pausa—. ¿Sabes, Nicholas? Es una mujer muy misteriosa. Estos días hemos convivido con ella más que con nadie en el pueblo y es de la que menos sabemos.

—No le gusta que la molesten.

—A pocas cocineras les gusta. Pero su reserva es en verdad excepcional. Me pregunto…

—¡Tío Isaac!

—Blodgett-Blodger —murmuró el profesor—. Una fornida moza rubia… La señora Leatherwright también es bastante corpulenta…

—¡Tío Isaac!, —gritó Nicholas—. ¡Basta! Se acabó.

—Es cierto —convino con tristeza el profesor—. Se acabó. Todo ha terminado. Pero me pregunto…

Por extraño que parezca, en ese último instante, con ese último disparo a ciegas en la oscuridad, el profesor Pounce había dado con la verdad. La señora Leatherwright era bisnieta de Susannah Blodgett, que en 1805 se fue de Gillenham a Ipswich, donde se estableció como lavandera. Llevaba con ella a su hijo Enoch, de dos años, y a su debido tiempo lo puso de aprendiz con un peluquero francés llamado Duval. Enoch Blodgett, trabajador y astuto, acabó casándose con la hija de su patrón, se hizo cargo del negocio y, por razones obvias, asumió el nombre comercial. Su hija, Hannah Duval, nació en 1840 y en 1865 se casó con Phineas Conybeare, secretario de un abogado. Letitia Conybeare, la última de muchos hermanos, se casó en 1900 con John Leatherwright, pastor, que murió poco después dejando a su viuda en circunstancias bastante precarias. La señora Leatherwright se vio obligada a trabajar como cocinera y ama de llaves; pero era una buena cocinera, prosperó y el despacho de abogados que había empleado al viejo Phineas la ayudó mucho. Eran ellos los que alquilaban la vieja casa señorial y fue a través de ellos como la señora Leatherwright acabó finalmente de ama de llaves para el profesor Pounce.

¿Cuánto de todo esto sabía la señora Leatherwright? Lo suficiente para que al profesor se le hiciera la boca agua. Sabía que su madre había sido una Duval, pero que su abuelo no era francés. (Había llegado a verlo, en su lecho de muerte en 1885, cuando le pusieron la cabecita infantil bajo una mano helada para que la bendijese. ¡Había llegado a ver al hijo de Susannah Blodgett!). También había visto su contrato de aprendiz, conservado en la familia como curiosidad hasta que su madre, la señora Conybeare, lo destruyó en un arranque de esnobismo. En ese contrato aparecía el apellido Blodgett y la señora Leatherwright lo recordaba perfectamente.

Lo recordaba y se había mordido la lengua. Era una mujer con una notable fuerza de carácter. También era una mujer a la que no le gustaba que la molestasen.

CAPÍTULO 20

1

Al caer la noche, un espíritu de secreta alegría femenina se apoderó de todo el pueblo. Por una vez, en aquella comunidad rural, las mujeres estaban en la cima. Durante todo el día habían recibido, por así decirlo, certificados de virtud, de modo que las casadas se movían complacidas bajo la mirada de sus maridos y las solteras mostraban un irritante aire de superioridad. Los hombres, reunidos en el Grapes o en la calle principal, se sonreían tolerantes entre ellos, pero sin emitir ni una sola palabra de incredulidad, pues ningún hombre podía hacerlo sin impugnar la castidad de su propia esposa o novia, cosa que el orgullo masculino por supuesto prohibía. Así pues, la virtud de las mujeres de Gillenham quedó como un hecho establecido y las mujeres lo aprovechaban al máximo.

—No te lo vas a creer —le dijo el vicario a la señora Crowner—, pero me acaban de pedir que publique cuatro amonestaciones matrimoniales. No recuerdo haber recibido nunca tantas a la vez.

—¡Santo cielo!, —exclamó la señora Crowner. Conocía por experiencia la propensión de los varones de Gillenham a resistirse ante este paso decisivo; podían posponerlo, sin verdadero escándalo, hasta que llevaran ya tres meses esperando al bebé—. ¡Santo cielo!, —repitió—. Pues no había notado ninguna… Ninguna *señal*. ¿De quién son?

—Jack Uffley y Violet Brain; esa muchacha, Sally, y el joven Fletcher; el Joe de la señora Fox y Grace de Ipswich, y un par de Thirkettles.

—¿Y qué bicho crees que les habrá picado?

El vicario sonrió con pesar.

—Ojalá no me hubieras arrastrado hoy a Ipswich, querida. Dicen que la ceremonia ha sido un gran éxito.

—¡No te referirás a esa espantosa piedra de la castidad!

—A eso mismo. Desde el punto de vista de la moral, todo el pueblo tiene el visto bueno, al menos la parte femenina. Supongo que estas amonestaciones son una primera y afortunada consecuencia.

La señora Crowner se incorporó.

—Pero, Charles, yo *sé* que algunas de esas chicas…

—Yo también —convino el vicario sin acritud—. Y sin duda ellas también. Pero el poder del autoengaño es muy fuerte. Volver a ser investida oficialmente de una castidad que se ha perdido puede llevarlas a creer que nunca sucedió. Actuar desde esa creencia solo puede traer cosas buenas.

—El bien no puede salir del mal —replicó obstinada la señora Crowner.

—Por sus frutos los conoceréis —repuso el vicario—. Siempre hemos discrepado, querida, sobre la naturaleza de las actividades del profesor Pounce. Por mi parte, creo que cuatro amonestaciones matrimoniales son muy buenos frutos.

Su mujer le puso una mano en el brazo con gesto cariñoso.

—¡Pero no de las acciones del señor Pounce, Charles!

—¿De quién, entonces?

—De las tuyas, por supuesto. ¡De tus sermones!

El vicario suspiró.

—Ojalá pudiera creerlo. Y quizá, en cierto modo, haya preparado el terreno. Pero no tienes que adularme.

—No lo hago, Charles.

—Y me gustaría que fueras un poco más caritativa con el profesor Pounce.

—Rezaré por él si quieres…

—¡Claro!, —exclamó el vicario de pronto—. Yo también lo haré. Y se lo diré. Sin duda considerará la oración un interesante vestigio de antiguas supersticiones y me gustaría darle algún tipo de satisfacción.

2

En la barra del Grapes, la señora Powley estaba terminando de

fregar cuando Jim subió por fin del sótano. Se acercó a ella y la miró de arriba abajo.

—Sigues llevando el vestido de los domingos.

La señora Powley sonrió.

—¡Te has dado cuenta! Me queda bien, ¿no?

—Sí.

—Y me quedaba muy bien a mediodía, ¿verdad, criatura?

—Mucho.

La mujer salió del mostrador y se acercó a él.

—¿Estabas orgulloso de mí?

Jim asintió.

—¡Pues entonces dilo! ¡Venga!

—Estaba muy orgulloso de mi mujer. Creo que era el tipo más orgulloso de todos los que había allí. ¿Te vale así?

La señora Powley dejó escapar un largo suspiro de satisfacción.

—Me ha costado sacártelo, pero servirá.

El tabernero le rodeó los hombros con su enorme brazo, luego lo dejó caer y le dio una tierna palmadita en el trasero. La señora Powley volvió a suspirar, esta vez de puro amor.

—¿Has cerrado la trampilla del sótano, criatura?

—Sí.

—Entonces apaga las luces.

3

En la granja Vander, los Pye cenaban en silencio. No tenían nada que decirse. La señora Pye permanecía inmóvil y con gesto sombrío; por primera vez en toda una vida de lucha había perdido una batalla moral.

Las filas de Pounce se retiraban de Gillenham no derrotadas, sino victoriosas.

Pero al menos se estaban retirando. Todos. El profesor, su sobrino, la señora Pounce y Carmen Smith.

Y Carmen Smith.

La señora Pye miró amenazante a su marido. Su cólera contra él era remota y casi impersonal, no tanto la cólera de una esposa contra su marido como la cólera del justo contra el pecador. Había

pecado y sería castigado, si no en este mundo, en el otro: más probablemente en el otro, pues cualquier desgracia terrenal, como la pérdida de sus bienes, recaería también sobre ella, que no merecía castigo. Una muerte violenta podría resolver la situación, pero ningún administrador, y sin duda tendría que contratar uno para la granja, sería tan eficaz como el propio Pye, de modo que la señora Pye pensó que, teniéndolo todo en cuenta, era mejor dejarlo en esta tierra un poco más. «No hay estiércol como el pie del amo», pensó la señora Pye, y volvió a llenarle el plato con prudencia.

Lo único que nunca se le ocurrió fue que, cuando Carmen se fuera, él también podría irse. De hecho, tal idea tampoco se le pasó por la cabeza a su marido. Era un hombre muy ocupado, con dos mil acres que sacar adelante. Lamentaba la marcha de Carmen, pero al mismo tiempo reconocía que era oportuna. La cosecha estaba a la vuelta de la esquina y necesitaría dormir. Él no la olvidaría, ella no lo olvidaría a él, pero cada uno tenía su propio camino. Los dos tenían dinero que ganar.

Quizá lo mejor que habían hecho el uno por el otro era justo eso: se habían olvidado, mientras estaban juntos, del dinero.

El señor Pye no sabía por qué, pero de pronto se acordó de su abuela. No podía haber dos mujeres más distintas. Rebuscó con gran esfuerzo en su memoria, pues no estaba acostumbrado a examinar sus propios pensamientos, para encontrar la conexión. Tenía algo que ver con un regalo. Él había mantenido a su abuela hasta el final de sus días, pero claro, por su propio orgullo y posición no podía hacer menos. No, no era eso. Entonces recordó que un día de mercado, en Ipswich, le había comprado un par de loros de porcelana, baratos, porque uno de ellos estaba desconchado, y ella los cogió y los toqueteó con sus viejas manos, contenta como unas castañuelas, y le preguntó: «¿Y esto por qué?». Y él contestó: «Quiero que tengas algo bonito, abuela». Entonces la mujer le dijo: «Tom, creo que aún podrás salvarte». ¿No era raro acordarse de algo así después de cuarenta años?

El señor Pye miró a su mujer.

—¿Dónde están los loros de porcelana?, —le preguntó.

La señora Pye se quedó mirándolo.

—En el salón. En la vitrina, que es su sitio.

—Pues sácalos —le ordenó su marido—, y ponlos aquí sobre la

repisa de la chimenea. Quiero tenerlos en mente.

4

Aquella noche, muy tarde, cuando Gillenham dormía, cuando la vicaría dormía, y la granja Vander, y el Grapes, Nicholas Pounce salió al jardín y se quedó un buen rato contemplando el tejado de la vieja casa señorial. La enorme chimenea se alzaba firme hacia las estrellas, sus amplias vertientes se cernían con aplomo sobre la tierra. Le hacía sentirse muy joven y, por primera vez en su vida, no le importó.

Había que ser joven alguna vez. Había que ir descubriendo las cosas. Uno no podía aprenderlo todo de golpe, ni siquiera sobre las mujeres.

Nicholas pensó en Bridget, en Carmen, en Mildred Hyatt. Le vinieron a la mente en ese orden: el día y la noche y el Museo Británico. De su relación con cada una de ellas había adquirido una gota, una pizca, de conocimiento. Bridget le había enseñado lo adorable que es un alma inocente; Carmen, la pura belleza de la carne, y Mildred…

Nicholas recordó el ejemplar de *Lo que el viento se llevó* en el sofá y, por primera vez, aquel episodio le pareció divertido. Se rio en voz alta. Se reía de sí mismo y, en ese momento, mientras estaba allí riéndose, sintiéndose tan joven, su extremada juventud acabó. Su risa había roto el cascarón.

Volvió a pensar en su padre; la risa cesó, pero siguió sonriendo. ¡Un trabajador sobrio, recto y bígamo! El íntegro, el inmaculado Ephraim, ¡saliéndose con la suya a la chita callando! «¡Caramba!, —pensó—. ¡Ojalá estuvieras aquí ahora!». Miró al cielo y llamó al fantasma de su padre, al fantasma que tanto tiempo había estado esquivando y por el que ahora sentía tanto afecto.

—Tú no crees que me importe, ¿no, viejo? ¿Crees que me importa ser un bastardo, papá? Te aseguro que no —dijo Nicholas dirigiéndose muy serio a la Osa Mayor—. Y mamá lo superará. Yo cuidaré de ella. —Hizo una pausa, volvió a pensar en lo de pedirle prestadas cien libras a su madre y le pareció bastante vil—. ¿Sabes qué, papá?, —añadió en un tono ya más sobrio—, voy a intentarlo

con el viejo Mostyn. Solo una temporada. Lo intentaré. En fin, no voy a vivir siempre de gorra. ¿De acuerdo?

Las constelaciones, como es normal, no respondieron. El viejo tejado, la vieja chimenea, no le hacían caso. La noche no se interesaba por Nicholas. Pero Nicholas, recién salido del cascarón, contempló el cielo, el tejado y la noche y le gustaron igual, y no se sintió ofendido por el hecho de que ninguna estrella bajara a felicitarlo por su nueva madurez…

Echó un último vistazo y luego se fue a acostar; al día siguiente tenía que levantarse temprano.



Clara Margery Melita Sharp (25 de enero de 1905 – 14 de marzo, de 1991), más conocida cómo Margery Sharp fue una escritora británica nacida en Wiltshire, Inglaterra. Entre sus obras destaca su serie sobre la intrépida ratona Miss Bianca, cuya primera aparición fue en *Los rescatadores* (1959).

Pasó parte de su infancia en Malta, periodo en el que se basó más tarde para su novela *El sol en Escorpio*. La revista *Punch* comenzó a publicar sus relatos cuando cumplió 21 años y posteriormente escribió para varias revistas estadounidenses y británicas, como *Bazaar, Journal*
Harper's
Ladies' Home
y *Good Housekeeping*. La primera novela de Sharp, *Rhododendron Pie*, le llevó un mes y se publicó en 1930.

Durante la Segunda Guerra Mundial trabajó durante tres años como profesora de educación del ejército; durante este tiempo escribió la novela *Cluny Brown* y trabajó en *Britannia Mews*, que describía el bombardeo de Londres.

En 1940, su séptima novela, *El árbol de nuez moscada*, fue

adaptada a una obra de teatro en Broadway, *The Lady in Waiting.* En 1948, el libro fue adaptado a la película de Hollywood *Julia Misbehaves*, protagonizada por Greer Garson y Walter Pidgeon. Una de sus novelas más populares, *Cluny Brown*, la historia de la sobrina de un fontanero convertida en camarera, también fue llevada al cine por Ernst Lubitsch en 1946, con la ganadora del Oscar Jennifer Jones en el papel principal. Los derechos de la novela *Britannia Mews* fueron comprados en 1946 por la 20th Century Fox, y se estrenó como *The Forbidden Street* en 1949. La película de 1963 *The Notorious Landlady* se basó en su relato corto de 1956 «The Notorious Tenant».

En 1959 publicó *Los rescatadores* y, aunque fue escrita para un público adulto, se hizo muy popular entre los niños. Sharp continuó la serie con otros ocho libros, ilustrados por Garth Williams —que ya había ilustrado otros clásicos infantiles como *La telaraña de Carlota* de EB White y *Stuart Little*— y Erik Blegvad. En 1977, Walt Disney Productions estrenó el largometraje de animación *Los rescatadores*, que tuvo éxito de crítica y económico, seguido de una secuela, *Los rescatadores en Cangurolandia*, en 1990.

Sharp murió en Aldeburgh, Suffolk, el 14 de marzo de 1991.

[1] Era en verdad encantadora, la rondaría un poco y tomaría lo que le ofrecieran los dioses… (¿O era «ofrecerían»?). Tenía unos ojos muy bonitos, una bonita figura —no, talle—, bien merecía un poco de atención… < <